

Maca Soler Alba

ENTRE DOS MUNDOS



Maca Soler Alba

**ENTRE
DOS MUNDOS**

Título: Entre dos mundos.
© 2019, Maca Soler Alba.
De la cubierta y maquetación: 2019, Roma García.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A todos aquellos que han confiado en mí incluso cuando yo misma estaba por tirar la toalla. A mi madre por sus corazonadas con mis historias, y por ser mi mayor soporte. A mi tía Paqui por dar siempre el visto bueno y compartir conmigo el amor por la lectura. Y a Víctor, mi persona favorita, por hacer que, con una pluma y un cuaderno como regalo, recuperara un poco la ilusión que había perdido por crear.

ÍNDICE

Capítulo 1: El descubrimiento.

Capítulo 2: Todo empezó.

Capítulo 3: ¿Por qué a mí?

Capítulo 4: Encajando piezas.

Capítulo 5: La confesión.

Capítulo 6: ¿Preparados?

Capítulo 7: La familia Dubois.

Capítulo 8: ¿Estamos muertos?

Capítulo 9: Volviendo al infierno.

Capítulo 10: A un paso de Él.

Capítulo 11: La pesadilla se repite.

Capítulo 12: Él

Capítulo 13: El más oscuro de sus secretos.

Capítulo 14: Perdidos.

Capítulo 15: Layla.

Capítulo 16: El oráculo de L'Enfer.

Capítulo 17: A un paso.

Capítulo 18: El ojo del huracán.

Capítulo 19: ¿Por qué te has ido?

Capítulo 20: Lo dulce de ser libre, lo amargo de estar solo.

Epílogo: Lo que el futuro deparará.

AGRADECIMIENTOS

*“El destino es el que baraja las cartas, pero nosotros
somos los que las jugamos.”*

Capítulo 1: El descubrimiento.

1914, en algún lugar de Francia...

Jacqueline se miró al espejo por enésima vez examinando de cabo a rabo cada detalle de su vestido de alta costura en color carmesí con talle en palabra de honor. Odiaba tener que ponerse esos agobiantes vestidos de muñeca de porcelana, pero tenía que hacerlo, era el precio a pagar por tener por madre a una de las aristócratas más influyentes del panorama social. Por suerte, ese mismo día pondría fin a ese mundillo y a todos los compromisos en los que madre la tenía absorbida. Sí, hoy acabaría todo.

Se miró por última vez la cola del vestido en el espejo de bronce de su habitación y se dirigió al salón principal para reunirse con los invitados. De camino por uno de los larguísimos pasillos de la mansión de su familia vio que la puerta del sótano estaba entreabierta. *Qué raro* pensó. Todo el servicio se encontraba cubriendo el evento que su madre organizaba. ¡Ah! Debía de ser Carlos, su hermano mayor, el que había bajado, pero... ¿para qué? Se acercó a la puerta, asomó ligeramente la cabeza a la penumbra del sótano y gritó

—¿Carlos?!

Algo se movió entre las cajas de plata vieja de la bisabuela Georgina.

—¿Carlos? No tiene gracia. Madre nos espera...— dijo a medida que iba bajando las escaleras esquivando montones de cajas cubiertas de polvo.

—Carlos por f...

Su zapato de tacón se quedó trabado con lo que a primera vista parecía una cuerda esparcida por el suelo, así que se vio obligada a buscar algo de luz para poder salir de ahí sin darse de bruces contra una de las columnas de estilo dórico que adornaban el sótano. Encendió una lamparilla de aceite y se miró los pies. Una cámara de fotos llena de polvo y telarañas le estaba interrumpiendo el avance por la avenida de los recuerdos. Lentamente se agachó a cogerla y la limpió. ¡Era la vieja cámara del abuelo! Con la que tantas veces la había fotografiado de niña...

Decidió, embargada por una inesperada nostalgia, fotografiarse con ese atuendo que le había llevado más de tres horas realizar, ya que este sería su último compromiso con la aristocracia francesa. A sus veinte años estaba

decidida a vivir su vida a su manera, no por rebeldía juvenil, sino por una cuestión de incompatibilidad de opiniones con la mentalidad social. No podía evitar sentir constantemente que no encajaba en ninguna parte, que aquel no era su lugar.

Se hizo un lugar entre las cajas que albergaban recuerdos ya olvidados y presionó el botón del disparador para tomar la fotografía que simbolizaría el final de una etapa, y a su vez, el comienzo de otra.

Lo que siguió al ‘clic’ que indicaba que la imagen había sido tomada fue una leve explosión que hizo que el cuerpo de Jacqueline se estremeciese. Cuando trató de levantarse sintió que cada miembro de su cuerpo pesaba cual bala de cañón, seguido de una sensación de absorción como cuando padre aspiraba el humo de su puro. *Ven con nosotros Jacquie...* fueron las palabras que resonaron en su mente de manera repentina desde algún punto desconocido. Trató de gritar pero sus cuerdas vocales estaban paralizadas por el miedo y tras varios intentos de pedir ayuda su cuerpo se convirtió en una leve neblina que fue absorbida sin previo aviso por el objetivo de la cámara, dejando en el aire el último grito de auxilio de Jacqueline.

2014, Barcelona, A las afueras de la ciudad...

...Eric se paseaba por el apartamento que tenía alquilado esperando a que el casero viniera a cobrarle la mensualidad. Hoy iba a ser un día especial, por fin había logrado reunir el dinero necesario para comprarse su primera cámara profesional y empezar a trabajar de una manera seria. Hacía dos años que había acabado la carrera de fotografía y aun no tenía cámara propia, pero claro, era becado y no podía vivir de por vida de prestado. Volvió a mirar su reloj de pulsera. Cinco minutos y podría ir a la tienda y llevarse la cámara...si alguien no se la había llevado antes. Era, al fin y al cabo, una cámara con bastantes años y podía considerarse un objeto de coleccionista, así que no le extrañaría que le hubieran salido más pretendientes a parte de él mismo, pero quería pensar fervientemente que estaba destinada para él. Nada más verla al pasar por el escaparate de la tienda sintió que tenía que tenerla, no sabía explicar por qué, pero esa especie de conexión estaba allí. No quería pensar en la posibilidad de que ya estuviera fuera de su alcance, necesitaba creer que, con ese pequeño paso, su vida, así como su suerte cambiarían. *Tienen que cambiar...* pensó para sí mismo.

Después de haber quedado huérfano con siete años, había vivido toda su

vida de la caridad de las monjas. Con dieciséis, se vio obligado a trabajar para mantenerse, y la beca que consiguió gracias a un concurso en el que participó le aseguró los estudios. Ahora no tenía trabajo, tenía que pagar la mensualidad del piso y si no lo hacía rápido se vería en la calle. Sí, su suerte tendría que cambiar, si no...no quería pensar en ello.

Treinta minutos más tarde se encontraba frente a un mostrador de caoba, rodeado de antigüedades y apretando ansiosamente el timbre, buscando llamar la atención del vendedor. Tras varios minutos de interminable espera, un hombre bajito de pelo canoso y gafas de carpintero salió de la trastienda. Eric suspiró aliviado y sin apenas darse cuenta las palabras salieron atropelladamente de su boca.

Hola, buenas tardes, venía en busca de la cámara de fotos que tenía usted en el escaparate el otro día.

La expresión del dependiente se volvió una máscara de angustia.

—La tiene ¿verdad? Por favor, dígame que no la ha vendido... —dijo Eric comenzando a ponerse nervioso

—Eh, no, no la he vendido. Está en el almacén.

—¡Sí, sí! Me la llevo —y dicho esto comenzó a bailar frenéticamente alrededor de los estantes llenos de polvo.

El dependiente volvió a salir de la trastienda con una caja de madera agrietada y un libro encima de esta.

—Esta es, pero ¿estás seguro chico? Esta cámara...

—Sí, sí ya tengo el dinero preparado —sacó un fajo de billetes de su bolsillo torpemente y lo esparció sobre el mostrador.

El hombre recogió los billetes despacio y miró a Eric a los ojos con una preocupación palpable dibujada en ellos.

—Ten cuidado con esa cámara hijo, mucho cuidado —fue lo último que el dependiente se atrevió a decir.

—Lo haré, no se preocupe.

El dependiente vio como Eric se marchaba alegremente del local malinterpretando su advertencia. Esa cámara iba a traerle muchísimos problemas.

Eric llegó a su piso y se sentó en la moqueta de su improvisado loft con la caja entre las rodillas. ¡Por fin tenía su cámara! Una *Agfa Isolette II* en color negro y plata con objetivo graduable. Era una verdadera joya y aunque era

antigua, era una verdadera ganga para ser una cámara profesional.

La sacó de la caja mientras acariciaba cuidadosamente con la mano derecha la superficie del objetivo. Nadie sabía la importancia que tenía para él esa simple cámara. Para él era un salto a una vida mejor, una vida sin pedir prestado, sin preocupaciones...una vida mejor.

Embargado por una característica impaciencia que era ya parte de él, se levantó con su cámara en las manos y decidió que tenía que probarla. Justo desde el balcón de su loft había unas maravillosas vistas de la plaza de Lesseps. Graduó el objetivo manualmente y lo puso en opción zoom cercano enfocando a una bandada de pájaros agrupados alrededor de unas migas de pan como si les fuera la vida en ello. Más arriba sentada en un banco, una anciana de pelo canoso y sonrisa triste alimentaba a los pajarillos con la mirada fija en ellos. Una mirada que encerraba los recuerdos de una vida que un día fue mejor que la mendicidad en la que ahora se encontraba.

Eric dio un paso atrás en su balcón para captar la imagen de la anciana y así darle la emotividad que buscaba a la fotografía. Esa siempre había sido una de sus mejores virtudes como fotógrafo, su gran talento. Con cada fotografía que disparaba, conseguía enviar una oleada de sentimientos hacia el epicentro de la persona que en ese momento se encontrara observando el fruto de su trabajo. Encaró el objetivo, graduó por última vez el zoom y apretó el botón de disparo. La cámara comenzó a temblar en manos de Eric, que asustado por lo que acontecía la dejó caer al suelo en un acto reflejo. Sin previo aviso la cámara quedó opacada por una nube de luz brillante que dañaba la vista. Una eternidad fue lo que le pareció a Eric que pasó hasta que por fin la nube de luz se disipó. Pero lo que vino después lo dejó más atónito todavía. Una hermosa muchacha de cabellos negros cual noche sin luna descansaba inconsciente con su vestido rojo hecho jirones, justo en el centro de la moqueta de su loft.

Capítulo 2: Todo empezó.

1935, Toulouse, Francia.

Emmanuelle Leblanc por fin lo había conseguido. Tantos años de duro trabajo y espera habían dado su fruto y por fin había terminado el proyecto al que le había dedicado toda una vida. Se levantó de su mesa de trabajo de madera ya gastada por el uso de los años, y se agachó a la altura del tablero para observar su creación. Sonriendo sopló el polvo sobrante que bailaba alrededor del objeto que coronaba el centro de la mesa y siguió observando. El alcance que aquella simple cosa pudiera tener podía llegar a ser estratosférico.

Cogió con sumo cuidado el objeto de la mesa y lo levantó para calibrar una vez más el acabado que finalmente había resultado de la mezcla de todos los materiales, era precioso. Pensó en todos los años de burlas constantes y abucheos por parte de sus colegas de profesión y sintió rabia, pero luego sintió alivio. Para Galileo los principios tampoco fueron buenos y al final acabó teniendo razón y descubriendo algo mucho más grande que la propia gente que se oponía a sus creencias. Pero, al contrario que Galileo, Emmanuelle iba a luchar por aquello en lo que creía como siempre había hecho y nadie lo callaría una vez que demostrara que aquella cámara de fotos que acababa de crear servía para algo más que para tomar instantáneas... podría realizar viajes espacio temporales.

Sonriendo una vez más y escuchando en su cabeza el eco de las palabras “viajes espacio temporales” guardó la cámara en su maletín a buen recaudo y se dirigió hacia su domicilio donde podría probarla definitivamente en la intimidad de su hogar para luego así lanzarla al mundo.

El camino a casa era largo, lento y tedioso, pero la excitación de haber concluido por fin con su gran hallazgo lo hacía estar impaciente y contento. ¿Y si por fin funcionaba? ¿Y si había sido capaz de una vez por todas de romper las barreras impuestas por la física y había creado un artilugio que les permitía viajar al futuro, a una era nueva? Sonrió aún más. Emmanuelle siempre había sido un entusiasta del futuro y un gran amante de toda la literatura que tuviera como referencia un tiempo posterior al actual. Realmente

pensaba que con el paso de los años el mundo cambiaría y con él la manera de vivir y pensar de la población. También era bastante aficionado a leer y estudiar las bien sabidas profecías de Madre Shipton, una anciana vidente del siglo XIII que ocultaba su don clarividente y disfrazaba sus adivinanzas en versos que eran estudiados e interpretados por eruditos interesados en poesía, en física, y en la evolución del ser humano. Madre Shipton decía en uno de sus poemas: *“Cuando pinturas parezcan ser vivas y libremente movibles, cuando los barcos como peces naden bajo el mar, cuando los hombres como las aves crucen los cielos, entonces la mitad del mundo bañado en sangre perecerá”* y Emmanuelle era especialmente entusiasta de este verso. ¿Qué significaba que la mitad del mundo perecería bañado en sangre? ¿Se avecinaba una guerra? ¿El fin del mundo? ¿Por qué ocurría todo esto? Siendo como era una mente curiosa y exploradora de todo lo desconocido, Emmanuelle no pudo sino enfocar su vida y sus estudios a hacer algo grande...y lo consiguió. Si sus cálculos no fallaban, había creado la primera máquina que permitiría que el ser humano viajara a épocas futuras o pasadas en un abrir y cerrar de ojos... iba a ser una revolución científica sin parangón.

Emmanuelle no había compartido este secreto con casi nadie, pues no quería que nadie le robara la idea ni que se mofara de él por adelantado. A sus sesenta y cinco años estaba bastante seguro de saber que no quería equivocarse y que, una vez que hiciera público su descubrimiento, sería porque realmente estaba seguro de lo que hablaba. Pero, había una persona a la que Emmanuelle era incapaz de guardar un secreto, y esa era su mujer. Madalina Leblanc era la única mujer que había sonreído ante cualquiera de sus cosas de científico loco y no había dudado ni por un momento de ninguno de sus estudios, y este apego lo había mantenido cuerdo en aquel mar de papeles, notas y cálculos imposibles. Sonrió de nuevo al recordar a su esposa y su sonrisa se hizo más profunda al vislumbrar desde la ventanilla de su vehículo la figura de Madalina esperándolo en la puerta de la casa que compartían con una mirada que iluminaba sus días más oscuros.

—Ya estoy en casa, cariño. —dijo acercándose para darle un beso en la mejilla.

—¿Qué tal hoy? ¿Vamos a cambiar el mundo por fin? —preguntó sonriendo.

Siempre le hacía la misma pregunta y una pequeña amargura se apoderaba de él al pensar que ni siquiera ella confiaba en él, pero luego, cuando se

sentaban juntos a comer y ella se interesaba por todo lo que tuviera que ver con sus proyectos, se le pasaba.

Almorzaron mientras él le contaba que por fin había concluido con su proyecto más ambicioso y que se disponía a utilizarlo en casa para probar su eficacia de cara a una posible ponencia que pudiera venir después. Ella, paciente, lo acompañó hasta el garaje de la modesta vivienda que tenían en Toulouse y esperó mientras su marido organizaba todo lo necesario para probar su pequeña máquina de viajes en el tiempo. Emmanuelle colocó la cámara de fotos en un soporte de hierro, encaró el objetivo y tocó unos cuantos botones introduciendo unos cuantos códigos y coordenadas manuales tal y como había planeado y apuntó a alguna imagen perdida del horizonte. Los nervios empezaron a trepar por sus entrañas...por fin había llegado el momento. Después de muchos intentos inútiles esta era, probablemente, la última oportunidad que tenía de rehacer todas sus notas y toda su investigación y crear, por fin, el prototipo definitivo...tenía una corazonada y tenía que funcionar. Respirando hondo y sintiendo la mano de Madalina en la parte baja de su espalda, Emmanuelle pulsó el botón de disparo y su corazón se encogió durante un microsegundo a la espera de lo que vendría después...pero nada ocurrió.

Nada. Vacío. Solo el ruido de la brisa al colarse entre los árboles.

Emmanuelle sintió la decepción crepitar en lo más profundo de su ser y aguantó con entereza las lágrimas que amenazaban con desbordar sus ojos. Toda una vida perdida. Toda una vida dedicada a eso y no había funcionado. Al final todos sus detractores habían acabado teniendo razón y no era más que un viejo loco con delirios de grandeza y ganas de destacar porque no era más que un don nadie.

Después del enésimo fracaso de la saltadora temporal, Emmanuelle no logró recuperarse y su obsesión por no haber podido cumplir con uno de los sueños acabó consumiendo su vida lentamente, como un cigarrillo encendido entre los labios de algún fumador...hasta que por fin se apagó. Madalina lloró de pena durante años por la muerte de su marido y, confiando en sus capacidades, decidió leer sus notas para poder poner en su esquila algo que realmente lo representara. Finalmente se decidió por la misma que rezaba en la tumba de Madre Shipton, aquella que decía:

Aquí yace el que nunca mintió, cuya habilidad con tanta frecuencia se ha

intentado. Sus hazañas todavía sobrevivirán y mantendrán su nombre vivo.

20 años después...

Alexandre Dubois se paseaba con paso firme por las calles adoquinadas de la bonita ciudad de Toulouse. Hoy era un gran día para él. Había concluido con éxito su jornada laboral y justo antes de irse a casa para descansar su jefe le había informado de que quería aumentarle la jornada, así como el puesto y el salario que recibía por otro más sustancioso. Su suerte iba viento en popa y la cosa no parecía más que mejorar por momentos. Desabrochándose los botones de su chaqueta para liberarse de la presión que el tejido ejercía sobre sus músculos, pensó sonriendo en cómo iba a celebrar ese gran día que le había deparado el destino. Su primera parada sería la taberna del centro de la ciudad donde invitaría a todos sus conocidos a una ronda del mejor del coñac que tuvieran y luego se bebería él solo una botella del mejor champán que encontrara.

Media hora más tarde se encontraba sentado en la barra del *Lumière's* y el alcohol estaba empezando a hacer estragos en su organismo. Estaba comenzando a ver borroso y su vejiga no aguantaría mucho tiempo sin descargar a no ser que fuera al baño cuanto antes. Sonriéndole a su amigo el tabernero se tambaleó escaleras abajo y una ráfaga de viento agitó unos cuantos papeles que estaban esparcidos por el sótano de la taberna, yendo uno de ellos a parar justo en sus narices. Borracho como iba, Alexandre arrugó el papel y se lo guardó en el bolsillo de su chaqueta sin saber muy bien qué era y diciéndose que ya lo miraría luego, que ahora, lo prioritario, era seguir celebrando.

A la mañana siguiente, con un dolor palpitante taladrándole las sienas, Alexandre se despertó tarde y decidió que hacía un día demasiado bonito como para pasarlo en casa, así que se vistió por primera vez en aquella semana de manera informal y decidió que un paseo le ayudaría a despejar la mente después de la noche de desenfreno que había pasado. Con el pensamiento de ir en una dirección concreta Alexandre salió a la calle y comenzó a caminar con paso decidido durante unas cuantas manzanas. Llegó a un cruce en el que se intercambiaban cuatro calles distintas y continuó de frente hacia el itinerario que tenía planeado. Justo cuando estaba saliendo del cruce vislumbró en un callejón oscuro y hediondo una caja de madera oscura tallada...y la curiosidad pudo con él.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —preguntó a la nada.

Se acercó lentamente y con precaución hasta la misteriosa caja y mientras iba acortando distancias sacó del bolsillo de su pantalón una pequeña navaja suiza que siempre llevaba consigo por cualquier problema que pudiera surgir. Preparado para el combate en caso de que pasara algo, pues algo dentro de él le decía que se alejara, llegó hasta la caja, que pateó con cuidado para descubrir una preciosa cámara de fotos que rezaba en el objetivo la palabra Agfa. Sus ojos estuvieron a punto de salirse de sus órbitas al reconocerla. Esa cámara era una de las últimas cámaras de fotos que se habían creado y valía una millonada. Alexandre soltó una carcajada y cogió la cámara entre sus manos. Primero su ascenso, y ahora esto... ¿acaso se podía tener mejor suerte?

Mirando a su alrededor para cerciorarse de que nadie había sido testigo de lo que acababa de pasar, Alexandre cogió la cámara de fotos que desde aquel momento era suya y comenzó a inspeccionarla con dedos torpes para ver cómo funcionaba. La puso de frente a él y observó el precioso objetivo plateado que coronaba el centro de aquella bella máquina. Se acercó el objetivo al ojo derecho para ver si podía ver algo y justo cuando lo tenía frente a él, un clic sonó rompiendo el silencio del callejón. Le había dado al disparador sin darse cuenta, ¡qué torpe era! Riéndose de su propia torpeza parpadeó un par de veces y entonces todo se volvió negro.

Un grito agudo y muy desagradable taladró los oídos de Alexandre y casi lo deja sordo. Una mujer gritaba, y bastante fuerte. Abrió los ojos con cuidado y el rostro desencajado de una joven muchacha vestida de azul le dio la bienvenida. La chica gritaba, se agarraba el vestido y se alejaba paulatinamente de él, y Alexandre no entendía nada.

—¿Qué...qué ocurre? —preguntó con dificultad.

—*Oh, mon dieu, mon dieu!* ¡Apártese de mí! —gritaba la muchacha.

—Pero ¿qué...? No entiendo nada. —se movió un poco y se dio cuenta de que estaba sentado en la hierba. ¿Hierba? ¿En la ciudad?

La mujer seguía maldiciendo en varios idiomas y gritando como si hubiera visto al mismísimo diablo. Alexandre solo quería callarla de una vez o arrancarle las cuerdas vocales para que dejara de taladrarle la cabeza, que ahora le retumbaba como un tambor. Se levantó como un rayo, agarró a la mujer de los codos y le tapó la boca con una mano. Unos ojos grandes y verdes poblados por unas espesas pestañas negras le devolvieron una mirada aterrorizada y triste.

—No voy a hacerle daño, *mademoiselle*, solo quiero que deje de gritar, *oui*? —preguntó con voz pausada.

La mujer tardó en calmarse, pero finalmente asintió obedientemente.

—¿Cómo se llama? —la respuesta de la mujer fue morderle la mano. —
¡Eh!

Ahora ella le taladraba con la mirada como si quisiera matarlo.

—¿Cómo quiere que le responda si me está tapando la boca? Y mi nombre es Jeannine, Jeannine Moreau. —y acompañó la presentación con una sonrisa que dejó a Alexandre sin habla.

—¿Dónde estoy? —preguntó intentando no quedarse mudo.

—En Toulouse, ¿dónde si no?

—¿Y por qué tanta hierba?

—¿Acaso en su ciudad no la hay?

—No, hay suelo. Y chimeneas, humo, coches, civilización. Esto parece un paisaje bucólico de Shakespeare.

Una carcajada escapó de los labios de aquella mujer y fue como música para los oídos de Alexandre.

—Es usted muy gracioso, señor. ¿Qué son todas esas palabras extrañas que pronuncia?

—¿Qué?

—¿Que qué son todas esas cosas que usted dice?

—¿No lo sabe? —preguntó estupefacto.

—¿Debería? —ahora ella lo miraba como si estuviera loco.

—¡Claro! ¿Cómo alguien no sabe lo que es un coche por muy de campo que sea en 1955?

—¿1955? Estamos a 5 de agosto de 1880, *Monsieur*.

Alexandre le devolvió la mirada estupefacto y solo pudo reír a carcajadas. Ella lo miraba extrañada sin entender qué le ocurría a aquel extraño desconocido y por qué se reía tanto. Probablemente ambos pensaban que el otro estaba fuera de sus cabales o directamente loco de atar.

Un rato después, cuando él por fin hubo tomado aire suficiente para poder seguir hablando, la miró fijamente y entrecerró los ojos.

—Vale, ya está bien la broma ¿esto es cosa de Philip?

—¿Philip? —ella hizo una mueca. —Lo siento, no le entiendo caballero...

Alexandre estaba comenzando a ponerse furioso.

—Esto no es 1880 no diga chorradas, estamos en 1955.

—Yo... ¿se encuentra usted bien? ¿Le duele la cabeza? —ahora ella parecía preocupada.

—¡Deje de hablarme como si estuviera loco!

—¡Es que habla como uno! —le gritó por fin ella y Alexandre guardó silencio. —Mire, no sé quién es ni qué hace en las tierras de mi familia, pero le invito a que pase a nuestra casa, se refresque y hable con mi padre, quizá solo esté desorientado y necesite un poco de descanso...

A pesar de sus iniciales protestas, Alexandre se dejó conducir por la tal Jeannine hasta lo que parecía una casa victoriana de piedra azul grisácea, con tres niveles y muchas ventanas que seguramente dejaran entrar infinidad de luz. Habló con el señor de la casa, el padre de Jeannine y este le confirmó, con semblante serio y escepticismo que se encontraba en la ciudad de Toulouse en el año 1880.

Alexandre tardó días en asimilar la noticia de que todo aquello no era una broma y que en realidad había viajado en el tiempo. Un día en las habitaciones que le habían sido cedidas en casa de los Moreau, Alexandre revolvía entre su nuevo atuendo nervioso y deseando fumarse un cigarrillo que ni siquiera sabía si existía en esa época. Pasándose las manos por el pelo con frustración, tiró de sus cortos mechones y suspiró con pesar. ¿Y ahora qué se supone que debía hacer en una sociedad setenta y cinco años anterior a la suya?

Ordenando su ropa más moderna, se percató de una bola de papel que se escurrió de uno de los bolsillos de su chaqueta. Se agachó lentamente y lo alisó en el escritorio de caoba que presidía aquella bonita habitación decorada en tonos amarillos pastel. En él había infinidad de cuentas, números, anotaciones y dibujos que extrañamente tenían similitud con la cámara que había encontrado en el callejón. Comenzó a leer las notas y a atar cabos y lo que acabó descubriendo cambió su vida por completo. Había sido transportado al pasado por aquella cámara de fotos...realmente estaba en 1880.

El tiempo pasó y una vez que había descubierto algo de por qué se encontraba allí, Alexandre no quería irse. Se había acostumbrado a la época y, por raro que pareciera, por primera vez en su vida había encontrado algo que le importaba más que sí mismo...y esa era Jeannine. Por ella dejó su presente en el futuro para vivir una vida en el pasado y decidió que, si el destino lo había querido así, él no podía más que sentirse afortunado. Juntos investigaron codo con codo el misterio de la cámara que lo había traído hasta 1880 y

mantuvieron el secreto dentro de los muros de su hogar y solo confesárselo a unos cuantos privilegiados por miedo a las represalias que aquello pudiera tener.

Alexandre había oído hablar de Emmanuelle Leblanc, también conocido como Loco Leblanc. Era un científico de los años treinta obsesionado con la idea de que el mundo estaba fraccionado en dimensiones y que afirmaba que era posible viajar a cualquier punto del tiempo y el espacio con las coordenadas y las operaciones matemáticas correctas. Durante toda su vida había intentado infinidad de veces probar la teoría de que había algo más que lo que se conocía de primera mano, pero no había hecho más que alimentar su fama de científico loco y le había hecho un flaco favor a su reputación. Leblanc murió después de una profunda depresión que muchos achacaron a sus continuos fracasos en la materia que afirmaba que era cierta y que ahora Alexandre era capaz de confirmar sin duda. Leblanc tenía razón, por alguna extraña razón había viajado al pasado desde el futuro y nada podía decirle lo contrario, pues había sido testigo directo de este hecho. El problema era volver al futuro ¿Se podría? ¿Habría algo más? Alexandre estaba seguro de que sí.

Después de casarse, él y Jeannine decidieron en consenso no revelar este gran secreto a nadie y, en honor a la muerte y obra en vida del Doctor Emmanuelle Leblanc, decidieron que la ahora familia Dubois tuviera una única regla que nadie debería romper jamás: Nadie, absolutamente nadie, podría deshacerse de la cámara de fotos con la que Alexandre había llegado al pasado y habría de conservarla como reliquia familiar pasase lo que pasase. Ahora solo faltaba que esta regla se cumpliera.

Capítulo 3: ¿Por qué a mí?

2014, Barcelona.

Eric ya no sabía qué hacer. Tras flipar inicialmente al ver un cuerpo humano aparecer ante sus ojos después de disiparse aquella luz, siguió flipando un poco más. ¿Qué era lo que había pasado? No entendía nada. El día había comenzado mejor de lo que solía, por fin había conseguido comprarse su cámara y tenía en el horizonte la posibilidad de mejorar al menos en lo profesional para poder vivir tranquilamente, y cuando había sacado la cámara de su caja para hacer la primera foto...había pasado esto. A riesgo de parecer un loco, Eric cerró las cortinas de su loft, por si alguno de los vecinos lo veía, no pensara cosas raras. Vale, se repitió una vez más a sí mismo, ¿De dónde había salido aquella mujer? Por la ventana no había entrado pues vivía en un cuarto piso. *¿Cómo va a entrar una mujer desmayada por la ventana, Eric, cabeza pensante?* pensó para sí. Después de mucho meditar, entre la sorpresa, la consternación y la preocupación, decidió que la respuesta más viable a su pregunta era que aquella muchacha, o había aparecido de la nada, o, y aún no se atrevía ni a pensarlo en voz alta, había salido de su recién estrenada cámara de fotos. Vale, ahora sí que se había vuelto loco definitivamente. ¿Salir de la cámara de fotos? ¿Era eso posible? ¿Estaba en una versión moderna de *Regreso al Futuro* y no se había dado cuenta? ¿Quizá una cámara oculta? Ante este pensamiento miró alrededor de su apartamento deseando encontrar algún indicio de que alguien le estuviera gastando una broma. Nada. Su piso seguía tan vacío, austero y normal como antes, excepto porque ahora tenía a una mujer malherida y casi desnuda en su salón y no sabía qué hacer con ella.

Algo en su mente cambió cuando observó más atentamente a la mujer tumbada en el suelo. Estaba herida, tenía cortes por los brazos, un ojo amoratado y un otrora vestido largo, rasgado a la altura de los muslos. Su pelo de un color negro azabache estaba revuelto y sucio, manchado de cosas que prefería no conocer de momento. Sus ojos estaban cerrados pero prometían ser grandes una vez abiertos, sus labios carnosos descansaban con un rictus de amargura y preocupación, y de vez en cuando temblaba inconscientemente. Eric suspiró y maldijo para sus adentros ser tan hospitalario. Era un hombre,

vivía solo y casi no tenía donde meterse él, pero no podía dejar a una mujer indefensa en la calle, o donde fuera, y no prestarle ayuda, simplemente era poco ético.

Con cuidado se agachó a su lado, le retiró el pelo de la cara y se dio cuenta de que estaba pálida y fría. ¿Estaría muerta? Le tomó el pulso con los dedos rezando porque no fuera un cadáver en descomposición y suspiró aliviado al notar que, aunque leve, su corazón latía. Resopló preocupado y, olvidándose por un momento del shock inicial, pues ya pensaría después en una solución, pasó los brazos por debajo de sus rodillas y detrás de su espalda y la levantó del suelo sin dificultad. Para ser una mujer alta como parecía, pesaba poco y allí inconsciente y aparentemente tranquila, parecía una niña. ¿Qué edad tendría? No aparentaba más de veintipocos. Mirándola mientras la transportaba a la habitación, quedó embelesado por su rostro. Estaba bien formado, y aunque marcado por heridas que luego no dejarían cicatriz, parecía realmente guapa. *Oh venga, Eric, pensó, ¿estás pensando en algo así de una mujer que tienes inconsciente en tu salón? Estás enfermo.*

Cuando por fin llegó a su habitación, abrió como pudo el cobertor de su cama y la depositó en un lado, la tapó y se sentó a su lado a pensar en una solución. De momento y para que ella no se asustara si despertaba, *por favor, que despierte*, pensó; dormiría en el sofá, una noche no iba a matarlo.

Cuatro noches fueron las que Eric pasó durmiendo en su sofá, y su espalda se encargaba de recordárselo cada vez que quería hacer un movimiento brusco. No estaba incómodo, pero con su nivel económico, su mobiliario tampoco era algo que fuera de una calidad óptima. Aquella mañana despertó sobresaltado y desorientado. Tenía la sensación de que algo ocurriría hoy, y no sabía por qué. Nunca había conseguido explicar ese tipo de cosas, pero desde muy pequeño, sus presentimientos habían acabado todos significando algo...y algo importante. Sin detenerse a remolonear en el sofá, se levantó, se duchó y tras desayunar algo rápidamente, fue a su antigua habitación a ver si la chica seguía dormida. Seguía inconsciente, pero ahora tenía mejor color. Acostumbrado ya a su presencia, aunque no supiera ni quien era, entró en la habitación y se sentó a su lado como todos los días a tomarle el pulso, ver que respirara y observar cómo iban sanando sus heridas. Cuando se disponía a levantarse para ir a por el botiquín del baño, una mano engarrotada lo sujetó de la pernera del pantalón y cuando Eric levantó la vista se encontró con unos ojos que no sabía si eran verdes, o azules, pues el color era poco visto, pero

su globo ocular estaba enrojecido, como si hubiera llorado.

Un grito ensordecedor llenó la estancia y Eric hizo una mueca de dolor. La muchacha ahora intentaba levantarse y huir, lo miraba como si fuera el mismísimo diablo y, para más inri, intentaba agredirlo. Gritaba en un idioma que al principio no conocía pero que luego identificó como francés. Intentaba calmarla sin conseguir nada, la mujer estaba fuera de sí, enloquecida, histérica. Esquivando los golpes como pudo, Eric, siempre caballero, al final decidió que la manera más lógica de afrontar esta situación era haciéndola escuchar por la fuerza, porque parecía que ella tampoco sabía lo que había pasado. En uno de sus golpes, que parecía pretender ser un arañazo, Eric la agarró de la muñeca con brazo fuerte y la inmovilizó sobre el colchón. Ella se resistía, peleaba y parecía a punto de echarse a llorar. *Oh, no, no, no, no, no, que no llore. Odio ver llorar a las mujeres.* Pensando rápido, hizo memoria de cuando estuvo en el orfanato en el que pasó más tiempo y recordó a Sor Teresa, una monja que al verlo como un niño solitario y aislado, lo acogió bajo su ala y le enseñó el idioma del país vecino, el francés, ya que ella misma vivía a pocos kilómetros de allí, cruzando la frontera del país galo.

—Escúchame, escúchame —dijo en un francés un poco costoso y esquivó una nueva embestida de ella. —No quiero hacerte daño.

—¡Suéltame bastardo! Dile a tu señor que jamás conseguirá nada de mí —respondió ella en francés y acto seguido le escupió.

—¿Qué señor? Mira, si me dejas explicártelo...

Ella lo cortó con un nuevo grito.

—No necesito que me expliquéis nada, enfermos sádicos, ¡ya me habéis hecho suficiente y no más! ¡Basta ya!

Ella hizo acopio de fuerza para volver a atacar y Eric se vio obligado muy a su pesar a utilizar más aún la fuerza con ella, por su seguridad física, más que nada. A pesar de lo delgada que era, aquella mujer pegaba fuerte y le daba la sensación de que si lo alcanzaba, podía hacerle daño. Escuchándola gruñir por forcejear tanto, su quejido se transformó en un jadeo y de repente la mujer dejó de oponer resistencia.

—Ya está, ¿vale? Me rindo, no puedo más, llevo años aquí encerrada soportando palizas, látigos y vejaciones. ¡Solo quiero ser libre! ¡Yo ni siquiera pedí estar aquí! ¡Matadme antes de que lo haga yo, no quiero seguir pasando por esto! —y lloró.

Era un llanto triste, desgarrador y cansado que tocó el corazón de Eric. La

mujer lloraba y lloraba sin descanso y gritaba de vez en cuando para dejar salir su frustración. Eric la soltó cuando comprobó que había dejado de ser una amenaza y se sentó a su lado observándola y sin saber qué hacer.

—¡No quiero tu compasión! —espetó ella. —Dile a tu señor que moriré peleando y que antes de que haga conmigo lo mismo que ha hecho con todos, le mataré con mis propias manos. —al darse cuenta de que estaba de nuevo libre se puso de rodillas y en posición de ataque.

Eric levantó las manos en señal de paz.

—Tranquila, —dijo en castellano, maldijo y cambió al francés. —Por favor, relájate, no sé quién eres ni de qué hablas, y no quiero hacerte daño.

Jacqueline lo miraba ahora escéptica. Era un muchacho normal, alto no en exceso, con el pelo castaño claro y unos brazos fuertes que la habían inmovilizado como si de una muñeca de trapo se tratara. Su expresión estaba a caballo entre la sorpresa y la frustración, y el lunar que tenía encima del labio se juntaba casi en el centro de su cara por la expresión que tenía, con el ceño y la boca fruncidos. Jackie miró a su alrededor en busca del paisaje que llevaba viendo siglos y se dio cuenta de que había cambiado. Nada de paredes mugrientas y mohosas, nada de olor a azufre, nada de humedad, nada de cadenas...estaba en una especie de vivienda. El aire olía diferente y ella se sentía libre.

—¿Quién eres? —preguntó secándose las lágrimas.

Eric pensó por un momento en la respuesta en francés y tras unos segundos volvió a mezclar idiomas.

—¿Yo? ¿Quién eres tú? Oh, *excusez-moi* —cambió al francés —Soy yo quien debería hacer esa pregunta.

—*Espagnol?* —fue su única respuesta.

—¿Eh? Sí.

Ahora fue ella quien cambió el idioma por un castellano bastante gracioso con deje francés.

—¿Dónde estoy? —su cara volvía a ser una máscara de amargura.

—Escúchame, puedo explicártelo todo con pelos y señales si prometes no hacer nada. Llevo casi cinco días cuidando de ti mientras duermes, si hubiera querido hacerte algo ya lo habría hecho... —dijo tranquilamente Eric.

Ella lo miró y entrecerró los ojos. Por muy herida y cansada que estuviera nada iba a impedir a Jacqueline seguir luchando con un destino que no había pedido. Había pasado atrocidades inenarrables que no estaba dispuesta a

repetir.

—¿Dormida?

—Sí, dormida. —Eric suspiró. —Mira, ¿por qué no te das una ducha, te relajas y vienes al salón a comer algo y a escucharme? —él seguía con las manos levantadas en señal de que no iba a hacer nada.

Jackie casi respondió al instante, pero se lo pensó.

—No, quiero un arma. —dijo rotundamente.

—¿Un arma?

—Sí, no puedo fiarme de nadie después de lo que he pasado. Dame un arma para que pueda defenderme de ti en caso de que estés mintiendo.

—Eh... —Eric tardó unos segundos en salir de su sorpresa. —Vale, vale, te daré algo, pero como me ataques a traición, vamos a tener un problema...

—¿Estás amenazándome? ¿Cómo te atrev... —Eric la cortó?

—No estoy amenazándote, yo no amenazo ni pego a mujeres como quienquiera que sea el que te ha hecho a ti eso. No soy tu amigo, ni tu familia, solo soy un desconocido, pero llevo cinco días durmiendo en el sofá y cuidando de ti altruistamente y sin saber quién eres. Repito, voy a darte el arma para que te sientas más segura, pero como se te ocurra atacarme, no voy a ser simpático. —y con esto salió de la habitación.

Volvió poco después con un cuchillo de sierra que le dio con cuidado y justo antes de salir le sonrió, pero no una sonrisa malvada y macabra como las que ella estaba acostumbrada a ver, era una sonrisa sincera y divertida. Jackie iba recuperando fuerzas conforme más se espabilaba. No sabía dónde estaba, lo último que recordaba con claridad era el sótano de su casa en Francia y el haberse hecho una foto con la cámara de su abuelo. Después de eso todo había sido un caos que no quería afrontar ahora por lo doloroso que era.

Se bañó como pudo en aquel extraño aseo y cuando salió se encontró con que la habitación había sido ordenada y que encima de la cama descansaba una prenda de ropa un poco extraña y algo que parecía ser un zumo de naranja. Tanteando el terreno, Jackie olió el zumo por si pudiera contener algún tipo de brebaje o droga como los que solían darle allí y al comprobar que no, se lo bebió de un trago. Estaba bueno. Luego y tras pelearse durante unos minutos con la prenda que aquel hombre había depositado en la cama, se dio cuenta de que era una especie de camisón limpio que olía a hombre y algo más que no pudo identificar, pero que no le desagradó. Salió de allí con paso firme pero asustado, mirándolo todo atentamente y esperando que en cualquier momento

la escena cambiara y no fuera más que un juego de los que le gustaban a Él y en los que la torturaba psicológicamente. Pero no pasó nada, de la habitación salió a otra aún más grande en la que estaba el muchacho, ahora visiblemente más tranquilo y sentado en una silla bastante alta para su gusto. Lo miró y no supo qué hacer. Él se levantó en cuanto la vio entrar, le indicó que tomara asiento en el sofá y antes de que Jackie empezara a hablar, lo hizo él.

—Me llamo Eric Riba, tengo veinticinco años y estás en Barcelona. El por qué estás aquí no lo sé. Puedo parecerte un loco y lo que voy a contarte puede parecerte extraño, pero te juro que es real y que ojalá no lo fuera. Hace unos días fui a un anticuario a comprar una cámara de fotos, porque soy fotógrafo y necesitaba ganarme la vida. Bien, la compré, funcionaba perfectamente, y cuando me dispuse a tomar la primera foto para probar que no hubiera problema con ella... —se paró y titubeó un poco antes de continuar. —bueno, ¿qué más da? No serás la primera en pensar que estoy loco. Total, hice la foto y todo se llenó de una luz extraña, como cuando te deslumbra un foco, y de la nada apareciste tú. Estabas malherida e inconsciente, y no respondías a mis estímulos para despertarte, así que te dejé dormir, recuperarte descansando y curé tus heridas cuanto pude para que no se infectaran y se complicaran en algo peor. Ahora te has despertado, tienes un humor de perros y estás susceptible, lo sé. No sé quién eres, ni lo que te han hecho, pero no voy a hacerte daño, solo quiero entender qué está pasando y saber si puedo ayudarte en algo. Ah, y decirte que no estás sola, que se sale.

Jacqueline lo miraba fijamente, con los ojos y la boca abierta ante la historia que le contaba. Todo tenía sentido ahora. Cuando ella se había hecho aquella maldita foto, la cámara la había absorbido y ahora la había vuelto a escupir gracias a él. Nada era casualidad y esto había sucedido por algo. Mirando una vez más a su alrededor se dio cuenta de que en la pared más cercana colgaba un almanaque con el año 2014 y tras la sorpresa inicial, comprobó que había viajado cien años al futuro. La sorpresa no fue tanta, ya que, después de lo que había pasado, nada le parecía una locura. Con ganas de llorar y sintiéndose más libre que nunca, se dejó caer en el sofá con las manos en la cara y comenzó a sollozar.

—Yo soy Jacqueline Dubois y tú, sin saberlo acabas de salvarme la vida...

Capítulo 4: Encajando piezas.

¿Salvarle la vida? Eric no entendía nada.

Después del día de locos que había pasado, no hacía más que darle vueltas a las palabras que aquella chica francesa le había dicho. Le había salvado la vida. La verdad es que la apariencia con la que había hecho acto de presencia ante sus ojos no era la de alguien que hubiera estado tomando el té o pasando un rato agradable, pero tampoco se esperaba un comentario así. Cuando la había examinado tenía el vestido rasgado, cortes por todo el cuerpo, el labio hinchado y algún que otro morado por la zona del ojo que no había terminado de desaparecer, posiblemente de algún golpe anterior. Verla con todas esas heridas le había puesto furioso ¿qué animal se atrevía a maltratar así a una mujer en el siglo XXI? Tuvo que contener las ganas de gritar y de liarse a golpes con el poco mobiliario que había en su apartamento, pero había sabido serenarse.

Después de hablar con Jacqueline durante horas intentando averiguar qué atrocidades le habían ocurrido para estar así, se había dado por vencido al darse cuenta de que la chica no iba a soltar prenda. Estaba asustada, probablemente con un grave shock post traumático, y el simple hecho de mencionar algo de lo que le había ocurrido “allí dentro” le provocaba una ansiedad enorme. Eric había decidido entonces darle una merecida tregua al tema para que ella pudiera recuperarse tanto psíquica como físicamente de aquel duro golpe. Ya sacaría el tema en otra ocasión.

Fue más difícil de lo que pensó y no consiguió nada. Parecía que a Jacqueline le había pasado algo que se salía fuera de la escala del entendimiento humano y no estaba preparada para afrontar ese trauma aún. Eric lo intentó por activa y por pasiva, diciéndole que podría ayudarla proyectarlo en voz alta, decírselo a otra persona, que él mismo haría de psicólogo y no la tomaría por loca...pero ese no era el problema. El problema era, como ella había dicho ya una vez, que la experiencia que había vivido durante el tiempo que había estado encerrada en la cámara había sido algo tan

horrible que su sistema aún no lo había digerido. Tal era el alcance psicológico que esto le había provocado que pasado un mes desde que apareciera en la Barcelona de 2014, Jacqueline seguía teniendo pesadillas casi cada noche, se despertaba gritando empapada en sudor y era incapaz de conciliar el sueño una vez que las pesadillas la atacaban. Dormía poco y Eric se daba cuenta de este hecho por las bolsas negras que le aparecían bajo los ojos todas las mañanas, la palidez de su piel y el decaimiento que se escuchaba en su voz cada vez que hablaba. Tampoco estaba cómoda con la época, pues, después de haber vivido cien años atrás, las costumbres eran otras y ella aún no se hacía al entorno. La ropa le resultaba incómoda y atrevida, pues era impensable en 1914 que una mujer usara pantalones; y aún no se había atrevido a salir a la calle por miedo a lo que pudiera ocurrir. Lo único que Eric había podido sacar en claro de todas las preguntas que le había hecho sobre su experiencia, era que jugaban con su mente y le ponían el caramelo en la boca para hacerla creer que era libre para luego darle el golpe de gracia y volver a sumirla en una tortura de proporciones épicas. No había podido sacarle ninguna respuesta más, pues justo después de esta, se había sumido en un llanto desconsolado que a Eric le dolió más de lo que debería.

—Pero Jackie...necesito que me digas algo. No todo, algo con lo que pueda empezar a entender lo que te está pasando. —había vuelto a insistirle poco tiempo después.

—No puedo. ¿Es que no lo entiendes? No quiero hablar de eso, me es imposible recordar y decir en voz alta todo lo que tuve que pasar ¿qué pasa si me hace volver ahí? No quiero. —y se echó a temblar.

—Tranquila, va. —se sentó a su lado en el sofá y le pasó un brazo por los hombros para intentar tranquilizarla. —Llevas un mes aquí, sana y salva, te aseguro que no voy a permitir que nadie vuelva a hacerte daño, sea quien sea o y sea lo que sea que te hayan hecho ahí dentro, te doy mi palabra.

Ella sonrió amargamente.

—No puedes hacer nada contra ellos, *mon ami*. A lo que nos enfrentamos es mucho más grande incluso que el gobierno...es algo sobrenatural.

Eric suspiró y dejó el tema correr una vez más. Ya había perdido la cuenta de cuantas veces había acabado igual la conversación en el tiempo que ella llevaba ahí.

Jacqueline seguía el mismo ritual todas las noches antes de acostarse e intentar conciliar el sueño. Se cambiaba de ropa, se recogía el pelo en una

trenza y se sentaba en el colchón con las piernas cruzadas a pensar, cerrar los ojos y después de respirar hondo, percatarse de que aún seguía en España, en la España de cien años en el futuro. Luego intentaba dormir pero las pesadillas la atacaban sin compasión. No había conseguido dormir más de tres horas seguidas desde que había salido de la cámara y temía no poder hacerlo nunca más. Si no había conseguido matarla *Él*, iba a matarla la falta de sueño y descanso en su organismo. Suspiró y siguió dando vueltas por el colchón hasta que su mente fue al chico que ahora dormía en el salón. Eric no solo le había cedido su habitación, sino que le había ofrecido su casa entera, su ropa y el poco dinero que tenía para que pudiera salir adelante mientras decidía qué hacer con su vida. No estaba preparada para afrontar la experiencia de contar su vivencia en voz alta, era demasiado para sus nervios, pues siempre que intentaba empezar, la ansiedad la embargaba y no era capaz de continuar hablando por la falta de aire. Las lágrimas y la impotencia venían después.

Acostumbrada a ser una mujer decidida y fuerte por las circunstancias que le había tocado vivir allí dentro, Jackie estaba más rabiosa consigo misma que asustada por lo que tenía que contar. Ya lo había dicho una vez y moriría repitiendo lo mismo, si tenía que morir en el intento, lo haría luchando con uñas y dientes, no llorando como una cobarde. *Él* se había reído de ella cuando había hecho esta afirmación y la había castigado por su osadía con una nueva lluvia de golpes que con el tiempo habían dejado de doler. Pegó un golpe al colchón y se mordió la lengua para no gritar de frustración, pues eran las cuatro de la mañana. Quería contarle a Eric para que él entendiera y juntos pudieran buscar una solución y sabía que si no lo hacía, quizá nunca se resolviera el misterio. Pero no podía, sencillamente no podía.

Desde el lado de la cama en el que dormía, respetando siempre que el otro era el de Eric, ya que olía a él, vio en la mesita de noche un bloc de notas y un bolígrafo. En el cuaderno de piel negra se podía leer Eric Riba y aún no había sido rellenado. Se incorporó y lo cogió con cuidado pasando la palma suavemente por el lomo...y entonces se le ocurrió.

Cuando Eric despertó aquella mañana su particular dolor de espalda le dio los buenos días como siempre y se dispuso a hacerse un café bien cargado. Hoy tenía que empezar a trabajar y sería la primera vez que Jackie se quedara sola desde que llegó. Le daba un poco de reparo dejarla así, pero si quería comer el mes siguiente tenía que mover el culo y empezar a darle uso a su nueva cámara. Había dejado la Agfa Isolette II guardada en el armario por

miedo a lo que pudiera pasar si la utilizaba y había cogido algo de sus ahorros para emergencias para comprarse otra de segunda mano. Esta vez al probarla no había pasado nada.

Fue a su habitación a vestirse con paso pausado y una taza de café solo en la mano, tocó suavemente la puerta y al no recibir respuesta, asomó la cabeza. Jackie estaba desparramada por el colchón, destapada y con su cuaderno de notas descansando sobre su brazo izquierdo, y su bolígrafo descansaba junto a su mano derecha, ahora inerte. Sonrió y decidió no despertarla pues sabía de buena mano lo mucho que le costaba dormir, ya que él mismo era partícipe de sus complicadas noches. Se acercó, le echó una manta por encima y retiró el cuaderno del colchón. Cuando lo miró se sorprendió, pues Jackie había bautizado las hojas en blanco con una letra fina y elegante, y había escrito varias cosas, palabras desconocidas y nombres de personas que no sabía identificar. Pero lo que vino después fue peor. Dejó su taza de café a un lado y comenzó a pasar las páginas del cuaderno suavemente. Jackie había hecho una serie de dibujos sobre las páginas en blanco y lo habían dejado sin habla entre el horror y la preocupación. En ellos Jackie había decidido plasmar las atrocidades que no era capaz de decir en voz alta y a Eric se le secó la garganta con tan solo verlos.

Capítulo 5: La confesión.

¿Qué significaban aquellos dibujos? ¿Y por qué Jacqueline los había hecho?

En las hojas de papel en blanco se podía ver la figura de una mujer, atada de pies y manos con cadenas que parecían ser muy poco cómodas a una pared mohosa, sucia y poco apetecible. En su cara se reflejaba una amargura que Eric no había visto nunca. Pero el dibujo en sí no fue lo que sorprendió a Eric, lo que realmente lo impactó fue que ella no estaba sola. La mujer del dibujo se parecía físicamente bastante a Jacqueline, pero no podía estar seguro, ella estaba dormida y tampoco podía preguntarle en aquel preciso momento, pues era la primera vez, desde que había llegado, que dormía tranquila y sin pesadillas. Siguió observando los bocetos en el cuaderno y empezó a analizarlos. En el primero de ellos aparecía encadenada a la pared y con dos figuras grandes e intimidantes custodiándola, pero al estar de espaldas no se diferenciaba si eran hombres, mujeres...o directamente cosas, pues una de ellas era humano, pero la otra no lo parecía tanto.

En el segundo estaba malherida, y a Eric le empezó a hervir la sangre, pues se la podía ver en posición fetal en el suelo, con cortes en las piernas y los brazos y llorando, solo que en este boceto no estaba con dos figuras, sino solo con una, y esta le tiraba del pelo con saña y fuerza, con maldad. En este dibujo sí que se veía la cara de la otra persona, era un hombre alto, corpulento y con cara de perturbado. Agarraba a Jacqueline con fuerza como si quisiera someterla, y aunque ella parecía estar destrozada, nunca terminaba de rendirse. En el tercer dibujo aparecía con una mujer aparentemente prisionera como ella que estaba en condiciones mucho peores. Cuando fue a pasar la página intentando controlar su temperamento, se dio cuenta de que Jackie había dejado de dibujar. El resto de páginas del cuaderno estaban en blanco. O bien había dado la casualidad de que se había quedado dormida, o simplemente no había podido continuar con la recreación de todos sus miedos...y ahora entendía por qué. ¿Qué era lo que había dentro de esa

cámara que se asemejaba a una cámara de tortura? ¿Era esa la palabra adecuada, tortura? Necesitaba respuestas, y las necesitaba cuanto antes.

Jackie despertó tranquila, serena y descansada. Abrió un ojo y después otro y sonrió al darse cuenta de que seguía en casa de Eric. Bostezó, se desperezó y miró hacia la puerta que daba al salón. La noche anterior por fin había conseguido dormir más de lo habitual y se sentía descansada y con fuerzas. Este descanso lo achacaba principalmente a que por fin había podido expulsar de su sistema un poco de su experiencia dentro de la cámara aunque solo fuera esbozando unos cuantos dibujos. Estiró la mano para coger el cuaderno y se dio cuenta de que no estaba. Entró en pánico. ¿Dónde estaba el cuaderno negro y por qué había desaparecido? En él había dibujado unas cuantas imágenes de lo que había pasado y no le apetecía que nadie las viera sin avisarla antes. ¿Y si las tenía Eric? Oh, dios mío. Empezó a sudar, se levantó nerviosamente y fue al salón de la casa en busca de su anfitrión. Él se encontraba en el escritorio situado en la esquina del loft con sus papeles frente a él. Tenía puestas unas gafas de pasta negra graduadas y parecía muy concentrado en los dibujos que ella había hecho la noche anterior. *Bueno, pensó, por lo menos no va a tomarme por loca...más aún.*

—Buenos días...- dijo ella tímidamente para nadie en particular.

Eric levantó la vista de los papeles y cuando la vio su expresión cambió.

—Buenos días, preciosa. ¿Has dormido bien? —se levantó de la silla y, con los papeles en la mano se acercó a ella.

—Yo...eh...sí, quería hablar contigo. —empezó a decir torpemente, pero no pudo terminar la frase, pues las palabras murieron en su boca cuando Eric, sin previo aviso, acortó la distancia entre ellos y la aprisionó en un abrazo que no era doloroso, sino más bien todo lo contrario, era reconfortante.

—No digas nada. —dijo él apretándola más.

—Pero... —ella quiso apartarse, colocó las palmas de las manos en su pecho y cuando fue a empujarlo lejos de ella, algo en su mente cambió y en vez de alejarlo, lo agarró de la camiseta y lo acercó aún más.

Había pasado demasiado tiempo desde que alguien la había consolado de esta forma, y después de todo lo que había pasado no iba a despreciar su gesto. Era una mujer fuerte, luchadora e independiente, pero también necesitaba de vez en cuando un poco de apoyo y cariño, como ahora. Eric siguió abrazándola, acariciándole la espalda con gesto tranquilizador y cuando notó que la respiración de ella se relajaba, la soltó y la miró.

—¿Mejor? —dijo y sonrió.

A ella se le saltaron las lágrimas, pero logró retenerlas antes de que escaparan.

—Mucho mejor, gracias. —miró al techo para detener el llanto. —¿A qué ha venido eso? —carraspeó.

—A que he estado viendo los dibujos que hiciste anoche, y he pensado que después de vete tú a saber lo que has pasado ahí adentro, necesitabas un poco de apoyo y calor humano...perdona si te ha molestado. —se encogió de hombros.

—No, no me ha molestado, es solo que... —buscó las palabras adecuadas. —No me esperaba este tipo de reacción, la verdad, esperaba más bien que me tomaras por una lunática y me echaras de tu casa.

Eric le respondió con una carcajada.

—Jackie, has salido de mi cámara de fotos como por arte de magia ante mis ojos, he sido testigo y lo he visto, no voy a tomarte por una lunática porque me cuentes lo que has pasado ahí dentro, y sinceramente estos dibujos tampoco me sorprenden. Desde que apareciste con ese aspecto y tan malherida, mi intuición me dijo que no venías de ningún sitio bueno.

—Ya...perdona por no habértelo contado antes, pero es que no he podido sacarlo hasta ahora.

—Y no lo has sacado todo... —dijo despacio.

—No...

—Pero tienes que sacarlo...

—Ya...

Eric suspiró.

—Mira, Jackie, solo quiero ayudarte, ¿vale? Sé que es difícil para ti y que te tendrá afectada psicológicamente en exceso, pero necesito respuestas, —puso especial énfasis en la palabra “necesito” —y tú eres la única que puede dármelas.

—¿Para qué? Ya soy libre, no necesitas saber nada de ese sitio, por favor.

Eric se apartó de ella.

—Claro, tú eres libre, pero —sacó uno de los dibujos, en los que aparecía con otra chica, otra prisionera —y ¿esta persona? Está en la misma situación que tú y seguro que ella no es igual de libre.

—Layla... —dijo para sí misma mientras observaba el dibujo.

—¿Quién es, Jackie? ¿La conoces? ¿Era otra prisionera como tú, o era tu

verdugo? ¿Quién te ha hecho eso? ¿Qué es lo que hay ahí dentro para que estés tan asustada? Necesito respuestas para poder ayudarte, por favor.

Jackie lo miró nerviosa y pudo ver que su expresión era una mezcla de nerviosismo y angustia y que realmente parecía preocupado por ella y quería ayudarla. ¿Sería capaz de contarle todo desde el principio hasta el final?

De repente pensó en Layla, y en las demás personas que había conocido y que no estaban en la posición de ella. Tenía que ser altruista, no egoísta, y ahora que había conseguido escapar y encontrar a alguien que quería ayudarla, tenía que ayudar al resto de personas. Tenía que luchar y pelear con uñas y dientes, como le había prometido a *Él*, y Eric le estaba dando la oportunidad de no hacerlo sola, sino de hacerlo con él.

—Está bien...te lo contaré todo. —dijo con un suspiro.

Eric se sentó frente a ella en la mesa del salón con un café en la mano y el cuaderno negro delante, para tomar notas de todo aquello que pudiera provocar dudas y luego preguntarle. Llevaba casi dos meses esperando este momento y por fin ella se había atrevido a dar el paso. Ahora solo quedaba esperar y ver qué era lo que salía por esa boca.

—Me llamo Jacqueline Dubois, pero todo el mundo me dice Jackie. Tengo veintidós años y nací en Francia en 1892, concretamente en la ciudad de Toulouse, de donde es toda mi familia desde siempre. El día de mi cumpleaños, el vigesimosegundo, había decidido irme de casa y dejar a un lado la encorsetada vida que mi madre tenía preparada para mí para luchar por lo que yo realmente quería, que era ser libre. En aquella época todo para nosotras las mujeres estaba mal visto, y a mí me parecía mal. Quería ver mundo, hacer cosas, no sé, vivir. Estaba en una recepción en la que se anunciaba el nuevo descubrimiento de mi hermano Carlos, que era un científico erudito de la época y estaba investigando algo muy extraño sobre viajes espacio temporales, loco, ¿eh? Yo nunca lo tomé en serio, pensé que estaba corriendo tras una quimera y que nunca conseguiría nada, pero esa noche tenía un anuncio que hacer. Nunca supe qué era. Mientras iba al salón principal pasé por la puerta del desván y como escuché un ruido, bajé a mirar pensando que era mi hermano, que tenía la costumbre de esconderse ahí entre antigüedades cada vez que tenía un acto importante, como el de aquella noche, supongo que productor de la misma presión a la que era sometida yo, no podíamos evitar buscar siempre una vía de escape para aquella vida que a mí personalmente me recordaba más a una prisión. Bajé y todo estaba oscuro y

mohoso, y encontré la cámara de mi abuelo. Adoraba a mi abuelo y teníamos una relación tan especial que era lo más parecido a un padre que he tenido nunca. Me hizo ilusión verla, así que decidí que hacerme una foto con su cámara era una bonita forma de despedirme de esa vida. Me senté en unas cajas, hice la foto y...todo se volvió negro. No sé qué pasó ni cómo, solo sé que pasé de estar en Francia en 1914 a *L'Enfer*^[1]. Le puse ese nombre porque es lo más parecido a un infierno que he visto en mi vida, te lo prometo. Llegué y me recibieron criaturas extrañas, babosas y con la cara deformada. Estaba desorientada, asustada y no sabía qué hacer, así que llamé a alguien. Maldita la hora en la que lo hice. De las sombras apareció *Él*, con una sonrisa de psicópata en la cara y un látigo en la mano, y así comenzó todo. He estado viviendo años, hasta el punto de que he perdido la cuenta pues allí el tiempo se detiene para todo el que está dentro; años de torturas tanto físicas como psicológicas. *Él* intentaba someterme y que fuera como una de sus esclavas, pero me negaba a aceptar que mi final fuera ese después de lo que había luchado por vivir la vida a mi manera, y siempre me rebelaba. Cada vez que hacía acopio de valor e intentaba escapar, se les ocurría una maldad nueva. *Él* no estaba solo, siempre iba acompañado de un pequeño séquito de... ¿lacayos? Sí, creo que eran lacayos, que lo ayudaban con los prisioneros problemáticos.

—Espera, espera. —la interrumpió él. —¿Quién es *Él*?

—Es difícil de explicar, cuando termine con esto, te hablaré en más profundidad de *Él*. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Me rebelaba siempre, no quería estar ahí y nunca terminaba de aceptar que ese era mi destino, que iba a morir así, por eso siempre estaba tan malherida. Me drogaban para hacerme creer que estaba en casa y luego me devolvían a la realidad de una bofetada, para demostrarme que nunca saldría de allí, para que dejara de luchar. Por este carácter inconformista, *Él* le tomó especial gusto a mis torturas, y se lo pasaba en grande viéndome sufrir. —su voz se quebró y una lágrima escapó de sus ojos. —Pero no consiguió acabar conmigo...aquí estoy.

Eric la miraba anonadado.

—Dios mío...

—No, ahí Dios no existe. Solo hay dolor, muerte y pena, es un sitio horrible y gracias a ti he conseguido salir de él.

Eric se quedó en silencio pensando y digiriendo todo lo que acababa de

escuchar decir a Jackie. L'Enfer...se repetía mentalmente. Increíble, todo era absolutamente increíble. Dentro de su cámara de fotos había un mundo totalmente diferente y desconocido, donde el tiempo no pasaba y donde todo era distinto. La gente era torturada hasta morir y la rebeldía era castigada con sangre. Ahora entendía muchas cosas, pero seguía teniendo incógnitas abiertas y preguntas sin responder. ¿Sabría alguien de la existencia de esto? ¿Eran los únicos que conocían este gran secreto? De repente, las palabras del dependiente del anticuario se hicieron eco en sus oídos. *Ten cuidado con esa cámara hijo, mucho cuidado...* ¿Qué quería decir eso? Al principio había pensado que era porque el objeto era muy antiguo, pero ahora que recordaba la expresión contrariada del hombre podría ser por algo totalmente diferente.

Sin previo aviso, se levantó de la mesa y se puso una chaqueta rápidamente.

—Vístete, creo que tengo a alguien que puede darnos respuestas, rápido.

—¿Quién? —ella parecía extrañada.

—No preguntes, solo vamos, te aseguro que no va a ser en balde.

—Espera, Eric.

Él se paró en seco y la miró.

—¿Qué?

—Quiero contarte algo más...

—Oh, sí, perdona, dime.

—No es nada de L'Enfer, es una decisión que acabo de tomar.

—Soy todo oídos.

—Voy a ir contigo a ese sitio porque confío en ti y seguro que, si tú lo crees, podemos descubrir algo, pero, independientemente de lo que nos cuenten u ocurra hoy, estoy decidida a volver a entrar en L'Enfer, solo que esta vez será por voluntad propia...

Capítulo 6: ¿Preparados?

Horas después de aquella disparatada confesión, Jackie se encontraba frente a la puerta de un bonito anticuario vestida de una forma que no le hacía gracia alguna. Eric se las había apañado para comprarle ropa de mujer de aquella época y no estaba nada cómoda ¿mujeres con pantalones? ¡Qué disparate! Era cómodo, pero inapropiado.

—¿Lista? —le preguntó Eric en voz baja.

—No, pero estamos aquí para obtener respuestas, aunque no nos gusten, ¿no?

—Exacto

Suspirando, Jackie siguió a Eric dentro de la tienda y tocaron la campanilla que había en el mostrador de color oscuro.

—¿Hola? —dijo Eric en voz alta a la espera de que alguien saliera a atenderlos.

—¿Holaaaaaaa? —dijo ella poco después al no recibir respuestas.

Poco más de dos minutos después un hombre bajito, gordo y con un bigote blanco salió de la trastienda y en cuanto los vio, se quedó blanco.

—Oh dios mío... —dijo en voz baja.

—Eh...hola. —volvió a saludar Eric.

—Oh no, hola no, adiós. —y volvió a la trastienda sin decir ninguna palabra más. —¡Está cerrado! —fue lo único que alcanzaron a oír antes de ver desaparecer a aquel hombre.

Con la sorpresa dibujada en el rostro Jackie y Eric se miraron. ¿Qué acababa de pasar?

—Nos ha dejado plantados...

—¿Plantados? ¿Cómo las verduras?

—Sí bueno, es vocabulario moderno, ya te enseñaré. —le dijo Eric aguantando la risa.

—¿Y qué significa?

—Significa que no va a atendernos y que no quiere saber nada de nosotros.

Jackie formó con la boca una enorme O y se llevó las manos a la frente.

—¡Será grosero! —y antes de que Eric pudiera decir nada, ella caminaba a paso ligero hacia la trastienda, pasando por debajo de la entrada del mostrador. —¡Oiga! ¡Venga aquí! ¡Le estamos hablando! —estaba empezando a enfadarse.

—Señorita no puede estar aquí, está cerrado. —dijo el hombre sin volverse siquiera a mirarla.

—¡Y un cuerno cerrado! ¡Hay gente fuera! O me atiende o...o... ¡o rompo algo!

Eric apareció corriendo detrás de ella.

—¿¡Pero dónde vas!?

—A dejarle claro a este señor que nadie deja con la palabra en la boca a un Dubois —se volvió a encarar al hombre. —¿me está oyendo? —y acompañó las palabras con toquecitos en su espalda.

El hombre suspiró y se volvió.

—Sí, alto y claro, como para no oír esa voz de pito que tiene usted.

—Pues esta voz de pito va a seguir atormentándolo hasta que me dé una respuesta que me satisfaga, ¿vale? —y entrecerró los ojos.

El dependiente suspiró.

—Está bien...déjame cerrar la tienda, y os atiende.

—No esperaba menos. —y sonrió.

Mientras el hombre caminaba hacia la parte delantera de la tienda, pasó por el lado de Eric, le tocó el hombro y le miró con un aire compasivo.

—Y así son todas las mujeres de esta familia, chico. —y salió.

Poco después de aquel curioso altercado, Eric y Jackie se encontraban sentados en un par de sillas de oficina frente a un escritorio lleno de papeles. Jackie estaba tranquila y sonriente porque por fin tendría respuestas, Eric en cambio estaba que echaba chispas.

—¿Cómo se te ocurre hablarle así a ese señor? ¡Estás loca! —refunfuñó.

—¿Qué? Era lo mínimo que podía hacer, ese hombre quería dejarme sembrada.

—¿Sembrada?

—Sí, quería ignorarme.

—Dios mío, plantada...plantada. —y empezó a reírse.

—¡No te rías! —le pegó en el brazo.

—Perdón, perdón, es que ha sido muy divertido.

Jackie le lanzó una mirada asesina que hizo a Eric guardar silencio el resto del rato que estuvieron esperando. No sabía cuánto tiempo pasó, pero no fue mucho, cuando el hombre entró en el despacho y cerró la puerta.

—¿Y bien? —dijo sentándose en su butacón.

—¿Y bien qué? Hable, está claro que usted sabe algo. —dijo Jackie.

—Jacqueline, no seas impaciente ¿vale? —le lanzó una mirada. —Se consiguen más moscas con miel que con vinagre, bonita.

Jackie frunció los labios y miró al frente, claramente ignorando a Eric. Su sorpresa fue grande cuando vio que el dependiente estaba riéndose a carcajadas de la discusión que acababan de tener.

—¿De qué se ríe?

—De que tienes el mismo carácter que mi madre, sino más, y eso es difícil de conseguir.

—¿Su madre?

—Sí, mi madre.

El hombre se levantó, fue hasta una caja fuerte situada al fondo del despacho y después de introducir la combinación de apertura, una nube de polvo inundó la estancia.

—Guau, esto lleva mucho tiempo cerrado. —dijo tosiendo.

—Está claro que me reconoce ¿verdad? —dijo Eric ahora impacientándose. —Sabe quién soy y que yo me llevé esa cámara, usted me advirtió.

—Sí —dijo volviéndose a mirarlo. —pero no imaginaba que saldría una Dubois original.

—¡Ni yo tampoco!

—Te dije que tuvieras cuidado...

—¡Si no hice nada!

—Ya lo sé, muchachito, y si te callas y escuchas, igual tienes las respuestas que estás buscando. ¿Vais a hacerme el favor de guardar silencio? Porque siempre puedo acogerme a mi derecho de no declarar. —dijo con una sonrisa.

—Muy gracioso...

Cuando por fin consiguió que aquellos dos jóvenes atolondrados guardaran silencio, sacó la carpeta de piel que estaba en la caja fuerte y la puso frente a ellos encima del escritorio.

—Muy bien, empecemos por el principio, ¿os parece?

—Sí, claro —respondió Jackie.

—Mi nombre es Grégory, pero no me apellido Dubois, me apellido Johnson. Espera, no me mires así y escucha. —dijo cuando vio que Jackie quería hablar. —Me apellido Johnson porque mi padre era Parker Johnson, un militar de la armada estadounidense destinado en Francia, pero... —hizo una pequeña pausa. —Mi madre era Destiny Dubois, y supongo que ese apellido os sonará.

—¡Claro! ¡Yo! ¡Yo me apellido Dubois!

—Lo sé, tú eres Jacqueline Dubois, toda la familia sabe quién eres.

—¿Somos familia?

—Pues sí.

Capítulo 7: La familia Dubois.

Jacqueline no sabía cómo reaccionar a semejante afirmación. ¿Familia? ¿Ellos? No, no podía ser, ese hombre parecía su padre sino su abuelo, no podían ser familia. Entre la confusión y la rabia miró al hombre fijamente y frunció el ceño.

—No es gracioso...este tema es serio.

El hombre guardó silencio un momento y la observó, un minuto después suspiró.

—¿Crees que miento?

—Sí, usted es viejo... —abrió mucho los ojos. —sin ánimo de ofender.

—No me ofendes con la verdad, yo sé envejecer con dignidad bonita. - y sonrió.

—Lo siento...

—No lo sientas, no soy yo quien ha nacido el siglo pasado y cien años después sigue teniendo veinte años. —dijo Grégory enarcando una ceja.

—Oh... —fue lo único que Jackie puedo decir.

—¿Vais a dejar de interrumpirme? Odio que me interrumpan mientras cuento una historia.

—Sí, señor, discúlpela. Entienda que esté un poco impaciente. —intentó excusarla Eric.

—Muy bien. El tema de los Dubois con esa cámara viene desde hace años, cientos de años. Según sé porque me han contado mis padres, esa cámara llegó hasta la familia casi por casualidad por medio de Alexandre Dubois.

Jackie no daba crédito a lo que oía.

—¿Mi...mi abuelo?

—Sí. Tu abuelo se encontró esa cámara y viajó al pasado, pero luego no volvió al futuro porque conoció a tu abuela Jeannine y se quedó con ella. El destino es caprichoso, ¿eh? —dijo mirando intermitentemente de Eric a Jackie. —La cosa es que después de establecerse allí decidieron seguir investigando y resulta que “la saltadora” como la apodó tu abuela, es un

invento fallido de un señor de los años treinta llamado Emmanuelle, un científico que murió prematuramente y que fue la burla del gremio durante años. Pobre hombre, debe estar revolviéndose en su tumba al saber que tenía razón y no pudo demostrarlo.

Grégory hizo una pequeña pausa, tomó aire y continuó con el relato:

—Continúe, por favor. —lo interrumpió Jackie impaciente antes de que pudiera continuar.

—Ya va. Después de descubrir el origen de este fenómeno científico, Alexandre y Jeannine decidieron investigarla ellos y mantener el secreto dentro de las paredes de la familia Dubois por la repercusión que pudiera tener que se descubriera un avance así en los tiempos que corrían...Y Alexandre descubrió cómo y por qué llegó la cámara hasta él unos veinte años después de encontrársela en las calles de Toulouse.

—¿Cómo? —preguntó Eric en voz baja sin poder evitarlo.

—Por una nota que encontró manuscrita en un falso fondo de la caja donde estaba la cámara. Lo que cuenta Alexandre en sus anotaciones durante la investigación es que él estaba de copas en una taberna, aún en los años 50, y que cuando bajó al sótano donde estaban los baños, unos papeles salieron de la nada y se guardó uno en la chaqueta que le dio justo en la cara. Después de esa noche de borrachera, en vez de reposar en casa, salió a la calle sin un motivo aparente, y en un callejón creyó escuchar que alguien lo llamaba, se acercó y allí estaba “la saltadora”. Después de viajar al pasado y darse cuenta de que aquello era real, encontró en la caja una nota. —Grégory sacó una nota de una caja y la puso frente a ellos.

—¿Qué es esto? —preguntó Eric.

—Léela y lo sabrás. —respondió el dependiente.

Eric observó el papel durante unos instantes intentando descifrar la caligrafía un poco borrosa del papel amarillento y las palabras que fueron surgiendo de aquel análisis visual le pusieron el corazón en un puño. La nota rezaba:

Sé que no me conoces, y probablemente tampoco puedas buscarme, pero necesito que me ayudes, y no creo que exista otra persona capaz de hacer esto. Tu fama de aventurero es conocida en toda la ciudad, y creo que algo dentro de mí está diciéndome que no debo dejar este tesoro en manos de nadie que no seas tú. Cuidala, sé el poder que tiene, no dejes que nadie la utilice para hacer ningún mal. Disfruta de todo lo que te va a deparar e

investiga. Algún día, cuando tú lo creas oportuno, saldrá a la luz y por fin todo habrá acabado, y mi marido y yo te agradeceremos que honres su memoria de esa manera frente al resto del mundo. Buena suerte, Alexandre.

Madalina Leblanc.

—Dios mío... —dijo Eric.

—Madalina era la esposa del creador de la cámara, y la taberna donde Alexandre encontró los papeles era la antigua casa en la que vivió el matrimonio. El día que Alexandre la encontró fue porque ella estaba oculta entre las sombras e hizo todo lo posible para que él y “la saltadora” se encontraran.

—Pero... ¿por qué no se lo dio ella misma? —preguntó Jacqueline.

—En aquella época la mujer aún estaba bajo la mordaza social y era imposible que Madalina hiciera algo por libre y que no fuera extraño o acabara levantando sospechas, así que labró un plan encubierto y terminó consiguiendo lo que quería.

—Y... ¿qué pasó después? —preguntó Eric.

—Después Alexandre y Jeannine decidieron que un secreto así debía permanecer en la familia Dubois hasta que hubiera algún dato más que arrojara luz sobre cómo era posible viajar en el tiempo a través de un objeto tan pequeño y por qué, así que callaron. Ha ido pasando de generación en generación de hombres interesados por la ciencia desde que ha existido.

—Pero ha dicho que su madre se llamaba Destiny Dubois, es una mujer.

—He aquí donde la historia cambia un poco. Mi tátara-tatarabuelo, el difunto Carlos Dubois, era un genio de la ciencia, y estaba decidido a encontrar el misterio de la cámara costase lo que costase.

—Carlos... —Jackie estaba a punto de echarse a llorar.

—Sí, Carlos, su hermano. Él sabía desde que cumplió los dieciocho años de la existencia de este objeto, pero como era una cosa reservada para los hombres, nunca se le permitió contarte nada, aunque siempre quiso. Avanzó muchísimo y por eso lo veías poco. Creemos que estaba a punto de llegar a algo grande cuando desapareciste tú, y entonces todo fue un caos.

—¿Caos? ¿Por qué?

—La familia estuvo años buscándote, pensaron en secuestro, asesinato e incluso que te habías fugado con algún pretendiente. Finalmente, las

autoridades francesas te dieron por muerta pero tu familia nunca se quedó conforme con esta decisión. Carlos se quedó muy afectado por esto y nunca logró prestarle la atención necesaria de nuevo a “la saltadora”, así que pasó a generaciones posteriores.

—Hasta llegar a usted. —sentenció Eric.

—Sí, y tutéame por favor.

—Vale...

—La cosa es que la cámara debía permanecer en manos de aquellos hombres que tuvieran un interés especial por la ciencia y por descubrir la incógnita, pero al llegar a mis abuelos, la curiosidad científica y la garra para la investigación la heredó la única mujer de la familia, mi madre, a la cual llamaron Destiny en honor a que fue la mayor de sus hermanos y mujer, y se suponía que era ella quien debería heredar el secreto. Luego resultó ser una científica empedernida e hizo averiguaciones muy interesantes sobre la cámara. Se casó con mi padre y adoptó el apellido americano por ley, pero el secreto siguió dentro de la familia hasta llegar a mí.

—Espere... —interrumpió Jackie. —¿Qué tipo de averiguaciones?

—Sabía que preguntarías eso. Averiguaciones no muy buenas. Mi madre quiso probar la cámara, pero mi padre, preocupado por ella, nunca la dejó. Estaba convencida por unos cálculos y unas coordenadas de que había algo más que un portal interdimensional dentro de la cámara, y quería verlo.

—¿Pudo? —preguntó Eric.

—No. Desgraciadamente el cáncer se apoderó de ella demasiado pronto y se la llevó antes de que pudiera averiguar nada más. Desde entonces he intentado seguir con su legado, he leído sus notas incontables veces en busca de algo, pero no he conseguido nada. Creo que simplemente no puedo porque mi corazón no me lo permite.

—¿Por qué se deshizo de la cámara cuando se suponía que debía permanecer en la familia Dubois?

—Oh...pues la respuesta que debería darte es que fue porque necesito dinero y una cámara así está demasiado bien pagada para dejar pasar la oportunidad, pero mentiría.

—¿Y cuál es la verdad? —preguntó Jackie.

—Que me duele demasiado no haber podido estar a la altura de mi madre y esa cámara es como un reflejo de mi fracaso y de que ella ya no está, y me duele recordarlo.

La expresión de Jackie se tornó triste.

—No diga eso...

—Pero es la verdad.

—Pero ¿y por qué yo? —preguntó Eric.

—No sé explicártelo con palabras, pero cuando estuviste tanto tiempo mirando el escaparate y te vi con intenciones de comprarla, me asusté y tuve que quitarla, no por nada, sino porque sabía que no tenías que verte envuelto en esto, pero cuando entraste por la puerta es como si mi madre estuviera a mi lado y me dijera: es él, deja que él se la lleve, y por eso te la vendí, pero de hecho no quiero el dinero. —sacó un fajo de billetes del cajón y se lo devolvió. —Tómalo como un regalo.

—No, pero... —replicó Eric.

—Hazme caso, es un regalo. Con el tiempo entenderás por qué. —y sonrió.

Eric enarcó una ceja ante el tono crítico de sus palabras y sacudió la cabeza.

—¿Estáis satisfechos ahora con las respuestas? —preguntó Grégory acto seguido.

—Sí. —y Jackie sonrió.

Eric siguió observándolo mientras hablaba con Jackie y sin pensárselo dos veces les interrumpió.

—Y usted, señor Johnson, ¿está preparado para saber que no ha fracasado en su investigación, que hay algo más dentro de la cámara, y que su madre tenía razón?

Capítulo 8: ¿Estamos muertos?

—¿Estáis seguros de que queréis hacer esto? —preguntó Grégory.

Antes de que pudiera responder, Eric se adelantó a Jacqueline.

—Por supuesto. —miró a Jackie. —Y cállate ya que te he dicho un millón de veces que no vas a ir sola porque no me da a mí la gana, ¿entendido? —se cruzó de brazos.

—¡Ahora no he dicho nada, no te pongas gallito! —Jackie le lanzó una mirada asesina.

—Pero ibas a decirlo, lo sé.

—Eres muy listo tú, sí...

La risa de Grégory interrumpió la peculiar discusión que mantenían.

—¿Y ahora de qué te ríes? —el receptor de las miradas asesinas de Jackie ahora era su familiar.

—De nada, solo me hacéis gracia, porque parecéis una pareja.

Jackie abrió los ojos de par en par, miró a Eric de reojo y apartó la mirada avergonzada.

—Eh... —Eric tampoco supo que decir.

—Vaya... —dijo Grégory para cambiar de tema. —Quién iba a decir que dentro de esa cámara había un mundo entero...si mi madre se hubiera enterado. —su expresión se volvió triste.

—Créeme, ese mundo no tiene nada de bueno, es todo un infierno y lo único que hay que hacer por el bien de la humanidad es destruirlo.

—Ya, pero aun así no entiendo por qué eres tan tajante con algo as... — Jackie lo interrumpió.

—Porque sí, ¿vale? No preguntes más, por favor, Grégory, te dije que no quería hablar de eso. Te prometo que en otro momento te lo contaré todo, pero ahora no.

—Vale, vale...- respondió él.

Eric al ver la tensión que se había apoderado de Jackie al sacar su trauma a la luz trató de aligerar el ambiente.

—Eh, venga. —se acercó y le rodeó los hombros con el brazo. —Todo va a salir bien, ¿vale? —y sonrió.

Jackie no sabía qué era, ni por qué, solo sentía que podía confiar en él y que, pasase lo que pasase, podría sentirse segura. Esto solo le dio más ánimos para lo que estaba a punto de enfrentar y, en silencio por no darle la razón al cabezota de Eric, se alegró de no ir sola. Al principio habían tenido una discusión bastante fuerte en la que Jackie había argumentado que, como Grégory había dicho, él no tenía nada que ver en esto, y que era una lucha personal de ella, pero no había servido de nada. Eric se había empeñado en ir, decía que no tenía nada que perder y que antes de perderla a ella y no volver a verla más, prefería acompañarla por lo que pudiera suceder. Jackie no dijo nada, pero aquellas palabras le tocaron la fibra sensible.

—Sí. —le agarró la mano y sonrió también. —Todo va a salir bien.

Lamentablemente Jackie no era tan optimista como Eric, sabía lo que había dentro de la cámara y era perfectamente consciente de que las probabilidades de que algo saliera bien de aquel plan eran una contra un millón...en contra de ellos, pero aun así mantuvo la compostura.

—¿Preparados? —preguntó Grégory.

Las expresiones en las caras de Eric y Jackie cambiaron.

—Sí, supongo. —dijo él buscando alguna señal en la cara de ella.

—Totalmente.

—Entonces poneos por favor en el centro de la tienda, donde he marcado la X. Creo que con los cálculos que dejó tu abuelo Alexandre, tu hermano Carlos y mi madre, podemos conseguir transportaros a... ¿cómo dices que se llama?

—L'Enfer...el infierno. —respondió Jackie en tono sombrío.

—Venga, dejémonos de cháchara, vamos. —dijo Eric para distraer a Jackie.

Ambos se dirigieron al centro de la tienda y se colocaron encima de una gran X de color plateado que Grégory había pegado al suelo de madera de la tienda con cinta americana. Frente a la marca estaba la cámara de Eric, la saltadora, encima de un trípode que Grégory había apañado para facilitar un poco las cosas. El ambiente estaba silencioso...como el ojo de un huracán. Las calles estaban desiertas, el viento ululaba entre los árboles que crecían al lado de la tienda y un cúmulo de nubes grises anunciaba lluvias torrenciales. Jackie estaba nerviosa pero no quería admitirlo. Hacía tiempo que había

salido de la cámara, no mucho, pero para ella esa libertad le había sabido a gloria, y el poco tiempo que había disfrutado del exterior parecía mucho más largo. Ahora tenía miedo de perder esa libertad, y sobre todo de perder la compañía que había encontrado en Eric, lo cual la sorprendía en parte y por otro lado la asustaba. No quería meterlo en esto, y a la vez no quería separarse de él, todo era muy extraño.

Eric se colocó con pies firmes en la marca y la agarró de la mano con fuerza antes de mirarla a los ojos y decirle:

—Estoy contigo, ¿vale? No estás sola.

Jackie sintió ganas de llorar, pero se contuvo.

—Eh... —carraspeó. —Sí, gracias. —y sonrió.

Eric volvió la vista al frente y le hizo un gesto con la cabeza a Grégory, que ahora estaba detrás de la cámara, observándola con cautela sin querer tocarla mucho, como si por cualquier roce imprevisto pudiera desatarse un caos tremendo.

—Greg, hazlo. —sentenció Eric.

—Muy bien, pero prometedme algo antes.

—¿Qué? —preguntó Jackie extrañada.

—Que vais a volver...Llevo mucho tiempo solo y ahora que puedo tener relación con alguien de mi familia, me gustaría conservarlo. —y sonrió levemente.

—Oh mierda, os odio, vais a hacerme llorar entre los dos. —refunfuñó.

Eric soltó una carcajada y apretó la mano de Jackie.

—Te dije que en España nos hacíamos querer.

—Y de odiar, también. —dijo en tono irónico, pero con una sonrisa en los labios, para reírse de Eric.

Jackie y Eric respiraron hondo y se prepararon para lo que estaba por venir.

—Buena suerte, chicos. —dijo Grégory antes de colocar el ojo en el objetivo de la cámara, enfocar a la pareja, calibrar el objetivo y disparar.

Una luz cegadora inundó el anticuario, Jackie estaba a punto de caer presa de los nervios que se la comían por dentro y gritar como nunca antes cuando sintió que una fuerza descomunal le movía los pies del suelo. De nuevo aquella sensación de arrastre le inundaba el cuerpo, de nuevo aquella indefensión, de nuevo seguía sin poder gritar, de nuevo volvía a caer presa de la cámara, volvía a L'Enfer.

De repente, un estruendo llenó los oídos de ambos y todo se volvió negro y silencioso.

Eric despertó con un dolor de cabeza del demonio y unas ganas de vomitar que no había sentido antes. Estaba mareado, dolorido y desorientado. Todas estas sensaciones pasaron a un segundo plano cuando se dio cuenta de que la mano que previamente había estado agarrando ya no estaba, y comenzó a preocuparse.

—¿Jackie? —dijo en voz alta. —¿Jackie?!

Estaba empezando a ponerse nervioso cuando notó que una mano pequeña y delicada le tiraba del pantalón, pero no decía nada.

—E...Eric. —tosió, era Jackie. —Estoy aquí.

A Eric le temblaron las piernas y se arrodilló junto a ella, jamás se había alegrado tanto de verla.

—Dios, ¿estás bien? —empezó a tocarla por todas partes. —Casi me muero del susto, pensé que te había perdido de repente. —la ayudó a levantarse.

—Tranquilo, no pasa nada. —Jackie levantó la mirada para ubicarse y el entorno la confundió aún más si cabía. —¿Dónde estamos?

—¿Qué? ¿Y yo que sé? Tú eres la que has estado aquí antes, ¿no?

—Sí, pero...nunca he estado en este sitio antes. —ahora estaba confundida.

Ambos se encontraban en una estancia completamente blanca. No había ni suelo ni paredes, era simplemente un enorme vacío de un color blanco impoluto, parecía la visión del cielo que aparecía en las películas americanas.

—¿Estamos muertos? —preguntó Eric.

—No lo sé...

Jackie siguió inspeccionando la estancia con la mirada y no encontró nada más que a ellos. No sabía qué pasaba, qué ocurría o qué hacer, estaba perdida. Estaba comenzando a asustarse y a entrar en pánico cuando se fijó en Eric y se sorprendió al ver que su ropa había cambiado.

—¿Pero qué...?

Eric había cambiado sus pantalones vaqueros oscuros y su camiseta de

Super Mario por un atuendo completamente negro. Llevaba unos vaqueros tupidos negros ajustados, una camiseta de manga corta del mismo color y en las manos llevaba unos guantes de cuero sin dedos. En la cintura llevaba un cinturón de armas y por el pecho le cruzaba lo que parecía ser la funda de una escopeta. Era un uniforme de combate. Tras la sorpresa de aquello, decidió echarse un vistazo a ella misma y su ropa también había cambiado. Llevaba unos pantalones de cuero negro, una camiseta de tirantes, unas botas militares altas y una pistolera enganchada al bíceps. En la pierna llevaba la funda de un machete y también llevaba guantes negros sin dedos, como Eric. Ella también estaba vestida de combate. Ambos estaban preparados para una pelea, pero iban desarmados, no entendía nada.

—¡Guau! —gritó Eric. —¡Pareces Lara Croft! —y acto seguido silbó.

—¿Quién? —preguntó Jackie sorprendida.

—Ya te contaré quién es, pero... ¿por qué estamos así vestidos? ¿Dónde estamos?

—Yo...no lo sé.

Eric se quedó boquiabierto. ¿No sabía dónde estaban? ¿Y ahora qué? Miró a Jackie, que parecía traspuesta, y decidió actuar por sí mismo. Comenzó a inspeccionar la estancia intentando encontrar una salida, o algún sitio a donde ir pero no encontró nada. Poco después del análisis visual se dio cuenta de que a lo lejos había algo.

—Allí hay algo, vamos. —tiró de Jackie.

Jackie seguía desorientada y se dejó guiar, al fin y al cabo, no podía hacer nada mejor, en aquel momento se sentía inútil. Se dejó guiar sin saber por dónde y se dio cuenta de que se dirigían hacia algo y mientras avanzaban con paso firme, vio que se trataba de un espejo...un espejo en el que se reflejaban ambos. Conforme avanzaban empezó a vislumbrar el reflejo de ambos y la imagen la dejó impactada, parecían auténticos guerreros. Sonrió ante lo letales que parecían vestidos así y siguieron avanzando. Cuando llegaron a una distancia prudencial la expresión de Jackie cambió. Mientras se acercaban más y más la imagen del espejo iba cambiando y pasó de convertirse de ellos, a una imagen de sus abuelos, Alexandre y Jeannine Dubois.

—¿Qué...? No somos nosotros. —dijo Eric en voz baja.

Jackie soltó su mano y se acercó sin palabras hacia el reflejo de dos de las personas que más había querido en su vida.

—Mis abuelos...- las lágrimas se agolpaban y luchaban por salir.

Eric se acercó y se colocó detrás de ella.

—Así que son ellos. —dijo.

—Sí... —respondió Jackie.

El reflejo de su abuelo ahora colocaba la palma de su mano en el espejo y Jackie, sin poder contenerse, colocó la suya sobre la de él, como si así pudiera sentir una vez más físicamente a su abuelo. Lo echaba tanto de menos que dolía.

—Abuelo...

Como esperando una respuesta Jackie miró con ojos tristes el reflejo. Su abuelo le sonrió y en espacio de un par de segundos salió del otro lado del espejo y tiró de ella hacia adentro. Jackie gritó y antes de poder hacer nada más, se aferró a Eric con miedo, y ambos pasaron a través del espejo. Jackie levantó la vista asustada y se quedó blanca como el papel.

—¿Qué...?

—Vamos, levanta. —y rápidamente se notó de pie.

—¿Abuelo? ¿Abuela? Dios, esto no es justo. ¡No puedes jugar así con mis sentimientos!

Su abuelo se acercó a ella lentamente y le cogió la cara entre las manos intentando calmarla.

—Jackie, escúchame, soy yo, el abuelo ¿vale? Esto es real, no estás soñando. Estás dentro de la saltadora y nosotros hemos entrado desde nuestro tiempo a la vez que tú, por eso nos hemos encontrado. Venimos a ayudarte.

Capítulo 9: Volviendo al infierno.

Jackie era incapaz de articular palabra. Tenía los ojos abiertos como platos y le faltaba el aire. Aún no era consciente de su entorno y las palabras de aquel hombre que decía ser su abuelo no hacían más que retumbar en su cabeza. *No, no, no...* se repetía mentalmente. Aquello tenía que ser una triquiñuela mental que había inventado *Él* con el fin de torturarla de nuevo. Sin poder evitarlo se echó a llorar histéricamente y se hizo una bola en el suelo, donde cayó de rodillas antes de poder darse cuenta de lo que pasaba. Eric, preocupado, se arrodilló a su lado.

—¿Jackie? —su respiración se agitó. —¿Jackie!

—No, no, no, no, no, no, ¡basta ya! —gritó tapándose los oídos.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

El hombre interrumpió a Eric y le tocó el hombro.

—¿Me permites? —le dijo con una sonrisa amable.

—¡No! —utilizó su cuerpo para proteger a Jackie. —¿Quién eres? ¡Déjala en paz!

Fue ahora la mujer quien intervino y le tocó suavemente el brazo.

—Déjalo querido, no le haríamos daño a Jacqueline por nada del mundo. —y tiró de él para levantarlo.

Eric se resistió en un primer momento, pero luego, dejándose guiar por el tono dulce y pacífico de la voz de esa mujer, se levantó y dejó que el hombre se arrodillara al lado de Jackie y le empezara a acariciar el pelo.

—Como le hagas algo, te mato con mis propias manos. —sentenció Eric.

Alexandre Dubois lo miró con una ceja enarcada y luego soltó una carcajada.

—Tranquilo, chico. Antes de hacerle algo a ella, me corto un brazo yo mismo. —miró a la mujer. —Jeannine, cálmalo por favor.

Jeannine Dubois se llevó a Eric a un lado y empezó a ponerle al corriente de lo que estaba ocurriendo allí. Mientras, Alexandre intentaba que su nieta lo mirara a los ojos para poder hacerle ver que aquello era real, pero no había

manera.

—Jackie...Jackie, escúchame. —se tumbó a su lado intentando así encontrar la mirada de ella. —Jackie, por favor, deja de llorar. Si los ángeles te ven llorar, luego no podrás dormir, porque los entristecerás. —y sonrió.

Eso hizo reaccionar a Jackie. Sollozando aún, se apartó las manos de la cara y miró a la figura masculina que tenía delante. Definitivamente era físicamente idéntico a su abuelo, solo que una versión un poco más joven de él. Aquella frase era una que su abuelo le repetía por activa y por pasiva cada vez que se echaba a llorar. Siempre había sido muy llorona, y la única manera de hacerla parar era hacerla reír así. Su abuelo llegaba, le soltaba esa frase, y ella le respondía desde muy pequeña con la frase más mordaz que tenía.

—Los ángeles nunca se entristecen, siempre están felices. —dijo riéndose en medio de las lágrimas.

Alexandre siguió acariciándole el pelo.

—Esa es mi chica, ¿mejor? —preguntó.

—Esto no puede ser real, tú no puedes estar aquí.

—Ni tú, ni este mundo, ni la saltadora, ni nada. Pero te lo puedo explicar todo si te calmas, te sientas y me escuchas... ¿confías en mí?

Jackie lo pensó, miró fijamente a su abuelo y sin pensarlo respondió:

—Siempre.

—La verdad es que no sé darte una razón exacta de por qué estamos aquí, pero estamos. Tu abuela y yo queríamos entrar en la saltadora para ver qué era lo que había dentro, pero no esperábamos verte a ti...y tan mayor.

—Pero...el espejo por el que me habéis, bueno nos habéis traído...este sitio es nuevo.

—¿Nuevo? ¿Has estado aquí antes? —su abuelo estaba sorprendido.

—Sí...la cámara me absorbió en 1914. —su mirada se volvió triste.

—¿Y yo...? —se frenó antes de terminar la frase. —Oh, entiendo.

—Yo... —estaba a punto de echarse a llorar otra vez. —No entiendo nada, no sé por qué estás aquí ni qué ha pasado, pero este no es el sitio donde yo estuve.

Eric intervino en la conversación.

—Espere, espere, ¿me está diciendo que hemos entrado cada uno de un tiempo diferente y nos hemos encontrado? No puede ser.

—Tampoco son posibles los viajes espacio temporales, pero mira. Y tutéanos, querido. —respondió Jeannine.

—Sí, señora. —Eric se sonrojó.

Alexandre ahora estaba pensativo.

—¿En qué piensas, cariño? —le dijo su mujer cariñosamente.

—En que esto, como todo, tiene que ser por algo. Tenemos que tener una misión aquí para que la propia saltadora nos haya traído con Jacqueline.

—Sí, eso parece. —Jeannine estaba extrañamente tranquila. —Y míralos, van vestidos de combate.

—Pero vamos desarmados. —dijo Eric.

—Pero nosotros no. —dijo Alexandre y sonrió.

Acto seguido, de una bolsa que llevaba al hombro comenzó a sacar armas. En cuestión de un par de minutos en el suelo de aquel sitio había dos escopetas, una pistola, varios cuchillos y un carcaj con sus respectivas flechas.

—*Voilà*. —dijo Alexandre sonriendo.

—Pero ¿y esto...? —Jackie no salía de su asombro.

—No pensarías que iba a venir con tu abuela a un sitio desconocido sin armas ¿verdad?

—Yo...

—Vamos, coged lo que queráis. —se dirigió a Eric. —¿Sabes disparar?

—No, pero puedo intentarlo. Aprendo rápido. Y sé pelear cuerpo a cuerpo.

—Estupendo.

Alexandre se cogió una escopeta y un cuchillo corto que se guardó en el cinturón y le pasó a su mujer otro machete un poco más grande. Eric optó por el carcaj y las flechas y la pistola y Jackie se quedó con la otra escopeta y un par de cuchillos más. Ahora iban armados hasta los dientes.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jeannine.

—Supongo que queda esperar, a ver qué pasa.

—¿Esperar a qué? —preguntó Jackie.

Justo después de formular la pregunta, la luz que iluminaba aquella estancia comenzó a titilar dejando el lugar en una leve penumbra muy extraña. Fue Eric el primero en percatarse de aquello que estaban esperando.

—¿Qué es eso? —frunció el ceño

En el suelo, a unos 500 metros de donde estaban ellos, había una línea de color rojo en el suelo, que parpadeaba como si de un foco se tratara. Aparecía y desaparecía sin razón aparente. Eric se acercó y antes de cruzarla, dio un

paso atrás, se arrodilló en el suelo y miró la línea al trasluz, lo que le permitió ver una especie de honda invisible, como esas que aparecen en el horizonte terrestre cuando hace mucho calor.

—Parece un campo magnético...

Alexandre se arrodilló a su lado y observó.

—Creo que es un portal.

—¿Deberíamos cruzar? —preguntó Jeannine.

—No me hagas esa pregunta, sabes perfectamente que no te quería aquí desde un primer momento. —ahora parecía enfadado.

—Cambia la cara de amargado, te dije que no te iba a dejar y que me parta un rayo si te hago caso en esa estupidez de venir aquí solo. —ahora ella lo miraba mal.

Eric no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Te hace gracia muchacho? —preguntó Alexandre

—Yo...lo siento, señor.

—Oh, vamos. —Alexandre se rio. —No me hables como si fuera un sargento, estoy acostumbrado al carácter indomable de las mujeres Dubois.

—Y tan indomable... —dijo sin pensar.

—*Excusez-moi?* —intervino Jackie.

—Nada, nada...

Alexandre le dio una palmada en el hombro a Eric.

—Pues no te queda nada que aguantar, amigo. —y sonrió.

—¿Eh? —preguntó Eric confuso.

—Que os levantéis, vamos a cruzar.

Los cuatro se levantaron y caminaron hasta el borde de la línea.

—Agarraos de las manos. —dijo Jackie.

Jeannine agarró a Eric, Eric a Jeannine y Jeannine a su marido.

—A la de tres ¿vale? —dijo ella.

—Uno... —dijo Alexandre.

—Dos... —siguió Eric.

—¡Y tres! —gritó Jackie.

El cuarteto cruzó la línea roja e instantáneamente se encontró absorbido en un torbellino de viento y polvo. Todo se movía, casi no se podía respirar y la visibilidad era prácticamente nula. De repente, comenzaron a caer al vacío y a Jackie se le puso el corazón en la garganta. Ahogó un grito de miedo y buscó a Eric y sus abuelos con la mirada, pero no vio nada.

—¿Eric? ¡Eric!

Los nervios comenzaron a apoderarse de ella y, al verse sola comenzó a hiperventilar.

—¡Dios mío, Eric, abuelo! —gritó tan alto que le dolió.

De repente una mano se cerró en torno a la suya y la atrajo hacia sí.

—¿Jackie? —gritaba Eric. —¡No te sueltes!

—¡Mi abuelo!

—¿¡Qué!?

Ambos quedaron suspendidos en el aire y se miraron buscando una explicación, pero de nuevo la caída al vacío llegó y esta vez con más fuerza que antes. Jackie dio rienda suelta a sus gritos y dejó que el miedo la inundara. El miedo a lo desconocido, a la muerte, a perderse, y sobre todo, miedo a sentirse sola. Le faltaba el aire y no podía respirar y sus gritos no parecían servir para nada. Poco después de comenzar a caer por segunda vez, acabaron de bruces contra un suelo de piedra frío y húmedo y Jackie luchó por seguir respirando, pues el golpe la había dejado sin respiración.

—Dios mío...dios mío. —cuando logró calmarse levantó la mirada, pero no el cuerpo del suelo para ubicarse, y aquel sitio le resultó más familiar.

Era una de las mazmorras de L'Enfer, llena de ratas, moho y humedad. Estaba oscuro y apenas podía ver nada. La estancia estaba únicamente iluminada por la luz de una vela y el sonido de cadenas arrastrando la sacó de sus pensamientos.

—¿Quién anda ahí? —preguntó en tono firme echando mano de uno de sus cuchillos, dispuesta a pelear.

El sonido del aire cortado por una de las cadenas pasó justo por al lado de su oreja y notó el calor de la sangre correr por su barbilla poco después. Estaban atacándola.

—¡Quién eres! —gritó dando un paso al frente.

—¡Déjame! —gritó una voz atacándola de nuevo.

De repente una luz cegadora iluminó la estancia y los cuerpos de sus abuelos cayeron al otro lado de la figura que estaba atacándola, y por primera vez desde que había llegado pudo identificarla. No podía ser verdad. Sin pararse a pensar en lo que hacía, soltó el cuchillo y corrió hacia la figura de su atacante para aprisionarla en un abrazo que pensaba que jamás volvería a dar.

—Dios mío... —dijo, y empezó a llorar. —Layla...estás viva.

Capítulo 10: A un paso de Él.

Jackie cerró los ojos con fuerza y deseó que aquello no fuera otro truco mental de los que utilizaba *Él* para hacerla sufrir. Podía sentir a Layla y escucharla respirar agitadamente mientras la encerraba entre sus brazos, pero tampoco podía evitar pensar que, seguramente, *Él* ya sabría de su presencia en L'Enfer, y querría hacer algo para evitarlo. El corazón de Layla retumbaba en su pecho y Jackie podía escucharlo, estaba muy nerviosa, temblaba y apenas podía moverse. De repente, le pegó un empujón.

—¡Suéltame! —gritó Layla. —¡Déjame en paz de una vez!

Jackie no entendía nada, y al mirar a Layla a los ojos, se dio cuenta de que estaban vacíos e inexpresivos, como los de una muñeca de porcelana.

—¿Layla?

—¡No utilices mi nombre de pila, bastardo! —gritó embistiendo otra vez contra Jackie.

Eric y Alexandre quisieron intervenir en la disputa, pero Jeannine se lo impidió a ambos.

—Dejadla...es algo que tiene que arreglar ella. Ella la conoce, sabrá cómo manejar esto. —sentenció.

—Pero... —quiso replicar Eric.

—Pero nada. Deja de pensar que mi nieta es débil y necesita ser salvada...es más fuerte de lo que pensamos, y si no, observa. —y volvió la vista a las chicas.

Eric también volvió la mirada a Layla y Jackie y se preocupó aún más. Layla respiraba agitada, con los ojos abiertos de par en par y mostrando los dientes, parecía un perro de guerra. En una de sus manos tenía un grillete oxidado que le había hecho una herida bastante fea, pero que parecía no tener importancia para ella, ya que había conseguido sacar beneficio del dolor y convertir aquella cadena atada al grillete en su arma personal. El aire silbó y Layla trató de golpear de nuevo a Jackie con la cadena, esta vez sin alcanzarla. Jackie se agachó rápido y rodó a un lado sin perder de vista a Layla.

Evidentemente algo no estaba bien con su amiga, pero no iba a rendirse tan fácilmente. Había venido a salvarla y no se iría sin ella. Calibró la situación y decidió que la mejor manera de derribar a Layla, para hacerla entrar en razón era por medio de la fuerza bruta. Pidió perdón mentalmente por lo que estaba a punto de hacer y cargó contra ella. Corrió hacia Layla y cuando ésta hizo amago de volver a atacar con la cadena, le hizo una llave que le dejó el brazo inmovilizado y la hizo soltar la cadena. Layla gritaba y gruñía como un perro rabioso y Jackie apretaba más su agarre. Layla, en defensa propia, le propinó una patada en la espinilla que hizo a Jackie apretar los dientes.

—Maldita sea Layla, ¡para, soy yo! —dijo una vez más.

—Ja, no lo conseguirás esta vez, monstruo. —e intentó darle un cabezazo.

Jackie apretó aún más el agarre y, viendo que no servía de nada, decidió cambiar de estrategia. Mientras ambas se movían con dificultad por la habitación intentando derribar a la otra, Jackie consiguió hacerle una zancadilla a Layla y tirarla al suelo. Después, se colocó sobre ella, le puso las manos sobre la cabeza y le dio una bofetada.

—¡Despierta! —chilló.

Layla siguió resistiéndose a Jackie hasta que esta, de la nada, comenzó a cantar. Las primeras letras de «La Vie en Rose»^[2] comenzaron a sonar en voz de Jackie y eso pareció calmarla. Layla la miró fijamente y su expresión fue cambiando de la rabia y el dolor al llanto más desconsolado. Desde que había comenzado su encierro allí, lo único que parecía mantenerla cuerda era aquella hermosa canción que de vez en cuando sonaba sin razón aparente a través de las paredes de L'Enfer. Poco después, ambas se fundieron en un abrazo del que Jackie no la soltó hasta que se hubo calmado del todo. Eric no sabía cuánto tiempo había pasado, pero cuando las chicas se separaron, la expresión de Layla parecía más real, más cercana, aun a pesar de las heridas y el dolor que se reflejaba en su rostro.

—No me puedo creer que estés aquí. —dijo Layla.

—No podía irme y dejarte aquí. Te prometí que, si conseguía escapar, volvería a por ti como fuera, y aquí estoy.

Layla sonrió triste y apretó la mano de Jackie con la suya propia. De repente, sus ojos se abrieron como platos.

—Dios, tienes que irte de aquí. —y empezó a hiperventilar.

—¿Qué? Ni hablar.

—En serio, Jackie, desde que te fuiste, todo ha cambiado a peor. *Él* no soporta que hayas ido burlando todas sus medidas de seguridad y la ha tomado conmigo, pero eso es lo de menos. Ya se ha deshecho de varias personas del ala oeste y con cada grito de agonía que se oye se hace más fuerte.

Jackie sintió ganas de vomitar ante las palabras de Layla. Por esto mismo había decidido entrar de nuevo en la saltadora, para destruir a ese desgraciado y que sus acciones no quedaran impunes.

—Esto no va a quedarse así...- y comenzó a andar con paso firme hacia la puerta más cercana.

Alexandre la detuvo en el acto.

—¿Dónde crees que vas?

—A matarlo, y a disfrutar haciéndolo.

—Ya, claro. Paciencia, Jackie, no es tan fácil. —dijo su abuelo como voz de la experiencia.

—Y menos lobos, caperucita. —añadió Eric. —Necesitamos un plan.

—Creo que ya tengo algo. —dijo Jeannine de repente.

—Entonces te escuchamos. —respondió Jackie.

—¡Esperad, esperad! —intervino Layla primero en voz baja, y luego un poco más alta.

Cuatro pares de ojos se volvieron hacia ella y se sintió intimidada al punto. Estaba acostumbrada a que cada vez que levantaba la voz, era recompensada con una golpiza brutal por parte de quien fuera. Y si era *Él* quien la escuchaba, algo mucho peor ocurría. Por una vez se armó de valor y se hizo escuchar.

—No es tan fácil...hay guardias por todas partes.

—Siempre los ha habido. —dijo Jackie.

—Ya...pero hay algo más.

—¿Más? —dijo Eric sorprendido.

—Sí, más. Están protegiendo algo.

Los ojos de Jeannine se abrieron de par en par.

—Esto es mucho más de lo que imaginábamos Alex. —dijo mirando preocupada a su marido.

—¿Qué es? ¿Qué protegen? Dínoslo Layla. — insistió Jackie.

—Pues... —titubeó. —Protegen...No puedo, no puedo deciros nada.

—¿Perdona? —Eric ahora estaba sorprendido.

—¿Pero lo sabes? —añadió Layla.

—Sí...

—¡Entonces habla! —dijo Eric perdiendo los papeles.

Layla se encogió del susto y cerró los ojos, como esperando que Eric le diera algún tipo de golpe. Él, al ver esta reacción, se arrepintió de su poco tacto y se acercó a ella con paso cauteloso.

—Discúlpame Layla. Yo soy Eric, por si no me conoces, un amigo de Jackie. No queremos hacerte daño, pero necesitamos saber a qué nos enfrentamos.

—Y, además, —añadió Jackie. —hay más gente a la que salvar, ¿recuerdas?

Layla se debatía entre lo que quería hacer y lo que realmente debía hacer. La lucha estaba igualada y no sabía cuál de sus dos pensamientos resultaría ganador. Finalmente, decidió hacer uso de su prudencia, como había aprendido a hacer desde que llegó a L'Enfer.

—No puedo contaros lo que sé, porque mi vida está en juego...sólo os puedo decir que... —titubeó, como si le costara articular las palabras. — que...

—¿Qué? —insistió Alexandre.

—Que *Él* tiene un secreto.

Hacía calor en sus estancias y su humor no acompañaba a que se templaran los ánimos. Frente a él podía ver cómo un grupo de intrusos se adentraba en su reino con aparente facilidad y eso lo ponía de muy mal humor. Aún peor lo hacía el hecho de que uno de esos intrusos tan valiente fuera la misma Jacqueline, y el simple hecho de verla le daba ganas de retorcerle el cuello con sus propias manos. También estaba Layla, con su estúpida apariencia de niña buena y comprensiva y sus falsas lágrimas. Le sorprendió que se negara a contar su gran secreto, pero no se ablandó. Aquella desgraciada iba a pagar por hablar más de la cuenta y por meter las narices donde no la llamaban. Layla había descubierto su secreto casi por casualidad y, desde entonces, había desarrollado un afán casi enfermizo por ayudarlo, pensando que así podía “salvarlo”. Se rio amargamente. Salvarlo a él, que ya estaba perdido... menuda estupidez. Bebió un sorbo de su copa de whisky y sintió el calor bajándole por la garganta. No podía emborracharse como cualquier hijo de vecino, pero por lo menos podía sentir algo más que el dolor que llevaba sintiendo tantos años. De nuevo ese familiar y atroz dolor detrás de su ojo izquierdo hacia acto de presencia y *Él* hizo una mueca de dolor. Dios, no

podía soportarlo más. El dolor se fue extendiendo por su brazo izquierdo y pudo notar cómo aquel dolor iba desde su cabeza hasta su corazón, que comenzó a palpar a un ritmo frenético que le robó el aire. *Mierda...* pensó. Ya había experimentado antes esa sensación muchas veces en los años que llevaba allí, pero nunca sabía por dónde vendría la sorpresa. Solo había una cosa de la que estaba seguro...se avecinaban cambios. Sonriendo con amargura a la imagen de aquellos cuatro intrusos y de Layla, deshizo la imagen y se levantó de su butacón...ya iba siendo hora de poner las cosas en su sitio.

Capítulo 11: La pesadilla se repite.

Layla notó como el vello de la nuca se le erizaba y comenzaba a inundarla aquella sensación de pánico que ya le era tan familiar. *Él* estaba aquí. No podía verlo, pero podía sentirlo, y no andaba lejos. Giró la cabeza y comenzó a mirar por toda la estancia, pero no vio nada. No le decepcionó no encontrarlo a su espalda, pues *Él* solo era visible cuando quería y para quien quería. Ella, sin embargo, había desarrollado un vínculo bastante extraño con él desde que había descubierto su secreto. Un día fue atada y amordazada para las habituales sesiones de tortura por uno de los lacayos de L'Enfer. Ella, al igual que Jackie, nunca había sido mujer de tirar la toalla y había forcejeado tanto que había conseguido romper las cuerdas que le aprisionaban las manos causándose graves heridas a sí misma. Mientras deambulada por los pasillos del módulo en el que estaba encerrada, poco después de desaparecer Jackie de aquel plano, llegó a una puerta de hierro negro que desprendía un calor abrasador. Primero pasó de largo, pero luego, presa de una curiosidad impropia de ella, decidió mirar qué era lo que se escondía allí dentro... desde luego no podía ser peor de lo que ya había vivido. Con el corazón latiéndole a toda velocidad, abrió sigilosamente la puerta y pudo ver que, dentro de aquella habitación, un leve fuego era la única iluminación que había. Ese familiar olor a azufre que se respiraba en L'Enfer allí era mucho más fuerte, tanto que hasta costaba respirar. Asomó la cabeza con miedo de que alguien estuviera siendo quemado vivo, como ya había oído rumorear, y se encontró con una imagen que nunca jamás podría olvidar.

Allí estaba *Él*, con los ojos cerrados y una expresión de sufrimiento extremo en la cara. Estaba suspendido de la pared más alejada de la puerta y miles de ramas de espino, negras como el tizón y gruesas como un brazo humano, le abrazaban con fuerza. Su cara era la viva imagen del dolor, y una vez dentro pudo darse cuenta de que aquel cuarto estaba insonorizado, porque desde fuera no se escuchaban todos los gritos de dolor que *Él* profería sin contenerse. Cada vez que gritaba más y parecía liberar tensión, las ramas se

apretaban y se multiplicaban, pero nunca disminuían. Mientras las ramas lo asfixiaban de sus labios escapaba, a veces entre gritos, y a veces entre jadeos, un nombre...un nombre que Layla reconoció al momento...un nombre que jamás pensó que volvería a escuchar. Layla jadeó ante la sorpresa de aquella imagen y acto seguido se tapó la boca con una mano para evitar que *Él* la escuchara, pero fue demasiado tarde. Unos ojos rojos como la sangre y que destilaban maldad la miraron fijamente, tratando de colarse en su alma.

Fue aquella la primera vez que sintió verdadero miedo. *Él* pasó, en un momento, de estar suspendido entre las ramas de espino, a estar delante de ella y agarrarla por la garganta con mano de hierro para intentar asfixiarla. Layla trató de chillar buscando ayuda, pero no sirvió de nada. *Él* la miraba con una sonrisa sádica en los labios y ladeaba la cabeza. Se reía como si fuera un loco y apretaba aún más su agarre. Layla tardó poco en darse cuenta de que ni él mismo era consciente de lo que hacía...estaba como ido. Ella pidió que la soltara, y *Él* comenzó a hablar con una voz de ultratumba que le erizó el vello a Layla. Le contó todo lo que nadie debería haber sabido en cuestión de pocos minutos, hasta que volvió en sí como si nada y la soltó...lo que vino después fue mucho peor.

—¿Layla? ¡Layla! —dijo Jackie tirándole del brazo.

Layla salió de su ensimismamiento y se dio cuenta de que estaba jadeando. Le faltaba el aire y sin poder evitarlo, una creciente ansiedad había anidado en su pecho. El recuerdo de aquel momento aún la atormentaba y no había podido controlar sus emociones frente a Jackie y los demás.

—¿Estás bien, hija? Me has preocupado. —dijo una mujer de mediana edad muy parecida a Jackie y con un deje francés en la voz.

—Yo... —Layla no sabía que responder.

—Me has asustado. Has caído desplomada como una muñeca de trapo y has comenzado a hiperventilar sin más. —dijo Jackie.

—¿Estás mejor? ¿Qué ha pasado? —preguntaba ahora el chico rubio amigo de Jackie.

—Yo...estoy bien. Solo he recordado algo y mi cuerpo ha reaccionado

instintivamente rindiéndose al miedo...no os preocupéis.

Alexandre miró a Layla y luego a su nieta y a Eric. Evidentemente la chica estaba mintiendo...y tenían que saber qué era lo que estaba ocultando. De repente, notó la voz de Eric a su lado y susurrando:

—Está mintiendo. —sentenció.

—Sí, yo también lo creo.

—No me fio de ella...

—Ya...está ocultando algo.

—Cualquiera que oculte algo en este sitio no es de fiar.

—No...pero no es malo. Observándola puedo ver que no es algo que la concierna a ella... aunque lo guarda muy celosamente.

—¿Alguna idea, Alex? —dijo Eric. Cuando vio que Alexandre lo miraba con una ceja enarcada, se corrigió. —Perdón, señor Dubois.

Alex soltó una carcajada.

—Puedes llamarme Alex, tranquilo.

—Vale...

Jeannine interrumpió su conversación.

—¿Chicos? ¡Estamos hablándoos!

—Perdón, querida, ¿decías? —dijo Alexandre.

—Que si avanzamos o no. —Jeannine frunció el ceño. —No sé qué es lo que deberíamos hacer.

Alexandre avanzó lentamente hacia donde estaban Jackie y Layla en el suelo y se arrodilló frente a ellas. Les sonrió a ambas y decidió hacer uso de su don para la oratoria, a ver si así conseguía descubrir algo más.

—Creo que deberíamos avanzar...pero hay algo que nos lo impide.

—¿Qué es, abuelo? —preguntó Jackie.

Alexandre miró fijamente a Layla intentando descifrar por sus ojos todos los secretos que escondía.

—Aquello que oculta tu amiga.

Él pegó un grito que hizo retumbar las paredes de L'Enfer. Aquella panda de estúpidos entrometidos tenía valor y estaban comenzando a mosquearlo. La estúpida de Layla había tenido un pequeño ataque de ansiedad como el que sufrió cuando lo descubrió en su habitación y presencié cómo era su fatídica existencia allí. Seguramente estaba recordando aquel momento y no había podido evitar dejarse llevar por las emociones. Niña tonta, nunca aprendería, y por eso moriría la primera. Estaba cansado de jugar al gato y al ratón.

Llevaba demasiado tiempo controlando L'Enfer como para que ahora una pandilla de paletos con ansias de salvar al mundo lo pusiera todo patas arriba. Era momento de actuar, y si para ello tenía que derramar sangre no se lo pensaría dos veces. Iba a morir gente...y Layla sería la primera.

Jackie, Eric, Jeannine, Alexandre y Layla avanzaban por un pasillo de piedra mohosa en busca de una salida a algún otro sitio, o en su caso, un escondite donde poder planear su último movimiento. Layla cada vez estaba más débil y se iba notando la escasez de fuerza en el grupo. Jeannine estaba cansada, necesitaba dormir para poder pensar con claridad, y Alexandre estaba preocupado por ella. Jackie por otro lado se apoyaba en Eric con pesadez mientras esta le acariciaba el brazo y le alentaba en voz baja a seguir caminando un poco más, antes de que pudieran encontrar un sitio donde ella pudiera dormir tranquila mientras él la custodiaba. Aquella era una extraña pareja. Eric estaba preocupado por cómo habían mermado las fuerzas de Jackie desde que habían llegado a L'Enfer, y le preocupaba que no pudiera dar todo de sí cuando llegara el momento más difícil de todos. No quería hablarlo con ella, pero temía por su seguridad.

—Ni te atrevas a decirlo, españolito. —dijo Jackie en voz baja mientras le pellizcaba el brazo.

—¡Au! ¿El qué?

—Que va a salir mal. Me prometiste que todo saldría bien. —ahora su mirada se tornó triste.

—Y saldrá, solo tengo miedo de que te pase algo. —dijo Eric.

—Lo peor que me podía pasar ya me ha pasado.

Eric instantáneamente pensó en todas las cosas que Jackie le había contado de cuando estaban en Barcelona y en los dibujos que ilustraban todas aquellas atrocidades.

—Ya...lo siento.

Jackie se rio.

—No lo has agarrado.

—¿Eh?

—Sí, entendido.

Eric soltó una carcajada.

—Pillado, no lo he pillado. Tus problemas con el español moderno me matan, nena.

Jackie se enfurruñó.

—¡Es que habláis muy raro!

—¿Qué dices que es lo que no he agarrado? —y se volvió a reír.

Jackie suspiró.

—Cuando digo que lo peor que me podía pasar ya me ha pasado no me refiero a lo que he vivido aquí, Eric.

—¿Entonces? —ahora estaba perdido.

—Lo peor que me podía pasar era viajar en el tiempo a casa de un desconocido cien años en el futuro, y acabar enamorándome de él.

Eric se quedó de piedra y no pudo reaccionar. ¿Aquello significaba que...? Sus pensamientos iban a velocidad vertiginosa y se tomó un poco más de tiempo del necesario para responder a semejante confesión. Abrió la boca para decir algo y la cerró en el acto. El aire del pasillo por el que caminaban pasó de ser caldeado a volverse completamente frío. Una corriente de aire helado inundó el lugar desde el suelo hasta el techo y las paredes comenzaron a crujir. Eric tuvo el presentimiento de que algo malo estaba por pasar, y no se equivocó.

El suelo del pasillo comenzó a temblar y todos perdieron el equilibrio. El frío cada vez se iba haciendo más intenso, hasta el punto de hacer castañear los dientes. Comenzó a oler a podredumbre y a azufre y empezaba a faltarles el aire. Jackie conocía esa sensación y el pánico comenzó a apoderarse de ella. *No...no...otra vez no.* Se agarró con fuerza a Eric como si él pudiera evitar que algo pasara, y entonces lo vio. El crujir de unos pasos al otro lado del oscuro pasillo le puso el vello de punta. Una risa enloquecida seguida del sonido de unas uñas arañando la pared de ladrillo...era *Él*.

—Vaya, vaya, vaya...cuanto tiempo sin vernos, señorita Dubois. —y apareció.

No había cambiado en nada salvo por el hecho de que ahora sus ojos tenían un tono rojo brillante y destilaban maldad. Esta era su peor pesadilla... y estaba haciéndose realidad frente a sus ojos. *Él* miró a Layla, y luego a ella, y actuó sin pensárselo dos veces. A una velocidad imposible de detectar para el ojo humano, cogió a Jackie por el cuello y la estampó contra la pared más cercana. Eric quiso acercarse a protegerla, pero *Él* lo envió con una ráfaga de viento invisible contra la pared del otro extremo.

—Tú...maldita seas. —y apretó más su agarre. —Pienso matarte y disfrutar cada minuto del proceso. —se rio. —Despídete de tu patético novio y tu estúpida familia, porque no vas a verlos más.

Cogiéndola por la camiseta, la empujó de nuevo contra la pared haciéndole crujir los huesos de la espalda y luego la tiró al suelo sin miramiento. Acto seguido, cogió a Layla del pelo con fuerza, tiro hacia arriba, le susurró algo en el oído que la hizo comenzar a llorar y desapareció con las dos entre una nube de polvo fría que dejó tras de sí el eco de una risa demoníaca en el ambiente. Cuando el polvo se disipó ni *Él*, ni Jackie ni Layla estaban con ellos.

Capítulo 12: Él

En la celda donde había encontrado a Layla se desató un caos inmenso. Eric gritaba, llamaba a Jackie y pateaba todo lo que se ponía en su camino. De una pared oculta entre los ladrillos aparecieron cinco lacayos de L'Enfer que resultaron ser nada más y nada menos que prisioneros que habían caído ante las ideas de *Él* y ahora estaban sedientos de sangre. Cada vez que mataban a alguien se hacían aún más fuertes y siempre querían más. Alexandre protegió a Jeannine con su espalda y desenvainó su espada listo para luchar. Eric, por el contrario, sacó una de las flechas del carcaj y rápidamente disparó directamente a uno de los lacayos y acabó con él. Estaba enfurecido y fuera de sí y Alexandre no necesitó hacer mucho, pues en cuestión de cinco minutos, Eric había acabado con todos. Después de acabar con el primero cogió al segundo por la pechera de la camiseta y tras estamparlo contra la pared dijo en voz alta:

—¿Dónde está? —volvió a estamparlo contra la pared haciendo crujir los huesos de su espalda. —¿¡Dónde está!?

El lacayo, ante la fuerza que presentaba aquel mortal, se acongojó e intentó aflojar su agarre. Otro lacayo se rio aún más alto desde el otro lado de la sala mientras Eric respiraba dificultosamente intentando templar sus nervios

—Afortunadamente a esta hora ya estará muerta y bañada en sangre. —se relamió. —al Señor siempre le han gustado los finales sangrientos.

Eric montó en cólera y tras desenvainar otra flecha la lanzó al pecho del lacayo que acababa de hablar. Después, agarró al que tenía pegado a la pared del cuello y apretó con fuerza mientras escuchaba a Alexandre batirse con el otro. Siguió apretando la mano en el cuello del otro mientras escuchaba el chocar de las espadas de los otros dos, y sin poder contenerse volvió a estamparlo contra la pared:

—Habla, ¿dónde está? Tienes cinco segundos para responder o te mato, te lo juro.

El lacayo seguía sin hablar y Eric estaba a punto de perder el control

cuando notó la mano pequeña de Jeannine en su antebrazo y su voz hablándole en voz baja y conciliadora:

—Eric, cariño —tiró de su camiseta —Déjalo, por favor.

—No —gritó. —¡Dime donde se ha llevado ese maldito a Jackie o vas detrás de tus dos amiguitos!

De repente, Jeannine le abofeteó.

—¡Basta ya! —parecía enfadada. —Está muerto de miedo ¿no te das cuenta? —se volvió hacia el chico, un joven de melena oscura y ojos verdes. —¿Estás bien?

El joven carraspeó y se llevó la mano al cuello.

—Sí...

—No se merece ayuda, se merece morir.

—¿Qué pasa? —Alexandre acababa de llegar de haber neutralizado a los otros dos combatientes.

—Eric ha medio enloquecido.

—¡Y una mierda! ¡Devuélveme a Jacqueline! —respiraba agitadamente y tenía los ojos abiertos de par en par.

El joven seguía con expresión asustada el movimiento de las manos de Eric, como temiendo que pudieran alcanzarle en cualquier momento y, mientras se cubría las espaldas, miró a Jeannine para decir en voz baja.

—Quiero ayudaros...yo también quiero salir de aquí.

—¡Mentira! —Eric cargó contra él.

Jeannine intentó interponerse, pero Alexandre le puso una mano delante. Aquello era algo que Eric necesitaba hacer y si aquel chico decía la verdad y quería colaborar, tenía que ganarse la confianza de ellos tres de alguna forma. Eric y el joven empezaron a dar vueltas en círculos y sin quitarle la vista de encima, Eric corrió hacia él y le golpeó con los nudillos bajo la barbilla. El chico hizo un gesto de dolor y le devolvió el golpe, sacudiendo después la mano. Eric quiso después meterle un rodillazo en el estómago para derribarlo pero no pudo, el chico era rápido y contraatacó haciendo perder el equilibrio a Eric y ambos fueron a parar al suelo. Rodaron por la sala entre puñetazos, gritos y jadeos hasta que Eric acabó encima del chico y, tras pegarle un nuevo derechazo, lo inmovilizó contra el suelo.

—Habla, no tengo tiempo para tus tonterías.

—Quiero ayudar... —el chico hablaba con dificultad. —de verdad. Estoy harto de estar aquí, yo también quiero ser libre.

—Dirígeme hasta ese lunático y te prometo que serás libre. —dijo Eric tajante.

El joven se lo pensó durante un momento, y tras suspirar y fruncir el ceño profundamente, habló con un tono claro y seguro.

—Está bien, os ayudaré.

Jackie despertó con un espantoso dolor de cabeza que la hizo sentir mareada y desorientada por un momento. Justo después de abrir los ojos recordó todo lo que había pasado e inmediatamente se puso alerta. Se levantó torpemente del suelo y colocó los brazos en posición de defensa, lista para la pelea. Mientras se daba la vuelta en busca de su enemigo, una fuerza invisible la golpeó en la nuca y la hizo perder la respiración por un momento.

—Estúpida entrometida, tenías que volver a meter las narices donde no te corresponde ¿verdad?

—¿Dónde estoy? ¡Da la cara! —gritó como pudo.

—Vaya, ¿no recuerdas la que ha sido tu casa durante tanto tiempo, Jackie? —se carcajeó

—¡Muéstrate! —gritó de nuevo Jackie.

El aire de la habitación se volvió helado como justo antes de que *Él* apareciera en la mazmorra de Layla y a Jackie se le erizó la piel. Estaba cerca, podía sentirlo, y no podía evitar notar crecer en su pecho, una sensación de ansiedad permanente. Seguía teniéndole miedo pero no iba a demostrárselo aunque le fuera la vida en ello. El sonido hueco de unos pasos sonó cada vez más cerca de ella y por fin pudo ver de nuevo la cara de la persona que la llevaba atormentando tantos años. *Él*, estaba allí de pie frente a ella rodeado por un aura demoníaca. Destilaba peligro y Jackie lo sabía, estaba asustada y temblando, pero no pensaba amilanarse. Había cambiado un poco desde la última vez que lo había visto. Ahora, *Él* tenía un cuerpo más delgado, pero también más atlético, iba con unos vaqueros oscuros y sin camiseta y en su pecho se podían ver marcas de arañazos que tenían pinta de estar infectadas. Con miedo de encontrarse con su mirada y volver a revivir algo como lo que había pasado antaño, siguió sin levantar la cabeza e inspeccionó si iba armado por lo que pudiera pasar. Aparentemente además del pantalón solo parecía llevar su habitual látigo enganchado al bolsillo del pantalón y nada más, podía apañárselas con eso. Poco a poco fue levantando la vista hasta que por fin se encontró cara a cara con *Él*. De nuevo aquellos ojos oscuros como el pozo más profundo, de nuevo aquella sonrisa diabólica en su cara. Era bastante

atractivo, con ese tipo de belleza que llega a ser hasta desagradable. *Él* era alto, tenía el pelo negro, al igual que sus ojos, los dientes blancos y una perilla tan negra como su cabello. Tenía una voz profunda e hipnótica y Jackie no pudo evitar tragar saliva cuando por fin lo vio.

—Supongo que no eres tan valiente como crees ¿No?

—¡Jackie! —el grito de Layla llegó desde el otro extremo de la sala.

La expresión de Jackie cambió de la tranquilidad al pánico extremo, y *Él* se mofó de ella

—¿Preocupada por tu amiga?

—¿Qué le has hecho? ¡Suéltala!

Él se movió rápidamente hasta que quedó más cerca de ella y la agarró por la barbilla, apretándole el hueso de los pómulos.

—¿Desde cuándo me das a mí órdenes tú, guerrera de pacotilla?

—¡Layla! ¡Responde!

—¡Jackie! —volvió a gritar Layla.

Él bufó molesto y se separó un momento de Jackie. Un minuto después apareció empujando a Layla que estaba atada con una cuerda gruesa de color negro y con el inicio de un moratón en su ojo derecho. Le había pegado.

¡Desgraciado! —gritó Jackie. —¡No le hagas nada!

Él volvió a tirarle del pelo a Layla.

—¿Ahora te preocupan las piojosas extranjeras? —la empujó.

—¡Déjala! No le hagas nada, házmelo a mí, pero déjala. —dijo Jackie.

—¡No! —gritó Layla.

—¡Cállate Layla! —replicó Jackie.

Él enarcó una ceja ante el intercambio de palabras de ellas y sonrió.

—¿Estarías dispuesta a cambiarte por ella? ¿A cualquier precio?

—¡Sí! Lo haré, pero no le pegues más, por favor. —estaba a punto de echarse a llorar.

Él comenzó a reírse a carcajadas que primero destilaban incredulidad y que poco a poco comenzaron a tornarse de furia, de enfado. Layla lo miró y se puso a temblar, aquello no pintaba bien.

—Dios, no, no lo hagas, Damien, por favor.

Los ojos de *Él* se volvieron rojos como la sangre en el momento en el que Layla lo llamó por ese nombre. Se volvió, furioso y le golpeó con el látigo en el cuello.

—¡Cállate, maldita sea! ¡No me llames así!

Pero Layla no se amilanó, a pesar de que de la herida manaba sangre a borbotones, por primera vez desde que llegó a L'Enfer, se enfrentó a *Él*.

—¡No! ¡Es tu nombre! ¡No olvides quién eres! Dios, por favor Damien, reacciona.

—¿Damien...? —Jackie no entendía nada.

Antes de poder detenerla, Layla le confesó uno de los grandes secretos de *Él* a Jackie. Ya no le importaba lo que pasara, solo quería acabar con esto.

—Es él, Jackie. Se llama Damien, Damien Leblanc.

Un chasquido se oyó dentro de la sala donde estaban los tres y *Él* se encorvó con la mano en el pecho, como si le doliera. Algo se había roto dentro de él y no sabía decir exactamente qué había sido. Layla había dicho en voz alta lo que ni él mismo quería admitir...y se lo había dicho a alguien más. Sus ojos se volvieron rojos al punto y una furia desmesurada empezó a apoderarse de él. Iban a morir las dos, se había acabado el juego. Lentamente, se volvió para mirar a Layla y sonrió y luego, miró a Jackie y dijo con voz de ultratumba:

—Muy bien, así que ya lo sabes. —se rio histéricamente. —Me llamo Damien Leblanc y por culpa de las ansias de jugar a ser Dios de mi hermano estoy aquí, pero tranquilas, que no viviréis para contárselo a nadie más

Capítulo 13: El más oscuro de sus secretos.

Damien no podía aguantarlo más. Layla se había ido de la lengua y él mismo le había confirmado a Jacqueline lo que no había querido admitir en voz alta desde que llegó a L'Enfer, que tenía relación con el apellido Leblanc y lo que ello conllevaba. Le daba asco aquel apellido y le daba asco tener la misma sangre que el desgraciado que lo había encerrado allí. Mientras escuchaba a Layla llorar desde el otro lado de la puerta de hierro que daba a la antesala oculta de su despacho, también podía oír a Jacqueline dando patadas al mobiliario. Maldita sea, esas dos iban a ponerle las cosas difíciles y ya estaba empezando a cansarse de lidiar con ellas y las molestias que causaban. Debería optar por matarlas de un tiro en la cabeza a cada una y así se acabó...pero no podía. No podía porque cada vez que había intentado hacerlo con Layla se había echado atrás, y ni siquiera sabía por qué. Se negaba a pensar que se estaba ablandando por culpa de ella, era imposible. Soltó una amarga carcajada y se apoyó en uno de los muebles de la habitación mientras echaba la vista atrás.

Damien nunca había sido una persona especialmente cariñosa, ni de pequeño ni de más mayor. Siempre había sido un niño distante, tímido y callado, siempre observándolo todo pero sin participar realmente en nada. Le gustaba mantenerse al margen y no destacar, pasando bastante inadvertido. Venía de una familia de eruditos en el campo de las ciencias y había resultado ser la oveja negra, pues aquella era su peor asignatura. Se le daba de pena todo lo que tuviera que ver con la ciencia y las letras tampoco eran su fuerte. Se sentía un completo inútil y cargaba en sus hombros con el peso de haber decepcionado a su padre. Esta incapacidad para la que era la pasión de su padre era la que le había llevado a admirar tanto a su hermano Emmanuelle. Su hermano era un genio en el campo de la ciencia hasta el punto de superar a su padre en sus propios proyectos. Era una joven promesa y la familia Leblanc estaba orgullosa de él. Damien quería ser como él, quería brillar y tener algo por lo que luchar, por eso, y desde muy joven, se pegó a su hermano como una

lapa con la esperanza de poder aprender algo de él, o de que al menos, se le pegara algo de la perseverancia que podía ver en este. Emmanuelle al principio se había sentido molesto, pero al ver que su hermano no tenía otra intención que admirarlo, le permitió estar presente en sus proyectos. Junto a él había descubierto cosas grandes, cosas épicas, cosas que iban a revolucionar el mundo que conocían. Los descubrimientos los había hecho él, pero le daba la sensación de que nada sería igual si su hermano Damien no hubiera estado con él. El día que Emmanuelle hizo su descubrimiento más especial, antes siquiera de hablarlo con su padre, fue corriendo a buscar a su hermano menor para informarle. Tras muchos años de intentarlo y de adaptar fórmulas y reformular ecuaciones con distintas tandas de números, había dado con la manera de poder viajar en el tiempo a través de un portal interdimensional que había posicionado dentro de una vieja cámara de fotos. Damien era joven e incrédulo y la palabra viajar en el tiempo fue más que suficiente para atraer su atención. Codo con codo los hermanos Leblanc siguieron intentando desarrollar la teoría de los viajes temporales, pero todo era poco más que eso, una teoría. No había prueba ninguna de que aquello fuera verdad y Emmanuelle no podía afirmar que aquello funcionara. Un día, mientras paseaba de lado a lado en su despacho, Damien llegó de jugar un partido de softball con su equipo del instituto y fue directo al escritorio de su hermano. Quería celebrar su victoria con él y quería saber qué nuevas aventuras le depararían hoy en el mundo de la ciencia. Al llegar, Emmanuelle lo miró y sonrió. Estaba sucio, despeinado y sonreía como si fuera un niño pequeño en la mañana de navidad.

—¡Ganamos! —gritó levantando la gorra en alto.

—*Tres bien!*^[3] Sabía que eras todo un profesional.

—Hice la última carrera y ahora vamos primeros en la clasificación. — pasó a la parte trasera del escritorio de Emmanuelle y miró sus papeles. — ¿Qué tenemos hoy?

Emmanuelle cambió de expresión y Damien se preocupó en el acto. Algo no iba bien y su hermano no quería decirle nada, lo presentía.

—Habla, y no me digas que no pasa nada.

—No es nada Damien.

—No me trates como si fuera un niño, Emmanuelle, sabes que lo odio.

Su hermano soltó una carcajada.

—Sí. —levantó las cejas y bajó la voz para hablar en tono jocoso. —Pero me encanta fastidiarte para verte poner cara de bebé enfurruñado.

—¡Eh!

—Eh, nada. —frunció el ceño. —No te preocupes, no es nada.

Tras una pausa en la que el silencio inundó la estancia, Damien llegó a la conclusión de que, si quería saber algo de lo que rondaba por la cabeza de su hermano Emmanuelle, iba a tener que recurrir al chantaje emocional, y como odiaba ver a su hermano con aquella expresión atormentada en la cara, le consolaba el hecho de repetirse que era porque estaba preocupado por su hermano, no por curiosidad.

—Ya sé que soy un inútil y que no voy a entender nada de lo que me digas, Emmanuelle, pero yo solo quería ayudar... —hizo un puchero y miró a su hermano de reojo.

—Oh no, no lo hagas. —Emmanuelle lo miró mal y puso los ojos en blanco. —Deja de poner ojos de cordero...oh, está bien, te lo contaré. —refunfuñó.

—Soy todo oídos. —Damien sonrió y se sentó en el escritorio.

—Verás... —empezó Emmanuelle despacio. —Hoy he intentado hablarle a padre sobre la cámara, pero no contándole directamente el descubrimiento que habíamos hecho...

Damien lo interrumpió.

—Que has hecho, tú, yo no he hecho nada.

—Hemos Damien, cállate. —siguió con el relato. —Partiendo de un supuesto inventado mío, me ha dado a entender que es una soberana estupidez querer presentar algo a la comunidad científica internacional sin ninguna prueba que confirme lo que estoy explicando, así que es inútil.

—Pero sabes que funciona.

—Ya, pero no tenemos confirmación certera al cien por cien.

—Entonces busquémosla.

—No es tan fácil, Damien...

—Qué es lo que hay que hacer.

Emmanuelle estaba empezando a impacientarse.

—Escúchame, Damien.

—Tiene que haber alguna manera, vamos, no puedes tirar todo por la borda por algo así, hagámoslo.

Emmanuelle explotó ante la perorata de su hermano.

—¡Hay que ponerse frente a la cámara y probarla, a ver qué pasa! —soltó. La expresión de Damien ahora era de sorpresa.

—¿Solo? Yo lo haré.

—Ni hablar.

—¿Cómo que no? Soy mayor de edad, no necesito tu permiso Emmanuelle.

—Damien, escúchame. Igual que no hay confirmación de que vaya a fallar y que es cierto, tampoco la hay de que vaya a salir bien. Puede pasar cualquier cosa y no pienso ponerte en semejante tesitura.

Damien quiso replicar, pero su hermano no se lo permitió.

—No, y no acepto ninguna protesta por tu parte, Damien. Respeta mi decisión, ¿vale? —y salió de la habitación.

Pero Damien no hizo caso a su hermano y dedicó toda su noche a darle vueltas a la idea de cómo podrían hacerlo de manera que nadie corriera peligro. A la mañana siguiente después del desayuno no tardó en ir a buscarlo.

—Una cuerda. —le dijo.

—¿Qué? —Emmanuelle se arregló las gafas en el puente de la nariz y lo miró.

—Átame una cuerda a la cintura y el otro cabo a un árbol, y si sale mal tira de mí.

Emmanuelle se frotó los ojos y suspiró.

—Damien...

—Vamos, no me vas a decir que ahora encima estás echándote atrás.

—No es eso...

—Puede ser el gran descubrimiento de tu carrera, el que te haga un nombre en el mundo de la ciencia. Y yo quiero hacerlo, vamos, por favor...

Le costó decidirse, pero al final accedió. Con una precaución extrema y ultimando hasta el más mínimo detalle de aquel primer contacto con lo que aquella pequeña cámara de fotos pudiera hacer, Emmanuelle situó a su hermano Damien frente al objetivo, con una gruesa cuerda atada a su cintura y unida al tronco de una secuoya que coronaba su jardín. Tras comprobar que todo estaba atado y bien atado, se colocó tras la cámara y miró a su hermano a través del objetivo con la mano en el disparador, respiró hondo un par de veces y cerró los ojos.

—No puedo Damien. —levantó la vista.

—Hazlo maldita sea E, ya hemos llegado hasta aquí. —lo miró mal.

—Pero...

—Hazlo.

Y por fin, tras mucho pensarlo y debatirse consigo mismo sobre los pros y los contras que aquello podía desencadenar, disparó. Al momento, una corriente de aire enorme se levantó de la nada en aquella mañana de verano y Emmanuelle se asustó. Damien parecía sorprendido y estaba más bien expectante por lo que estuviera por pasar. Sonreía y levantaba el pulgar en dirección a su hermano como para confirmarle que aquello iba viento en popa, pero nada más lejos de la realidad. La corriente arrastró a Damien hacia el objetivo de la cámara y lo absorbió con tal fuerza que la cámara cayó al suelo y Emmanuelle también, y una nube de polvo nubló la vista del inventor. Nervioso por la desorientación, comenzó a mover las manos en todas direcciones para encontrar la cuerda para seguir conectado a su hermano y justo cuando la nube de polvo se disipó, Emmanuelle Leblanc pudo darse cuenta de que ninguno de los dos, ni la cuerda atada al árbol, ni su hermano, se encontraban allí. Habían desaparecido.

Damien sacudió la cabeza y volvió a la realidad. Otra vez aquel dolor punzante en el pecho lo dejaba sin respiración y le quemaba la piel. Cada vez que pensaba algo relacionado con su llegada a L'Enfer o con algo que tuviera algún tipo de relevancia para él, aquel dolor amenazaba con matarlo. Desgraciadamente solo era una falsa alarma, pues lo torturaba un poco para después devolverlo a la realidad fatídica en la que vivía. Sacudió el brazo para librarse del hormigueo que le recorría el tronco superior. Se frotó la sien intentando librarse del dolor de cabeza que no había cesado desde que llegó allí y se sentó en su butaca. Las ramas de espino tardaron poco en rodearle las muñecas y apretarlo contra el respaldo. Sonrió con amargura ante la escena. Ahí estaban otra vez sus sentimientos. Cuando había llegado a L'Enfer solo y desorientado no se había preocupado porque confiaba en que su hermano lo sacaría de ahí cuanto antes. Un día, dos, tres...que fueron convirtiéndose en semanas, y después en meses. Tiempo que fue haciéndole pasar de la incredulidad y la desorientación a la más absoluta rabia, asco y locura. Terminó por odiar a su hermano y a todo aquel que se atreviera a cruzar la cámara sin saber los riesgos que corría, terminó por volverse un ser maligno, cruel y calculador, terminó por convertirse en la peor pesadilla de los habitantes de L'Enfer, en *Él*. Tras el dolor de saber que su hermano se la había jugado y le había abandonado a su suerte sin volver a por él, Damien había decidido concentrar toda su rabia, su ira, y su dolor en hacer que todo aquel

que entrara allí, si es que entraba alguien, supiera lo que era un verdadero infierno. Y por eso lo bautizo L'Enfer, porque aquello con el tiempo se convirtió en su infierno personal y en el único lugar al que podía llamar hogar. L'Enfer se había creado como producto de sus sentimientos negativos, su odio, su rabia, su dolor y su ira hacia su hermano y el resto del mundo. Esos sentimientos aún prevalecían a día de hoy y la existencia de L'Enfer dependía de él. L'Enfer y Damien estaban conectados para siempre y antes de dejar que nadie destruyera su mundo, estaba dispuesto a destruir la humanidad.

Capítulo 14: Perdidos.

Damien estaba enfadado y Jackie podía notarlo por la manera en la que el aire que se respiraba en L'Enfer había cambiado. Todo estaba más tenso, hacía frío y estaba sospechosamente oscuro, algo se avecinaba y lo sabía. Layla por otra parte tenía la preocupación pintada en la cara. No dejaba de mirar hacia la puerta por la que había desaparecido Damien y parecía incluso ansiosa porque volviera a aparecer.

—¿Por qué no tienes miedo? —preguntó Jackie.

Layla volvió la vista hacia ella y se mantuvo inexpresiva.

—Porque no le tengo miedo.

—¿Bromeas? Ese tipo es un psicópata.

—No...

—Oh Dios mío...

—¿Qué?

—¿Estocolmo^[4]? —dijo Jackie con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué? —Layla ahora no entendía nada.

—Nada, maldita sea. —le pegó una patada a la pared que tenía al lado haciéndose daño en el pie, pero no dijo nada.

De repente un silencio sepulcral se hizo en la sala y la puerta por la que había desaparecido Damien volvió a abrirse. Tras el umbral estaba una versión de Damien totalmente diabólica. Tenía una sonrisa sádica en el rostro, los ojos rojos y el pelo sobre la cara...parecía la personificación de todas sus pesadillas, aquella que llevaba viendo en sus sueños desde que había conseguido salir de L'Enfer. En un primer momento Jackie se echó a temblar por los recuerdos de todo lo vivido allí pero luego decidió enmascararlo con indiferencia.

—Vaya, vaya... —la voz de Damien era totalmente de ultratumba. — Ahora somos muy valientes, ¿no, señorita Dubois?

Jackie lo ignoró y ni siquiera se molestó en mirarlo a la cara.

—¡Mírame cuando te hablo, estúpida! —y le soltó un bofetón.

Jackie le lanzó una mirada asesina y escupió al suelo.

—¡No me toques, imbécil! —gritó ella.

—Oh, imbécil...voy a llorar.

—Damien... —interrumpió Layla.

—¡Cállate esclava! —espetó Damien.

La cara de Layla se tornó blanca al momento. Parecía que Damien había tocado una parte de Layla que ella prefería mantener oculta.

—Por favor... —volvió a insistir.

—Dios, cállate, me das dolor de cabeza. Cierra la boca antes de que te la cosa, para no escuchar más tus estupideces. Tu voz me pone enfermo y además las esclavas no hablan, solo obedecen, ¿verdad?

Damien al ver la expresión de pena de Layla, insistió.

—¿Ahora te avergüenzas de tu pasado de sirvienta? —se rio. —No me hagas reír...

—Estás loco... —intervino Jackie.

—¿Loco? ¿Tu amiga no te ha contado su pasado? —miró a Layla y chasqueó la lengua. —Muy mal, ¿deberíamos contarle la clase de basura humana que eres, Layla Alauy?

—Para... ¡para! —Layla estaba comenzando a ser presa de la histeria y cada vez levantaba más la voz.

—No, ahora vas a aprender por las malas. —miró a Jackie. —Aquí donde la ves tu amiga no era más que la sirvienta de uno de esos jeques ricachones de los países árabes. Sir-vien-ta. Criada. Chacha. —marcó cada sílaba. —No vales más de lo que quieran de ti, y siempre va a ser así. —y soltó una carcajada.

Layla ahora lloraba con la vista en el suelo mientras Jackie la miraba ojiplática. Presa de un odio que no había sentido nunca al ver a su amiga así de ninguneada, se levantó con los dientes apretados y tirando de Layla para ponerla también en pie, le propinó un fuerte golpe a Damien en la mandíbula con la cadena que las unía a las dos.

—¡Desgraciado! —le golpeó otra vez. —¡Muérete! ¡No te mereces ni el aire que respiras! —intentó lanzarse hacia él, pero Layla la detuvo.

Damien no reaccionó al ataque de Jackie y cerró los ojos mientras esta lo golpeaba. En el fondo...muy en el fondo, estaba cansado de luchar con todo, y esperaba que los golpes de aquella pequeña francesa rebelde lo mandaran a mejor vida. También sabía que eso no pasaría nunca y la certeza de eso lo

devolvió a la realidad de un puñetazo y lo hizo consciente de que sangraba por la ceja y por la nariz. Damien sorbió por la nariz y miró a Jackie con una sonrisa.

—No peleas mal.

Jackie volvió a embestir y esta vez le propinó una patada en las costillas.

—¡Basura! ¡No te acerques más a ella o te juro que te mato con mis propias manos! —gritó Jackie furiosa.

Damien se volvió a Layla y aplaudió.

—Muy bien esclava. Has conseguido engatusar a alguien para que vea más allá de tu sucio currículum. Dime ¿cómo lo has hecho?

Layla mantuvo la mirada seria y lo miró mientras se levantaba.

—Déjalo ya. —se acercó. —Déjalo, ya me han hecho suficientemente daño en el pasado como para que ahora te funcione a ti con un par de comentarios maliciosos. —intentó tocarlo, pero Damien se alejó un paso y cerró los ojos con gesto de dolor. —Sé que no eres así, ¿por qué haces esto?

—Aléjate. —sacó un machete de su cinturón.

—¿Por qué?

Porque como te sigas acercando, vas a conseguir que empiece a creer que no soy tan malo, pensó. Una corriente eléctrica recorrió el cuerpo de Damien en cuestión de un par de segundos y lo dejó paralizado. Layla se asustó y dio un paso adelante para intentar alcanzarlo pero una corriente de aire brutal se coló por la puerta por la que él había aparecido antes y un par de ramas de espino agarraron a Damien con fuerza por los pies y tiraron de él hacia dentro.

—¡No! —gritó Layla.

—¡Layla, no! —gritó Jackie a su vez.

Pero Layla no escuchó. Mientras observaba cómo aquellas ramas que parecían tener vida propia se llevaban a Damien en contra de su voluntad, sus pies comenzaron a moverse solos hacia el lugar por donde había desaparecido Damien. Sus propios gritos tapaban a los de Jackie y nadie iba a detenerla. Estaba harta de obedecer órdenes.

—¡Layla! —gritaba Jackie mientras corría tras ella para detenerla.

—¡Damien! ¡Damien, aguanta!

Layla cruzó el umbral de la puerta y se encontró con la figura inerte de Damien colgada sobre un montón de ramas de espino. Estas le apretaban el cuerpo sin tregua y sus labios empezaban a verse morados por el poco flujo de

sangre en aquella zona de su cuerpo. Estaba asfixiándose y ella no podía hacer nada para evitarlo. Sin pensarlo siquiera corrió hacia las ramas de espino que aprisionaban a Damien y se arañó completamente las manos intentando liberarlo. Fue entonces, cuando una de esas ramas le propinó un fuerte golpe en la cabeza que la dejó completamente inconsciente y mientras Damien la observaba, vio apagarse la luz de sus ojos poco a poco. Un grito gutural escapó sin querer de la garganta de él y un chasquido rompió en el aire, llenándolo todo de luz. Los gritos de todos ellos se mezclaron en el aire junto con el viento y el ruido ensordecedor que llenaba la estancia y un “NO” dicho de la manera más desgarradora que Jackie había oído nunca, fue lo último que ella oyó antes de que todo se volviera negro.

Capítulo 15: Layla.

Layla se sentía flotar. Por primera vez desde que había entrado a L'Enfer se sentía libre como un pájaro y la sensación la hizo sonreír. Cerrando los ojos y respirando profundo abrió los brazos y se dejó inundar por aquella inusual sensación de libertad. También estaba un poco mareada pero no le preocupaba en absoluto. De repente, un dolor de cabeza hizo presencia en su tranquilidad e imágenes de los momentos previos a su inconsciencia pasaron en tromba por delante de sus ojos. Damien, Damien poseído, Jackie intentando mediar por ella, ella intentando salvarlo, la cosa yéndose totalmente de control y luego nada. ¿Dónde estaba? No recordaba haber salido de L'Enfer pero tampoco recordaba nada más que le sirviera de guía para saber dónde estaba. De repente abrió los ojos de par en par. ¿Estaba muerta? ¿Era eso? ¿Por eso aquella tranquilidad? Oh, Dios mío...Una sensación de vacío se extendió ahora por su pecho y el escenario claro y luminoso en el que se encontraba como flotando pasó a convertirse en recuerdos de su pasado, en sus orígenes. Miró a su alrededor y se vio rodeada de gente, pero nadie parecía verla. Se encontraba en la que había sido su casa antes de que aquello pasara, pero estaba totalmente destrozada y casi en ruinas. ¿Qué había pasado? Sin tiempo para pensar en lo siguiente que iba a hacer, empezó a ver su vida pasar por delante de sus ojos.

Layla era una joven catari^[5] de catorce años cuando la vida le dio el revés más duro que se le puede dar a un adolescente. A aquella temprana edad había perdido a la única persona que compartía sangre con ella, su padre. Su padre era albañil y tras un accidente laboral, por una cuerda mal atada, cayó al vacío desde una altura de siete metros y murió en el acto. En aquel entonces Layla no sabía qué hacer, ni a donde ir. No tenía familia, ni aspiraciones y no sabía por dónde empezar. Tras escapar del estado para no verse en una casa de acogida a suerte de cualquier cosa que pudiera pasarle, decidió ponerse a trabajar. Con catorce años no estaba preparada ni educativa ni físicamente para nada que no fuera fregar platos, y a eso se dedicó. De ahí pasó a fregar escaleras y

finalmente con lo que iba ganando, pudo matricularse en un curso de cocina en el que tendría la posibilidad de hacer prácticas en un restaurante en el que, si lo hacía bien, podría quedarse luego. Parecía que la suerte le sonreía y que todo parecía ir sobre ruedas cuando su vida se torció. No estaba destinada a que las cosas le salieran bien y lo supo cuando, tras un problema con el cocinero jefe y sin poder demostrar su versión y su inocencia, terminó en la calle otra vez, sin menos que antes y con menos esperanzas aún. Fue entonces cuando ese gran agujero negro en su pecho se abrió y dio paso a una depresión que llevó arrastrando desde los dieciséis hasta los veinte años, cuando sus sentimientos negativos estaban a un nivel tan alto, que se convirtió en un imán para L'Enfer, que se nutría de los sentimientos negativos de las personas con tendencia a la autodestrucción. Cuando se disponía a acabar con su vida saltando desde uno de los puentes más altos, llorando por todas y cada una de las veces que la vida le había dado un revés, se vio trasladada a un sitio mugriento, oscuro y mohoso, y se encontró con Damien. Lo que vino después fue mucho peor y la cosa no mejoró con el tiempo. Había salido de la ruina para entrar en el infierno ¿alguna vez la vida dejaría que fuera feliz? Antes tenía pocas esperanzas, y desde que entró en L'Enfer se volvieron completamente nulas. Pero, por cosas del destino, o ya no sabía si pensar que era por un ansia irracional de sentirse aceptada por la gente, intentó ver el lado bueno de Damien, y cuando se enteró de su secreto sus esfuerzos se incrementaron. Igualmente no había servido de nada, y estaba muerta.

—No, no lo estás. —dijo una voz masculina con un leve eco.

Layla volvió la cabeza y no vio a nadie. Seguía estando sola.

—¿Quién es? —dijo en voz alta.

—Eso no importa. —respondió la voz.

—Claro que importa. ¿Dónde estoy? —titubeó al principio, pero decidió que ya era hora de dejarse de medias tintas y hablar claro. —Exijo una respuesta y la quiero ahora.

La voz soltó una carcajada y una silueta alta y delgada apareció delante de ella, no físicamente, sino más bien como algo etéreo. Cuando pudo enfocar la vista y notó que le era familiar agudizó más la vista. Conocía a aquel hombre y no sabía de qué. Mirando más fijamente y después de que se hiciera un poco más clara la presencia, pudo identificar a la persona que le había hablado. Sus labios formaron una O enorme y se llevó la mano a la boca.

—Usted...usted.

—Veo que me reconoces, querida. —el hombre sonrió.

—Usted es el abuelo de Jackie.

—Exacto, y cambia esa cara, todavía no ha llegado el momento de que mueras, señorita Alauy.

Alexandre parpadeó y bostezó, acto seguido movió la mano para buscar a Jeannine y en cuanto notó su presencia a su lado y la mano de ella cerrándose en torno a la suya, se relajó. Había adquirido aquella costumbre desde que se casó con ella y no había un día en el que no se levantara y lo hiciera. Al momento se acordó de Layla y se quedó bastante tranquilo al notar por sus sentidos que ella estaba bien. Convaleciente pero bien al fin y al cabo. La cosa se le estaba yendo de las manos y por mucho que hubiera visto tenía que salir con un plan cuanto antes o todo iba a irse por el camino equivocado, y eso no podía pasar. Frunció el ceño pensando en cuál sería su siguiente movimiento y se quedó un rato ensimismado...hasta que Jeannine lo sacó de sus pensamientos.

—¿Estás bien, Alex? —parecía preocupada.

Él sonrió y le apretó la mano para calmarla.

—Estoy bien, cariño, no te preocupes.

—¿Seguro?

Alexandre volvió a sonreír.

—Segurísimo, confía en mí.

Jeaninne suspiró, sonrió y se marchó a hablar con la persona que los estaba ayudando a moverse por L'Enfer en busca de Jackie y Layla. Segundos después de haberse ido, la silueta de Eric apareció a su espalda y no parecía contento.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó serio.

—No sé de qué hablas.

—Oh, claro que sí, le acabas de mentir a tu mujer en la cara.

Alexandre se volteó para mirarlo y enarcó una ceja.

—¿Disculpa?

Eric respiró hondo y se armó de valor para terminar lo que había empezado.

—Verás, llevo días observándote y he llegado a la conclusión de que ocultas algo. Sabes algo, yo diría que más bien muchas cosas, aunque parece que no vas a decir nada, pero a mí no me engañas.

Alexandre se mantuvo estoico y se cruzó de brazos.

—No sé de qué me hablas.

—Alex...

—He dicho que no sé de qué me hablas. —su tono se volvió serio. —Y si digo que no lo sé, es que tú tampoco, ¿entendido?

—Pero...

—Eric, en serio, no es nada. Es cosa tuya, es normal, te ha inundado la paranoia desde que hemos entrado, lo comprendo.

—¿Qué? ¡Eso no es así!

Pero Alex lo ignoró y antes de darle posibilidad de responder se dirigió a donde estaba Jeannine. Con los dedos se apretó el puente de la nariz para eliminar el dolor de cabeza que amenazaba con darle lata hoy también y se concentró en elaborar un plan para que todo esto terminara de una vez. Eric ya había notado algo, y no podía arriesgarse a que alguien más empezara a sospechar que él no era realmente lo que aparentaba. Tenía que hacer algo y rápido.

Capítulo 16: El oráculo de L'Enfer.

Alexandre volvía a estar dormido, y volvía a ver el futuro. En él podía ver una lucha encarnizada entre varias personas entre las que se encontraban ellos y cómo aquello no iba a acabar bien. No le gustaba tener que meter a su familia en eso pero era lo que tenía que suceder. Odiaba ese don y a la vez le daba gracias por poder saber cómo iba a acabar todo. También agradecía la certeza de que nada le ocurriría a sus dos chicas, Jackie y Jeannine. Tenía que encontrar una manera de llevar el plan y el camino que estaban recorriendo por la senda correcta para llegar hasta Jackie y Layla, y por consiguiente a Damien, pero no sabía cómo hacerlo sin levantar sospechas ni sin decir a voz en grito que el chico que los estaba guiando era un idiota que no tenía dos dedos de frente. En principio había visto de lejos las ansias de liderazgo de aquel chiquillo, pero estaba comenzando a impacientarse de andar dando vueltas en círculos sin que el muchacho admitiera que estaban perdidos. No podía decir nada y se estaba haciendo daño de morderse la lengua.

—Me cago en... —dijo en voz baja.

—¿Qué? —le preguntó Jeannine.

—Nada.

El chico miraba una hoja de papel amarillento pintada y luego a los dos pasillos por donde podían tirar en una de las catacumbas de L'Enfer. Estaba más perdido que el barco del arroz y no quería admitirlo porque su ego era más grande que su cabeza. Alexandre estaba empezando a enfadarse y mucho.

—*Derecha*. —le dijo al chico mentalmente.

El muchacho miró a la nada extrañado y sacudió la cabeza y acto seguido fue a tomar el camino de la izquierda.

—*De-re-cha*. —repitió.

El chico recapacitó y tiró por la derecha y Alexandre con el ceño fruncido lo siguió con el resto de componentes del grupo. Suspiró y conectó otra vez con el chico.

—*Los aposentos de Damien están al final del tercer pasillo a la*

izquierda, pero buscamos su despacho. Así que: derecha, derecha, izquierda, derecha, de frente quinientos metros y luego derecha al fondo. —dijo mentalmente.

—¿Pero qué...? —dijo el muchacho para sí.

—*¡Tú hazlo!* —le reprendió.

El chico no entendía nada, y tampoco entendía ese imperioso deseo por obedecer a la voz que le hablaba en su cabeza, pero lo hizo. Continuó el camino indicado y llegó hasta una de las entradas que daba a las dependencias del amo de L'Enfer y el pánico lo inundó.

—No puedo. —dijo con la cara blanca como el papel.

—¿Qué? —Eric levantó la voz una octava.

—No puedo, ahí dentro está el demonio, y no quiero que mi vida acabe aquí.

Eric se adelantó con intención de hacer algo y Alexandre lo detuvo poniéndole la mano en el pecho.

—Quieto. —dijo con voz pausada.

—Pero...

—He dicho que quieto, puedo verte las intenciones en la cara y eso no nos traería más que problemas. —y lo miró.

—¿Cómo sabes...?

—No preguntes.

Eric se calló al punto, Alexandre se adelantó un poco más y tras llevarse al muchacho a un lado, mantuvo una larga conversación con él. Eric observó y el chico pasó de estar nervioso, a estar asustado, y finalmente calmado. No sabía qué le estaba diciendo Alex, pero estaba resultando y el chico parecía más dispuesto que antes a echarles una mano. Frunció el ceño, se frotó la barbilla, y volvió a observar al dúo, esta vez concentrándose más en Alexandre. Era un hombre alto, fuerte y con el pelo negro, su mandíbula cuadrada le daba un aspecto caballeresco y la mirada intensa de sus ojos azules lo hacía parecer una persona fría. Una vez tratabas con él era bastante cercano, pero de primeras, imponía bastante. Se parecía mucho a Jackie en la forma de ser, pero no dejaba de ser un hombre y de hacer notar la autoridad que tenía. Tampoco le extrañaba mucho pues los años y la época de la que él venía también habían hecho mella en el hombre que era ahora. En cierto modo lo envidiaba, y deseaba ser cómo él.

Después de un rato de observarlo se dio cuenta de que Alex hacía un gesto

extraño con la mano y de vez en cuando se quedaba mirando a la nada, como buscando algo. Luego de ver que este gesto se repetía varias veces, observó que mientras pensaba que nadie lo miraba, observaba la nuca de su guía fijamente y sus ojos parecían hablarle, pero sin decir palabra alguna. Aquello era muy extraño y no podía quitarse de encima la sensación de que ocultaba algo. Cada vez que Alex se acercaba a él por la espalda podía notar el vello de su nuca erizarse podía sentir sin siquiera intentarlo, la fuerza y el poder que manaba de aquella persona. No sabía por qué pero lo sentía. Tampoco sabía lo que ocultaba y eso lo estaba volviendo loco. Una de las veces que lo miraba fijamente, Alexandre se volvió y cuando lo pilló inspeccionándolo, arqueó una ceja.

—¿Qué? —dijo Eric a la defensiva.

Alexandre se rio.

—¿Qué de qué? —respondió.

—Que por qué me miras tanto y por qué te ríes, ¿dónde está el chiste?

—Ah, no sé, dímelo tú. —dijo Alex acercándose.

—Nada.

—¿Estabas acaso mirándome el trasero? —dijo pinchándolo.

—¿Qué? ¡Oh dios no! —ahora Eric estaba medio avergonzado.

—Madre mía, ¡estabas mirándome el trasero! Y yo pensando que eras el novio de Jackie...

—¿Qué no te estaba mirando el culo, leches! Y no me van los tíos ¿vale? Me gusta mucho más tu nieta.

Alex se puso serio al punto.

—Que no se te olvide que sigue siendo mi nieta. —dijo con voz siniestra.

—Eh... ¿perdón?

Comenzó a reírse a carcajadas.

—Dios mío, la cara que has puesto cuando me he adoptado el papel de padre protector no se paga con dinero. —y siguió riéndose.

Eric, al verse acorralado refunfuñó y se alejó a la esquina más lejana del lugar donde estaban mientras le hacía una peineta a Alexandre Dubois. El viejo se estaba cachondeando de él como le daba la gana y eso lo ponía de muy malas pulgas. Alexandre, por otro lado, respiró aliviado cuando logró desviar la atención de Eric hacia otro asunto que no fuera él mismo, porque, si no hacía las cosas bien, acabaría descubriéndolo y tendría que dar muchas explicaciones que, ni le apetecía dar, ni entendería una vez dadas. Sonrió

mientras lo vio alejarse y se secó una lágrima que se le había escapado durante el ataque de risa...en el fondo el chico le caía bastante bien y le recordaba a sí mismo a una edad más joven. Tenía un buen futuro por delante, y no iba a dejar que nadie se lo arrebatara.

De repente, una punzada taladró la sien de Alexandre y se llevó la mano a la cabeza. Otra vez esas jaquecas infernales le auguraban que algo malo estaba a punto de pasar, y no le gustaba nada, porque sabía exactamente lo que era. Sabía todo lo que había pasado, lo que estaba pasando y lo que pasaría porque él era nada más y nada menos que el elegido por L'Enfer para hacer las funciones de oráculo. Siendo el segundo viajante de la cámara, que no residente, al igual que Damien, Alex estaba conectado no solo físicamente, sino emocionalmente con L'Enfer, y tenía un poder inconfesable del que nadie debería saber jamás, por el bien de todos. Él era el pasado, presente y futuro de todas aquellas personas, y de la manera en la que él condujera el plan dependía que esto acabara bien, o acabara como el rosario de la aurora, por eso había que darse prisa y mucha. Una mano pequeña en su hombro lo sacó de sus pensamientos y se volvió sonriendo cuando vio a su mujer.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

—Claro que sí. —respondió sonriendo.

—Alex...

—¿Mmmm?

—No me mientas...

—No te estoy mintiendo, Jeannie.

—Alex...

—¿Confías en mí? —le preguntó de sopetón.

Ella sin dudarlo un instante respondió a su pregunta.

—Con mi vida si hace falta.

—Entonces, confía en mí, todo está bien.

Aunque Alex pensaba que estaba protegiendo a su mujer, y que ella desconocía completamente que algo pasaba con él, no era así en absoluto. Jeannine Dubois había heredado la curiosidad innata de su madre y la intuición con la que contaba era algo extraordinario. Sabía que su marido estaba ocultando algo, algo importante y paranormal, pero también sabía que si Alex no le había dicho nada, alguna razón de peso tenía que haber. Era bastante paciente y Alex tenía suerte.

—Sabes que nunca hago preguntas de este tipo, y solo me limito a

observar y a seguirte porque confío en tu criterio, pero también sabes que no soy tonta y que por mucho que trates de ocultármelo, lo sé, ¿verdad?

Alexandre sonrió y le apretó la mano.

—Lo sé perfectamente.

—Entonces dime, ¿es malo lo que está por venir?

Alex se quedó pensando durante un momento y suspiró antes de responder.

—Sí, es malo. —dijo serio.

—¿Va a haber más muertes?

—Jeannie...

—Respóndeme Alexandre Dubois

Alex volvió a suspirar y tras apartar la mirada de su mujer y dirigirla un momento a Eric, la volvió a mirar y, con toda la honestidad que fue capaz de utilizar, respondió:

—Sí, va a haber más muertes.

Capítulo 17: A un paso.

Alexandre estaba dormido, y lo supo en el momento en el que se encontró sin explicación alguna entre una niebla espesa y cegadora. ¿Dónde estaba? Con el tiempo había aprendido que todos y cada uno de sus sueños tenían una razón de ser y siempre intentaba averiguarla al instante, pero en ese caso estaba perdido. Movi6 los pies con un esfuerzo mucho más grande al habitual y notó que le pesaba todo el cuerpo. Estaba cansado, bostezaba y le dolía todo el cuerpo. Pero lo que más le llamó la atención fue que, de entre todas las partes de su cuerpo, la que más le dolía era el cuello. Se tocó ligeramente la zona dolorida y no había nada. Frunció el ceño extrañado y siguió caminando entre la niebla, con los brazos estirados para evitar chocarse con nada...o nadie. De repente, un grito desgarrador interrumpió su caminata e intentó correr, pero sus extremidades no colaboraban. Le heló la sangre la sensación interior de que aquel grito era de Jeannine, y comenzó a ponerse nervioso.

—¡Jeannine! —gritó tan alto como pudo. —¡Jeannine!

Nadie respondió. Otro grito, aún más fuerte, y luego un llanto. Estaba teniendo una pesadilla...la misma pesadilla recurrente en la que su mujer moría y él no podía hacer nada para ayudarla. Opacando los gritos y el llanto que previamente había escuchado, se oyó una risa. Estaba empezando a impacientarse por el hecho de no saber qué pasaba, y eso no le gustaba nada. Él era el oráculo de L'Enfer, el principio y el fin de todo, sabía todo lo que estaba por venir y lo que no, cómo ocurriría y cuando, sabía el destino de todas las personas de las que estaba a cargo, y sin embargo, aquí era como si estuviera frente a un folio en blanco. Intentó concentrarse para saber qué estaba ocurriendo y no pudo hacer nada con sus sentidos, lo cual lo empeoró todo.

Entonces, la niebla comenzó a disiparse entre una suave brisa salida de la nada, y la imagen que vio lo hizo palidecer. Frente a él, que se encontraba tras un cristal, estaba Jeannine, Jackie, Eric y Layla. Damien estaba frente a ellos, dándole la espalda, pero tenía una catana ensangrentada. Las chicas lloraban y

Eric gritaba de dolor, todo estaba teñido de rojo y parecían al borde de la muerte. El pulso comenzó a acelerársele e intentó aporrear el cristal con el fin de romperlo. Sus cuerdas vocales le dolieron de gritar pero nadie lo escuchaba. Damien se dio la vuelta y le dio una imagen grotesca. Las cuencas de sus ojos estaban vacías y negras, de su boca colgaba un hilillo de sangre asqueroso y sonreía con desprecio hacia Alexandre. Él seguía gritando y aporreando el cristal cuando Damien comenzó a acercarse lentamente. Cuando estuvo frente a él, se puso serio, bajó la voz y le susurró un simple:

—Date prisa.

De repente, el cristal estalló en mil pedazos y con él, todas las personas que estaban al otro lado, incluido Damien. Alexandre empezó a boquear buscando un poco de aire fresco entre tanta destrucción y lo siguiente que supo fue que estaba intentando respirar, sentado en un suelo mugriento y desorientado. La imagen de Jeannine lo ayudó a concentrarse y pudo ordenar sus pensamientos.

—Alex, Alex... —ella le tocaba por todos lados, como intentando traerlo de vuelta. —Alex, ¿me oyes?

Debía tener los ojos perdidos por la manera en la que Jeannine insistía en llamarlo.

—S...sí.

—Aquí, mírame. —chasqueó los dedos. —Despierta.

Alex la miró fijamente y pudo volver finalmente en sí. Le dolía la cabeza, tenía una presión horrible en el pecho y estaba comenzando a impacientarse. Sabía que contaban con un tiempo limitado y que si no hacía nada a tiempo, los resultados podían ser catastróficos.

—¿Qué pasa, estás bien? —preguntó Jeannine de nuevo preocupada.

—Yo... —titubeó. —Sí.

—¿Qué es? —insistió.

Alex tanteó sus palabras antes de hablar y decidió no mentirle a su mujer.

—Estamos quedándonos sin tiempo, Jeannie, tenemos que hacer algo y deprisa, o va a morir más gente de la que realmente debería.

La cara de su mujer palideció.

—Dios mío, Alex, ¿qué va a pasar?

Él se mordió el labio.

—No puedo contarte nada, porque querrías interferir en cambiar el futuro, y te afectaría a ti, y por nada del mundo dejaría que te pasara nada.

—Pero... —quiso replicar ella.

—¿Confías en mí?

—Otra vez no, Alex...

—¿Confías en mí, sí o no? —insistió.

Jeannine suspiró antes de responder.

—Sí, con mi vida, ya lo sabes.

—Entonces, hazme caso y confía en mí. Todo va a salir bien a pesar de lo que pueda pasar en el proceso, ¿vale? Tranquila.

Mientras Jeannine seguía quejándose, Alexandre comenzó a analizar el sueño que había tenido hacía unos minutos y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Aquel era, sin lugar a dudas, uno de los posibles finales que podía tener L'Enfer y todos sus habitantes si él, Alexandre Dubois, no hacía lo que estuviera en su mano para cambiarlo. Se veía capaz de hacer que todo estuviera en su lugar, lo que le preocupaba era jugar con el tiempo en contra.

A Damien le dolía la cabeza, y eso nunca era buena señal. Llevaba años lidiando con las ramas de espino que lo custodiaban día y noche, y estaba acostumbrado, pero aquella extraña sensación de incertidumbre era otra cosa. Era como si algo grande estuviera por llegar y ni siquiera él tuviera control sobre ello, y eso lo estaba poniendo nervioso. Siendo el centro neurálgico de L'Enfer, sabía quién estaba allí y en qué zona, y podía ir siguiéndolos gracias a su súper desarrollado sentido de la percepción, sin embargo, su poder estaba empezando a menguar. Se avecinaban cambios y aquello no le gustaba en absoluto.

Caminando como un león enjaulado por su despacho, se colocó una mano en el pecho cuando otro dolor lacerante le golpeó. Cada vez le dejaban más sin aliento, y en secreto temía que cualquier día lo dejara completamente sin respiración. Mientras se masajeaba la zona afectada, notó otro latigazo y sintió algo romperse dentro de él. De nuevo esa falta de aire, de nuevo ese agobio, de nuevo esa incertidumbre. Se apoyó en la puerta respirando dificultosamente y de pura frustración acabó golpeando el marco de la puerta, cosa que alertó a sus dos prisioneras.

—¿Damien? —dijo la voz de Layla desde fuera.

Escuchó el sonido de cadenas delatando sus movimientos y comenzó a ponerse nervioso. Odiaba a Layla, y la odiaba mucho más cuando estaba cerca. Su confianza ciega en él y sus ganas de ayudarlo lo ponían enfermo y le repateaba que no le tuviera miedo. Era como si ante ella solo fuera...un

hombre. Un hombre normal y corriente, un hombre que merece ser salvado, un hombre que merece una oportunidad, un hombre que merece la pena. Otro dolor asaltó su pecho y lo postró de rodillas, haciéndole gritar. De nuevo un chasquido y sonido de cadenas.

—¡Damien! —Layla pateó la puerta y la abrió, y él no pudo evitarlo.

Cuando Layla lo vio allí, arrodillado, con aquella expresión de dolor en el rostro y tan vulnerable, quiso acercarse de inmediato. Olvidándose por completo de que estaba encadenada a la pared, corrió en su dirección y antes de poder llegar hacia él las cadenas la frenaron y la hicieron caer de rodillas con un gesto de dolor. Algo en la expresión de Damien cambió y pareció olvidarse de su dolor para concentrarse en aplacar el de ella.

—¿Estás bien? —se levantó de inmediato y se acercó a ella, pero paró antes de alcanzarla.

—Yo... —ella lo miraba confundida.

—No te muevas. —le dijo con la voz más fría que consiguió.

—Lo siento.

Sin mirarla, tiró de las cadenas que la ataban sin ningún cuidado y la arrastró hasta donde había estado antes. La empujó contra el ladrillo mohoso de aquel sitio y la agarró por el cuello para mirarla a los ojos, haciendo caso omiso al hecho de que no estaba apretando tanto como debería.

—La próxima vez que digas una sola palabra, te corto la lengua. Por tu bien te vas a mantener callada. —volvió a empujarla y se dio la vuelta para volver a su despacho.

Cuando se volvió, escuchó el quejido de ella y algo dentro de él se encogió, como si le doliera. De repente, sus ojos se encontraron con los de Jacqueline, también encadenada del mismo modo que Layla, pero frente a ella. Lo miraba con los ojos abiertos, pero con una mirada perspicaz en ellos. Dios, si odiaba a Layla, a ella la odiaba aún más. Esa estúpida francesa engreída iba a ser la primera en morir.

—¿Qué? —dijo escupiendo las palabras.

—No me lo puedo creer. —Jacquie se cruzó de brazos y sonrió, no temiéndole en absoluto.

—¿Qué hayas sido tan estúpida de dejarte atrapar una segunda vez? Ni tú ni nadie, *ma petite*.

—Dios mío... —ahora se tapaba la boca para sofocar una risa.

—¿Estás burlándote de mí? Vas a pagar por...

Ella lo interrumpió de golpe.

—Te importa. No me lo puedo creer, a pesar de todo lo que le haces te controlas porque te importa. Te importa Layla y no quieres admitirlo.

No pudo seguir hablando porque Damien la golpeó con fuerza contra la pared y la hizo perder a la vez la respiración y la consciencia, y lo último que cruzó su mente antes de caer en la negrura del desmayo, fue lo culpable que se sentía por haber metido a Eric en un follón así.

Algo no iba bien, y Eric no sabía por qué le daba esa sensación. Un momento estaba tranquilo y al siguiente notó un dolor leve en el pecho, y lo primero que pensó fue en Jackie. No sabía explicar cómo ni por qué, pero sabía que algo malo le ocurría, y le mataba no poder hacer nada para ayudarla. Con los nervios a flor de piel comenzó a jugar con una de sus dagas y se encontró pensando cuál sería el lugar dónde más le dolería a Damien cuando se la clavara. Quería infligirle el mayor dolor posible y no le importaba si moría en el intento...cualquiera de los dos. Sentía placer al pensar en el dolor que podía causarle a los demás, y eso le hizo fruncir el ceño. Él no era así, ¿por qué pensaba eso?

—Porque este sitio se te mete bajo la piel, se apodera de ti y te va matando poco a poco.

Eric se volvió y vio que Alex le hablaba desde el otro lado del lugar donde se habían parado a descansar.

—¿Qué?

—Eres un alma inocente en cierto modo. Es tu primera vez aquí, eres la presa perfecta para un sitio cuya maquinaria principal es la emoción negativa de todo aquel que se encuentre dentro, y ahora mismo estás lleno de rencor, rabia e ira.

—¿Y? —sonó más borde de lo que pretendía y se arrepintió de inmediato.

—No te disculpes, es el espíritu de la saltadora, apoderándose de ti. Vive de emociones negativas, y tú ahora estás lleno de ellas. Pero no olvides nunca por qué estamos aquí, no olvides quién eres ni quién realmente eras antes de entrar. Eres mucho más inteligente de lo que pareces, Eric, vas a conseguirlo.

Se quedaron mirándose a los ojos por un largo rato hasta que Alexandre desvió la mirada sonriendo. Aquel hombre era extraño, muy extraño. Sabía que ocultaba algo pero también sabía que no iba a descubrir nada preguntándole. Se levantó sacudiéndose los pantalones y se guardó la daga en una de sus botas antes de reemprender el camino hasta donde Damien tenía a

Jackie y Layla, y no fue hasta unas horas después cuando Eric se dio cuenta de que nunca le había expresado a Alex sus pensamientos en voz alta, y sin embargo, él le había respondido.

Capítulo 18: El ojo del huracán.

Habían pasado solo un par de días, aunque para ellos parecían más, cuando ocurrió la primera muerte. El grupo que marchaba a los aposentos de Damien estaba formado por Alexandre, Jeannine, Eric, un nuevo guía prisionero de L'Enfer después de que el primero decidiera huir y tres prisioneros más que estaban sedientos de venganza. Mientras caminaban por los oscuros pasillos del lugar, se oyó un fuerte chasquido y de la nada apareció una flecha disparada de la pared que acabó incrustándose en el pecho de uno de los caminantes. El chico boqueó, balbuceó y abrió los ojos de par en par, luchando por respirar, pero finalmente pereció a causa de la gravedad de su herida. Los demás, al darse cuenta del ataque, se pusieron en posición de defensa. Alexandre desenvainó una de sus pistolas y protegió a Jeannine con su cuerpo, quien a su vez desenvainó un pequeño cuchillo de su manga y cubrió el flanco trasero. Eric, por otra parte, desenvainó una flecha y apuntó al lugar de donde pensaba que había venido la flecha, y un segundo después, el cuerpo de uno de los lacayos de L'Enfer cayó sin vida ante ellos. Los gritos comenzaron a escucharse en aquel espacio y estalló el caos. Del techo se comenzaron a descolgar varios soldados deformes al servicio de Damien armados hasta los dientes. Uno de ellos pegó un grito de guerra y embistió contra la persona más cercana, que era uno de los chicos que iba con los demás. El soldado tomó de rehén al joven, que forcejeó por escapar en vano, y con una serie de movimientos casi expertos, le infligió una herida mortal de la que no pudo escapar. Jeannine se tapó la boca ahogando un grito horrorizado y agarró con fuerza la mano de Alexandre.

—Tranquila, por favor...no te asustes. —le dijo él sin mirarla mientras mantenía a raya a otro de los soldados deformes.

—El chico, el chico... —decía ella sollozando.

—¡Agáchate! —grito Alexandre mientras giraba la cintura para herir en el costado a uno de los deformes que se aproximaba hacia Jeannine y así aprovechar su debilidad y menguar sus filas de combatientes.

Jeannine lloraba con los ojos abiertos de par en par y los demás luchaban por su vida. Eric sacó un cuchillo de su bota y apuñaló a uno de los soldados por la espalda mientras disparaba otra de sus flechas en el brazo del siguiente. Poco a poco los soldados deformes iban cayendo e iban quedando menos. Después de lo que pareció una eternidad un golpe en la nuca dejó sin aire a Eric e hizo que su carcaj y su cuchillo cayeran lejos de él, estaba desarmado, ahora solo tenía sus puños desnudos. Le sangraba el labio y tenía un pequeño corte en la mejilla, pero no iba a rendirse. Por un lado oyó que Alexandre le gritaba que parara, pero tenía que sobrevivir, tenía que sobrevivir para salvar a Jackie.

—¡Eric! ¡Para! —dijo Alexandre ahora más cerca.

Pero Eric solo tenía ojos para el último de los soldados deformes en pie, el más grande de todos. Medía casi dos metros, tenía el pelo largo, mugriento y enredado, los brazos llenos de costras y una sonrisa sádica pintada en la cara. Tenía los ojos rojos y le caía la baba por un lado de la boca. Olía a podrido y tenía voz de ultratumba.

—¿Crees que tienes alguna posibilidad contra mí, mequetrefe? —dijo el gigante en un susurro que le puso a Eric la piel de gallina. —Oh, que pena, pero si el nene no va armado...

—No me hace falta para acabar contigo. —dijo Eric enmascarando una mueca de dolor y escupió a un lado. —Lo que no esperaba es que todos fuerais tan cobardes.

—¿Perdona? —el gigante parecía sorprendido.

—Cobarde. Deja las armas, tú y yo cuerpo a cuerpo, si te atreves.

El gigante soltó una carcajada y, tras estirar el brazo a un lado, soltó el cuchillo que agarraba y levantó una ceja en señal de desafío. Alexandre se acercaba lentamente por uno de los flancos de Eric, y el grito de este le detuvo.

—¡Quieto! —gritó Eric. —¡Ni te acerques!

El gigante seguía riéndose de Eric y eso lo enfurecía.

—Pienso matar a este imbécil con mis propias manos.

—Eric no seas... —dijo Alex, pero se vio interrumpido.

—¡Silencio! Esto es algo personal. —se volvió hacia Alex con los dientes apretados, le advirtió con la mirada que se detuviera y volvió a encarar a su enemigo.

—Cuando quieras, chiquitín. —dijo el gigante, y eso terminó de colmar la

paciencia de Eric.

Eric embistió contra el gigante casi sin pensárselo, preso de una furia que nunca antes había sentido. Agarró a su contrincante por la pechera y le propinó un puñetazo en la barbilla que hizo que le dolieran los nudillos. El soldado lo cogió entonces con una facilidad pasmosa por la camisa y lo estampó contra la pared más cercana. Mientras Eric intentaba recuperar el aire en los pulmones, el gigante se acercó con paso decidido y le pisó el pecho.

—¿Y ya está? —se carcajeó el gigante. —Ha sido más fácil de lo que pensaba.

Eric luchaba por respirar e intentaba librarse del pisotón del gigante con uñas y dientes, pero era en vano. Estaba asfixiándose y estaba notando que el aire de sus pulmones menguaba cada vez más rápido. Su vida pasó rápidamente por delante de sus ojos y antes de que el último suspiro escapara de sus labios, vio la imagen de Jacqueline pasar por delante de sus ojos. Un último recuerdo feliz antes de que lo peor llegara.

De repente, y salida de la nada, una daga pasó cortando afiladamente el aire y se incrustó de lleno en el cuello del gigante. Este trató de sacarla y cuando lo hizo, la sangre comenzó a manar a borbotones de la herida. El soldado cayó ante Eric tocándose la herida y luchando por vivir, pero antes de que pudiera pasar nada más, Alexandre puso la rodilla en el pecho del gigante, remató la herida que terminaría por acabar con la vida del enemigo.

Jeannine estaba nerviosa, veía como la vida de Eric se apagaba y no podía hacer nada. Cuando Alexandre se acercó al oponente y lo terminó de rematar, corrió hacia donde estaba Eric y se arrodilló a su lado, gritando su nombre.

—¡Eric! ¡Eric, despierta! —dijo zarandeando al chico.

Al ver que Eric no reaccionaba, pasó la vista alrededor de la sala y la imagen la dejó al borde de las lágrimas. Muerte, destrucción, sangre y cadáveres llenaban el suelo de aquel pasillo. Sin siquiera darse cuenta, rompió a llorar sobre el cadáver de Eric y elevó la voz más de lo que le hubiera gustado. Notó la mano de Alex en su espalda, apartándola del cuerpo de Eric y siguió desahogándose tanto como su cuerpo lo quiso. Por otro lado, Alex no paraba de dar vueltas y hacer cosas alrededor de Eric, y Jeannine no entendía nada.

—Vamos chico, vamos. —oyó que Alex decía en voz baja junto al cuerpo de Eric.

Justo después de estas palabras, lo escuchó dar una palmada y suspirar

aliviado.

—Sí, sí, venga. Vamos chico...vamos, casi lo hemos conseguido. — suspiró y sonrió volviéndose hacia su mujer. —¡Está vivo Jeannie, está vivo!

Jeannine siguió llorando, esta vez con más fuerza que antes, en parte por el alivio y la alegría de saber que aún no estaba todo perdido, y se tiró a los brazos de su marido sin pensárselo dos veces.

Damien gritó con fuerza desde su despacho y estrelló contra la pared el espejo que tenía sobre la mesa. Gritó aún más fuerte y tiró al suelo todos los papeles que había sobre el escritorio. Después de los papeles fue el turno del escritorio mismo de salir por los aires y cada vez estaba más enfadado con el mundo. Malditos entrometidos, se habían cargado a su grupo de asalto de élite en un abrir y cerrar de ojos con solamente la baja de tres mindundis cuyas vidas no valían ni un penique. Se pasó la mano por el pelo con nerviosismo y pensó en su siguiente movimiento. Estaba quedándose sin refuerzos y cada vez notaba al grupo más cerca. Llevaba días con un dolor espantoso en el pecho y las ramas de espino ahora lo apretaban más que nunca mientras dormía. Aquello solo podía significar cambio, y los cambios no le gustaban nada si no tenía control de ellos. Que Alexandre Dubois estuviera en L'Enfer al mismo tiempo que él y que encima estuviera ayudando al patético novio de Jacqueline a buscarla era por algo, Alexandre nunca haría nada sin haberlo premeditado antes. Maldito fuera el oráculo, maldito fueran él y su mujer. De pronto, y sin previo aviso, un pellizco se instaló de nuevo en su pecho y lo hizo apoyar la mano en el escritorio, en busca de sustento. Dios... ¿qué era aquello? Y justo cuando iba a enlazar un pensamiento con otro, una imagen de Jeannine, Alexandre y el cuerpo inconsciente de Eric apareció ante sus ojos y el lugar donde se encontraban le puso los pelos de punta. Se encontraban a solo quinientos metros de donde tenía a Layla y a Jackie. El final estaba a la vuelta de la esquina literalmente...la calma que se respiraba ahora en L'Enfer no era más que el ojo del huracán, lo peor estaba por llegar.

Capítulo 19: ¿Por qué te has ido?

Estaban cerca, podía sentirlo. Nunca había sabido explicar por qué él y Damien parecían estar conectados a un nivel más allá del terrenal, pero lo estaban, y Alexandre suponía que era porque ambos habían sido las primeras dos personas en probar los poderes de la saltadora y quedar afectados por ellos. Eric había despertado hacía rato y se había recuperado de su viaje de ida y vuelta a la muerte con una facilidad pasmosa, cosa que no gustó a Alex, pues la última vez que vio una recuperación tan rápida fue la suya, cuando la saltadora lo hirió al transportarlo al pasado, y eso significaba que podía haber algo más. Por el momento no le dio importancia ya que el objetivo estaba cerca y todo estaba a punto de cambiar, pero luego lo hablaría con él si surgía la oportunidad.

—¿Dónde estamos? —preguntó Eric a su espalda.

Alex se volvió y sonrió ante la imagen. Un chico normal, ordinario y con una vida plana y anodina se había visto envuelto en la aventura de su vida sin quererlo y aún no lo había escuchado rechistar. Jackie debía de ser una buena razón para que Eric hubiera aguantado y hubiera llegado hasta aquí. Empezaba a pensar que igual la saltadora podía tener consecuencias buenas en aquellos que entraban a ella o se veían envueltos en L'Enfer de algún modo u otro, obviando el hecho de que Damien había convertido el mundo interior de la saltadora en su infierno particular.

—Antes de responderte a esa pregunta, o las otras mil que tienes en tu cabeza, tenemos que hablar. —y se cruzó de brazos.

—Deja de leerme la mente...me da repelús. —respondió Eric y fingió un escalofrío.

—Cállate y escúchame con esas orejas particularmente raras que te ha dado la madre naturaleza.

—¡Eh! ¡Deja a mis orejas en paz!

—Chicos, parad. Eric, cariño, no le hagas caso...mi marido en el fondo es un niño grande. Y tú Alexandre, deja de atormentar al pobre muchacho.

Alexandre se rio, se acercó a su mujer y le dio un beso en la sien para calmarla. Podía notar su nerviosismo aunque ella no lo proyectara al exterior. La había conocido siendo una mujer de armas tomar en el pasado y no había dejado de demostrarlo hasta el día de hoy. Se había enamorado de su carácter decidido y audaz y no había nadie que se igualara a ella ni física, ni mentalmente. Alex volvió a ponerse serio y los miró a ambos antes de hablar en un tono neutral.

—Estamos cerca...más cerca de lo que pensáis, y quiero que estéis preparados para cuando el final esté aquí, porque lamento deciros que va a llegar sin avisar.

—Patearé el culo de quien haga falta para salvar a Jackie. —dijo Eric mientras preparaba sus armas.

—Esto va más allá, Eric.

Eric suspiró frustrado y por primera vez desde que entró en aquella locura de viaje, se enfrentó directamente a Alexandre Dubois.

—¿Y de qué va, Alex? ¿Por qué no nos iluminas y nos lo cuentas? Tú lo sabes, ¿no? ¿Por qué tenemos haciendo el imbécil cuando tú sabes cómo y cuándo va a acabar esto? Deja de darnos órdenes estúpidas, deja de hablarnos como si fueras el oráculo de Delfos, deja de atormentarnos y dinos de una maldita vez qué va a pasar...

Era la primera vez que alguien hacía mención a sus poderes en voz alta y delante de Jeannine. Eric estaba comenzando a impacientarse y si no se relajaba, Alex sospechaba que fastidiaría todo el plan...y no precisamente para bien. Entendía la frustración del chaval ante toda aquella serie de catastróficas desdichas, pero también entendía por qué no podía desvelar nada del futuro a ninguno de los dos.

—Sabes perfectamente que no puedo...

—Pero Alex... —intentó terciar Jeannine.

—Jeannie, tú debes saberlo mejor que nadie. Si intervengo, puedo cambiar el curso de las cosas, y no se puede alterar el orden establecido ni el libre albedrío del universo.

—Quizá haya alguna alternativa. —dijo ella esperanzada. —Quizá podamos encontrar algún punto muerto.

—Si lo hubiera, ya habría hecho uso de él, ¿no crees?

—Bueno, —interrumpió Eric. —Aquí no pasa el tiempo, ¿no? ¿Por qué iba a afectar la historia del otro lado de la saltadora lo que tú nos reveles aquí, si

los actos que están sucediendo lo están haciendo en otro plano?

—Porque esto va así, ¿vale? —resopló Alex. —No puedo explicártelo, simplemente sucede.

Eric comenzó a andar de espaldas para seguir la discusión con Alex mientras avanzaban y el vaivén de sus manos hacía que todo su discurso pareciera más agresivo. Estaba más nervioso de la cuenta, había que terminar con aquello cuanto antes. De repente, escuchó un golpe sordo y vio que Eric había caído de rodillas al suelo. Se había chocado con algo y no había podido seguir avanzando. Jeannine le preguntó si estaba bien mientras Alex examinaba la enorme puerta de madera de color negro que se erguía ante ellos con una tenebrosidad que rallaba lo inhumano. Empezaron a escocerle los ojos y pudo notar aquella familiar presión en las extremidades que aparecía siempre que algo estaba a punto de suceder. Pero lo que más le sorprendió fue que, sin siquiera estar mirándose a un espejo, pudo notar cómo sus ojos cambiaban a rojo y de vuelta a su color normal intermitentemente y que, por primera vez en su vida, podía escuchar en su cabeza los pensamientos de una voz que no había oído jamás en su vida, la de Damien Leblanc. Estando conectados por la saltadora, y eso sólo podía significar que Damien, y esperaba que Jackie y Layla también, estaban al otro lado de aquella puerta. Volvió la vista atrás y paseó la mirada por Eric y Jeannine.

—Es aquí. —dijo rotundamente, y sin pensárselo dos veces, chocó con fuerza los nudillos sobre la madera de la puerta de los aposentos del amo de L'Enfer.

Damien levantó la vista desde su escritorio hacia la puerta y sonrió. Por fin había llegado el momento, por fin podría enfrentarse al grupo de patéticos mortales que amenazaba la paz de su particular infierno. Suspiró y estiró los brazos haciendo crujir los nudillos de sus manos en el proceso. Estiró el cuello un par de veces a cada lado y se levantó de su butaca. De nuevo volvieron a sonar tres golpes secos en la madera y frunció el ceño. No le gustaban las prisas y estaban empezando a mosquearlo. Quizá la persona con quien más ganas tenía de encararse era el propio Alexandre Dubois, que, según sabía, tenía que tener algún tipo de vínculo con él y L'Enfer, ya que podía sentir su presencia, su estado de ánimo, y sus pensamientos. Miró a Jackie y Layla que seguían encadenadas a la pared y sonrió. El espectáculo prometía ser de los más macabros que había creado y eso lo ponía eufórico. Las chicas dormían ajenas a lo que estaba por suceder y se acercó con paso

lento, mientras los golpes de la puerta seguían cada vez más insistentes. Se arrodilló ante Layla y ladeó la cabeza para observarla mejor. La joven tenía el pelo largo y negro en la cara y dormía plácidamente salvo por una mueca de miedo que tenía constantemente en el rostro. Desde ahí, Damien pudo ver todas sus cicatrices y sin percatarse de ello, se vio estirando la mano hacia la cara de Layla para apartarle un mechón azabache de la mejilla. Casi se le escapa una sonrisa, y ante este acto de debilidad que solo tenía con la catari, se levantó, buscó un cubo de agua helada y bañó a las dos muchachas, haciéndolas despertar de golpe, mojadas y asustadas.

—¿¡Qué haces!?! —gritó Jackie e intentó levantarse para embestir contra él, pero las propias cadenas que la ataban volvieron a atraerla con fuerza sobre la pared.

—Jackie... —dijo Layla mientras boqueaba intentando recuperarse. —¿Estás bien?

—Sí... ¿y tú? —el tono de su voz era casi asesino. —suéltame y pelea conmigo como un hombre, ¿o es que tienes miedo de que te mate?

Damien se carcajeó y le dirigió a Layla una mirada de soslayo, preguntándose inconscientemente si estaría mejor del sobresalto del agua. Sacudió la cabeza para librarse de aquel pensamiento y se cruzó de brazos, dio unos cuantos pasos hacia atrás y sonrió ante la estampa que había creado: Jackie, revolviéndose como un león enjaulado aun sabiendo que su final estaba cerca, y Layla, observándolo con ojos de cordero degollado, como si aún pensara que su naturaleza podía cambiar, como si de verdad pudiera haber algo bueno en él. Desgraciadamente para ella, y por mucho que él quisiera complacerla, estaba podrido por dentro, corrompido por L'Enfer, y destinado a morir entre el placer de torturar a otros.

—Bueno chicas, tenemos visita. —dijo levantando una ceja.

—¿Qué...? —preguntó Jackie.

Damien entonces estiró un brazo a su costado derecho, levantó la mano y abrió la palma con fuerza, haciendo que la puerta de su despacho se abriera con una ráfaga y Alexandre, Jeannine y Eric cayeran de rodillas en la entrada.

—Justo como me gusta, de rodillas pidiendo clemencia. —dijo Damien mientras se acercaba.

Eric no tenía ojos para nada ni nadie que no fuera Jackie, y en cuanto la vio sana y salva, un torrente de alivio le inundó la sangre y suspiró aliviado. El suspiro dio paso a una rabia casi incontenible y se levantó rápidamente del

suelo para colocar mientras corría una de las flechas del carcaj en el arco y disparar directamente a la cabeza de Damien. Éste, con una facilidad pasmosa, agarró la flecha entre sus manos y se carcajeó.

—¿Es lo único que tienes, crío estúpido? —dijo mirando a Eric.

—Tengo mucho más de lo que te imaginas. —y echó a correr hacia él.

—¡Eric, no! —gritó Jackie, pero ya era demasiado tarde.

Damien estiró la mano hacia delante y de sus palmas expulsó una ráfaga de aire que mantuvo al trío a raya y los mandó de espaldas al suelo. ¿Tanto lío para ponérselo tan fácil?

—¡Para, por dios, para! —gritó Jackie al borde de las lágrimas.

—¡Damien, no! —intervino Layla.

—¡Cállate! —le gritó Damien con voz de ultratumba mientras se acercaba a Layla, la cogió del cuello y apretó contra el ladrillo. —Cállate maldita sea, cállate, cierra el pico, por mi como si te mueres, cállate, cállate, cállate.

Layla entonces, debatiéndose entre respirar y ayudar a Damien, lo sorprendió como nunca antes nadie lo había hecho. Esforzándose por respirar, levantó la mano y la colocó sobre la mejilla de Damien, mientras movía los dedos sobre la barba que crecía por su mentón.

—No...lo...hagas. —dijo casi tosiendo. —Yo...yo...yo sé...que...no...eres así.

Damien aflojó el agarre y Jackie aprovechó aquel momento de distracción para propinarle una patada en el costado desde su posición y tirarlo al suelo.

—¡Jackie, no! —dijo Layla

Eric sacó partido de aquel revuelo y de que Damien se encontraba con la guardia baja, para sacar un cuchillo de su bota, acercarse a él y clavárselo en la espalda. El herido aulló de dolor y se levantó con facilidad del suelo, sacándose el cuchillo de la espalda y mirando a Eric con los ojos entrecerrados. Si las miradas matasen, él ya estaría carbonizado. Fue entonces cuando Eric notó la mano de Alexandre a su espalda y se le pusieron los pelos de punta al momento. Parecía tranquilo, y miraba a Damien con una media sonrisa en la cara.

—Así que tú eres Damien... —dijo pacientemente.

—Tú... —fue lo único que pudo responder él.

—Sé que sabes quién soy, yo también sé quién eres, aunque no te haya visto nunca. No me preguntes por qué, simplemente lo sé. Es un misterio este ¿no crees? Un misterio que jamás tendrá solución.

—Eres un hijo de...

—Shhhhh... —lo interrumpió Alex. —No entremos en descalificativos ofensivos. —se puso serio. —Ahora suelta a mi nieta, ya ha tenido suficiente de tus estupideces, Leblanc.

Damien se rio sonoramente y empezó a hiperventilar. Parecía un loco.

—¿Crees que voy a soltarla? Estás loco, va a morir aquí, conmigo, con todos nosotros, y voy a disfrutar viéndola chillar pidiendo piedad por su patética vida.

Alexandre comenzaba a enfadarse.

—¿Esto es lo que tu hermano hubiera querido? Él creó esto con otro fin.

Damien se puso rojo de furia.

—¡Cállate! ¡No nombres a ese malnacido! ¡Por su culpa estoy aquí, por su culpa soy quien soy!

—Te equivocas...

—Claro que no. Soy un demonio, disfruto matando, disfruto viendo sangrar a la gente, no me importa nadie, ni siquiera yo mismo... —se volvió a mirar a Jackie. —al contrario que vosotros. —y volvió la vista a Eric.

Jackie leyó sus intenciones y se puso blanca como la escayola en cuestión de segundos. En susurros articulaba palabras que nadie escuchaba, pero Damien leía.

—Dios...no...por dios. —decía ella.

—Me pregunto qué pasaría si degüello a tu querido abuelo delante de ti... o a tu abuela...o qué narices, a tu patético novio de otra época.

Fue entonces cuando Damien observó el cambio en sus ojos y supo que había encontrado el punto débil de Jacqueline Dubois, había encontrado la manera de hacerla rogar como llevaba años queriendo.

—Oh...te importa más el mortal, entiendo. —dijo volviendo la vista a Eric, que no entendía nada y era casi incapaz de apartar la vista de Jackie

—Jackie no pasa nada, estoy bien, no va a hacerme nada. —dijo Eric para calmarla, pero no sirvió de nada, ella empezó a pelear contra las cadenas y a gritar sin control.

—¡Corre, Eric, vete! ¡Vete de aquí!

Alexandre había aprovechado el intercambio verbal entre Jackie y Damien para acercarse a él por la espalda y pillarlo desprevenido. Quizá sí que había algún punto muerto y todos podían acabar bien. Se acercó entonces a Layla, soltó sus cadenas con facilidad y le sonrió mientras le susurraba.

—Confía en mí.

La joven asintió y se dejó hacer mientras Alex la colocaba delante de él a modo de rehén.

—¿Seguro que quieres hacerlo? —dijo entonces en voz alta.

Damien volteó desde su posición y abrió los ojos de par en par.

—¿Qué haces?

—¿Seguro que quieres seguir con esto?

—Suéltala.

—¿Por qué? No es más que una patética sirvienta cualquiera.

—Suéltala.

—No, para esto. Detén esta masacre y todos podremos volver a la normalidad. Suelta a Jackie o la mato. —dijo entonces Alex.

Damien notó entonces una punzada realmente dolorosa en el pecho y se llevó la mano derecha al lugar de donde procedía el dolor, intentando mitigarlo.

—Creo que tenemos su punto débil.

Damien, al escuchar estas palabras, apretó los dientes y levantó la mirada.

—Mátala. No es nadie...su vida no vale nada.

—¿Estás seguro?

Por un momento dudó.

—Sí... —soltó una carcajada maléfica. —¿Crees que iba a detenerme ante algo así? —escupió en el suelo.

Alex entonces lo miró a los ojos, le susurró algo a Layla en el oído, la besó en la mejilla y con el cuchillo que tenía en la mano, le hizo una incisión que iba desde un lado de su cuello hasta el otro. Ella abrió los ojos de par en par y empezó a convulsionar...fue entonces cuando se desató el caos.

Damien gritó con fuerza un “no” que retumbó en todo L’Enfer y embistió contra Alex. Ambos pelearon con fuerza, con tesón, sin pausa, las dos fuerzas opuestas de L’Enfer, el bien y el mal, disputándose la última batalla que determinaría el final de todo. Damien estaba enloquecido, estaba viendo a Layla morir y lo único en lo que pensaba era en vengar su muerte. Layla era un ser puro, bueno, la única que había confiado en que había algo más tras su fachada, merecía una venganza en condiciones. Cogió a Alex de la pechera de su camisa y lo estampó contra la pared, y mientras se golpeaban mutuamente y comenzaban a salir los primeros moratones, decidió que la manera más efectiva de vengar la muerte de Layla, era con una de igual o mayor valor. Fue

entonces cuando soltó a Alex, que cayó al suelo y se volvió con los ojos inyectados en sangre hacia Jacqueline. Fue con paso firme hacia ella, que tenía el miedo pintado en los ojos por fin, y sin pararse a decir una palabra, le clavó una de sus dagas negras directamente en el pecho. Eric gritó, Alex también, Jeannine chillaba desde el otro lado de la sala y para cuando volvió en sí, vio que no había atravesado el corazón de Jacqueline Dubois con su daga, sino que había sido el del propio Alexandre Dubois, que, en un movimiento increíblemente rápido, había acertado la distancia con ellos y había tomado el lugar de su nieta bajo el acero de su daga. Ambos se miraron a los ojos y Layla gritó:

—¡Damien, no! —pero no era un grito de auxilio, era un grito lleno de desesperación, de pena.

Estaba viva...Layla estaba viva. Soltó el cuchillo incrustado en el pecho de Alexandre y levantó las manos ¿qué había hecho? Se sentía distinto al saber que Layla no había muerto por su culpa, y se miró las manos manchadas de sangre. Alexandre lo miraba con ojos tristes que poco a poco iban apagándose y él no sabía qué hacer.

—Tranquilo...esto era...lo que... —cada vez le costaba más hablar. — tenía que...pasar. No...no...no te culpo. —dijo mientras tosía.

Damien lo soltó como si fuera un pedazo de hierro incandescente y lo último que escuchó antes de que un eco horrible y doloroso llenara sus oídos fueron los gritos de Jeannine Dubois, esposa del apuñalado, pidiendo auxilio y rogándole que no se muriera. La sala se llenó entonces de gritos, lágrimas y aullidos de dolor y él solo pudo observar como un mero espectador de algo que no quería aceptar que había sido obra suya mientras Alexandre Dubois exhalaba el último suspiro de vida que le quedaba y moría bajo las paredes de L'Enfer.

Capítulo 20: Lo dulce de ser libre, lo amargo de estar solo.

Cuando el cuerpo de Alexandre Dubois quedó sin vida sobre el suelo del despacho de Damien en L'Enfer, todo quedó sumido en un silencio sepulcral. El oráculo había muerto y L'Enfer lo sabía. Todo estaba en silencio, ni siquiera se escuchaba el llanto desesperado de Jeannine, ni los gimoteos de Jackie, ni los gritos de furia de Eric. Todo estaba tenebrosamente tranquilo. La tierra bajo los pies de Damien comenzó a temblar y con ella el resto del lugar. ¿Un terremoto? De repente se escuchó una explosión fuera del despacho y la tierra comenzó a temblar más violentamente. Jeannine abrazó el cuerpo de Alex negándose a dejarlo y Eric protegió a Jackie con su cuerpo. Damien, por el contrario, buscó a Layla con la mirada y cuando la localizó y quiso acercarse a ella para protegerla, todo se volvió negro y se sumió en una inconsciencia que, por primera vez en la vida, le asustó. Lo último que escuchó antes de perder el conocimiento, fue la voz de Layla gritando su nombre, y aquello se le clavó en el alma como un cuchillo.

Layla palideció ante la imagen de Damien inconsciente en el suelo y se acercó a él corriendo.

—Damien, Damien... —le dio un par de toques en la cara. —Despierta por favor.

Pero Damien no respondía, y Layla empezaba a temerse que, al igual que Alexandre, al haber afectado el orden establecido en L'Enfer y haber matado a uno de los pilares, hubiera muerto él también. Comenzó a llorar desesperada y pegó el oído al pecho de Damien...era leve, pero podía oír un suave latido brotando de su cuerpo. No estaba muerto, no del todo...pero a Layla le asustaba que aquello solo fuera cuestión de tiempo. Se volvió a buscar a Jackie, que ahora estaba de pie, y la miró.

—¿Jackie?

La aludida la miró, estaba fuera de sí. Miró después el cuerpo de Damien que sostenía entre sus brazos y desenfundó una de las pistolas que llevaba en

las cartucheras de la cintura. Tenía los dientes apretados y respiraba con dificultad. La tierra seguía temblando, pero aquello no le impidió a Jackie ir desde el cadáver de su abuelo hasta donde estaban ellos y poner el cañón de la pistola sobre la sien de Damien.

—Apártate Layla. —dijo entre lágrimas de rabia y a la vez de pena. — Apártate, este monstruo tiene que morir.

Pero Layla no se amilanó.

—No...

—¡Layla! —Jackie la zarandeó.

—¡Suéltame! ¡No le hagas nada! —miró a Eric. —¡Haz algo!

Eric apartó la mirada.

—Jackie se merece su venganza, y no voy a ser yo quien se lo impida. — se cruzó de brazos.

Jackie respiró profundo una vez, miró el cuerpo inconsciente de Damien y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano antes de decir:

—Tú...tú eres la razón por la que hemos estado sufriendo durante tanto tiempo. No tenías suficiente con...

—Jackie por favor... —la quiso interrumpir Layla.

—¡Cállate! —la miró. —¡No te atrevas a defenderlo! —y escupió en el suelo antes de seguir. —Años, siglos de sufrimiento, de sangre, de muerte. Por si no hubiera sido suficiente de torturarme a mí, también atentas contra la vida de Eric, que es inocente y no tiene nada que ver en esto y además... —ahogó un sollozo y miró al techo. —has matado a una de las personas más importantes de mi vida a sangre fría...

Jackie empezó a llorar otra vez y no pudo continuar hablando. De nuevo dio rienda suelta a su pena y lloró cabizbaja pero sin apartar el cañón de la pistola de la cabeza de Damien, mientras Layla intentaba hacerla entrar en razón. ¿Por qué lo intentaba siquiera? Acababa de ver a su abuelo morir ante sus ojos y encima por su culpa, por protegerla a ella, ¿es que nadie se daba cuenta de que, si quedaba algún vestigio de cordura en su cuerpo, acababa de irse ante la imagen del cuerpo de su abuelo muerto? Se rio amargamente y pensó que estaba volviéndose loca. Por fin iba a poder vengarse de Damien, iba a acabar con él...y sin embargo se sentía vacía. Un vacío amargo e irremplazable, un vacío que marcaba el fin de todo. Volvió a limpiarse las lágrimas con fuerza y después cargó la pistola con la mano izquierda antes de respirar hondo.

—No voy a decir que nunca me arrepienta de esto, ni que lamente tu muerte. Solo espero que, allá donde vayas, sufras tanto o más que todas aquellas personas a las que has hecho la vida imposible.

Preparó su dedo índice para presionar el gatillo que acabaría por fin con la vida de *Él* y justo cuando reunió el valor suficiente para apretarlo, notó que se quedaba sin aire. Luchaba con uñas y dientes por respirar pero sus extremidades no obedecían...se había quedado paralizada. Antes de que pudiera pensar en algo más, o pedir ayuda a Eric, todo se volvió negro y, al igual que Damien, quedó inconsciente.

Layla no daba crédito a lo que veían sus ojos y estaba empezando a asustarse. Cuando levantó la vista del cuerpo de Damien, vio que Jeannine también estaba inconsciente y que Eric estaba peleando contra alguna especie de fuerza invisible que amenazaba con asfixiarlo. Estaba poniéndose morado y lo miraba con los ojos abiertos de par en par, pidiendo ayuda. Layla empezó a temblar mientras la tierra seguía temblando bajo sus pies. Sin percatarse de ello, empezó a notar el calor de las lágrimas en sus mejillas preguntándose una y otra vez, qué era lo que tenía que hacer para salir de allí con vida.

Damien se sentía por primera vez desde que entró en L'Enfer tranquilo. Se sentía ligero como una pluma, respiraba relajado e incluso tenía ganas de sonreír. Miró a su alrededor en busca de alguna respuesta a las constantes preguntas que se agolpaban en su cabeza y no vio nada. Se encontraba en una estancia totalmente de color blanco y parecía flotar en el aire. Sus pies tocaron por fin algo blando y pudo estabilizarse. Ahora estaba de pie y mientras paseaba los ojos alrededor de aquel lugar suspiró. ¿Era aquello el cielo? Imposible, él era el demonio, si estaba muerto aquello debía de ser una broma de mal gusto que se tornaría en un paisaje de sufrimiento y azufre cuando menos se lo esperara. Sonrió después de años sin hacerlo. El pensamiento de que algo malo estuviera por llegar a consecuencia de sus actos no lo ponía nervioso, al contrario, se sentía tranquilo...se sentía libre.

Un destello de luz lo cegó y miró hacia el lugar de donde provenía. Había algo a lo lejos, pero no lograba vislumbrar el qué. Tras meditarlo unos minutos, decidió que, a falta de algo mejor que hacer, podía investigar un poco, así igual encontraba alguna respuesta. Anduvo con paso lento y tranquilo y se metió las manos en los bolsillos, y a medida que se iba acercando se dio cuenta de que aquel objeto que lo había deslumbrado era, nada más y nada menos, que un espejo de cuerpo entero. Cuando estuvo al lado y miró al

reflejo que le devolvía el espejo, perdió la respiración, pues al otro lado del cristal estaba la imagen que llevaba años queriendo ver y odiando a partes iguales. Desde el otro lado del espejo le sonreía su hermano, Emmanuelle Leblanc y Damien no pudo pensar en nada más antes de caer de rodillas ante el espejo y llorar...llorar como llevaba siglos queriendo y nunca se había atrevido. Lloró de pena, de rabia, lloró presa de la nostalgia, de los recuerdos, lloró queriendo volver al pasado antes de que todo esto pasara, lloró, lloró y lloró hasta que notó una mano firme cogiéndolo del bíceps y tirando de él hasta el otro lado del espejo.

—Damien... —dijo la voz de Emmanuelle pacientemente. —Damien.

Damien levantó la cabeza, pero fue incapaz de mirar a su hermano a los ojos.

—Damien por favor...

—¡No! ¡Estás muerto! ¡Esto no tiene gracia! Hacedme lo que queráis, pero esto no.

—Damien. —ahora su voz era más firme, y éste levantó la vista. —¿Mejor? Ahora escúchame y deja de comportarte como un crío.

Toda la fuerza, la maldad y la determinación que había forjado bajo los muros de L'Enfer acababan de irse al garete con la sola imagen de su hermano, la persona a quien más admiraba en el mundo, la única persona que había dado algo por él, la persona que le había metido allí.

—No, yo no te mandé allí intencionadamente.

Damien seguía sin poder articular palabra. La presencia de su hermano había hecho estragos en su persona y no era capaz de reaccionar.

—Yo jamás, ¿me oyes?, jamás te habría utilizado si hubiera sabido que las consecuencias de aquel experimento maldito iban a ser esas. Ni siquiera quería que tú fueras el conejillo de indias de la saltadora. Dios... —se pasó las manos por el pelo. —Estuve años ¿sabes?, años queriendo encontrarte, queriendo entrar, no sabía que te había pasado o si estabas muerto, y eso me mataba a mí por dentro. El hecho de saber qué te había perdido por mi culpa me mató por dentro, y aunque mi mujer intentó por todos los medios mantenerme a flote, me hundí después de ti.

Ahora Emmanuelle lo miraba fijamente a los ojos.

—Dios, tienes que creerme Damien, jamás hubiera hecho algo que pudiera perjudicarte. Eres mi hermano, eres la persona más importante de mi vida. Intenté entrar en la cámara y no pude y nunca me he perdonado ni me

perdonaré por todo lo que has tenido que pasar a causa de mi avaricia científica.

Damien miró por primera vez a su hermano desde que había empezado su monólogo y vio en ellos lágrimas a punto de escaparse. ¿Por qué no era capaz de enfadarse con él? ¿Por qué no era capaz de vengarse o de sentir rabia? ¿Por qué en vez de furioso, se seguía sintiendo tranquilo?

Jackie cayó de pleno en un suelo de mármol blanco e hizo un gesto de dolor cuando notó sus huesos crujir. ¿Dónde estaba? Aquel sitio le resultaba familiar pero no era capaz de saber de cuándo o por qué.

—Es el mismo sitio donde estuviste antes de atravesar el espejo. —dijo una voz suave en el aire.

Jackie volvió la cabeza y abrió los ojos de par en par. Frente a ella estaba su abuelo y le sonreía con tranquilidad. Se levantó de un salto del suelo y se echó a sus brazos para abrazarlo con fuerza mientras lloraba.

—Dios, Dios, Dios abuelo...estás vivo. —dijo mientras lo estrujaba.

Alexandre le devolvió el abrazo y mientras acariciaba suavemente su espalda, la separó un poco de él.

—No... —la miró con una sonrisa triste en la cara. —No estoy vivo. He muerto Jackie, lo siento, sé que ahora no lo entiendes, pero era así como tenía que suceder.

—Pero...

—Sé lo que estás pensando y no, tu abuela no va a morir detrás de mí. Ella va a vivir lo que le queda de vida con tranquilidad y paciencia y dentro del tiempo que tenga que pasar, nos volveremos a reunir. Es más fuerte de lo que crees. —sonrió ante el recuerdo de su mujer.

—Dios, dime que no es verdad, abuelo.

—Lo lamento cariño. Si te sirve de consuelo, yo sabía que esto acabaría así y ha sido elección mía hacerlo todo como se suponía que tenía que suceder. Jackie había dejado de refrenar sus lágrimas y lloraba de nuevo.

—Pero ¿Por qué? —sollozaba. —Dios, ¿Por qué?

Alexandre la abrazó y soltó una carcajada.

—Porque para que haya vida, primero tiene que haber sacrificio, corazón. He muerto feliz para que tu abuela pueda seguir con su vida, aunque sea sin mí. He muerto por tu libertad y tu felicidad, porque ahora que la has encontrado, debes aprovecharla. Pero sobre todo he muerto porque era la única manera de desestabilizar los poderes de la saltadora y destruir L'Enfer,

o al menos eso espero.

—Aun así... —Su abuelo la interrumpió.

—Mira. —la cogió de los hombros, la volteó hacia el espejo por donde hacía tiempo había entrado a L'Enfer y la hizo mirar la imagen que reflejaba.

En el espejo podía ver a un hombre cerca de los sesenta, con el pelo canoso y bigote, una bata blanca y una sonrisa triste en los labios. A sus pies, arrodillado, estaba Damien, llorando como un niño mientras el hombre le hablaba.

—Esa es la razón por la que tenía que morir yo. Fuera de L'Enfer, Damien Leblanc no es más que un hombre que siente y padece, un hombre a quien la cámara había prácticamente poseído. Está mal lo que ha hecho, lo sé, pero tienes que perdonarlo Jackie...créeme cuando te digo que la persona que más lo odia por todo lo que ha hecho, es él mismo. Todos merecemos una segunda oportunidad.

—No puedo... —dijo sin vacilar.

—Sé que sí, tu corazón es bueno, y sé que, con el tiempo, lo harás.

—Abuelo no lo entiendes... —y de nuevo volvió a interrumpirla. Estaba visto y comprobado que no iba a dejarla articular una frase completa.

—Ahora puedes volver a tu tiempo.

Aquello atrajo la atención de Jackie.

—¿Qué?

—Que puedes volver a 1914, justo antes del momento en el que entraste en L'Enfer. Dilo y lo tendrás, solo quiero que seas feliz.

Jackie pensó en Eric y en cómo había cambiado su vida desde que lo había conocido. Pensó en cómo se había arriesgado a entrar en un sitio del que posiblemente no saldría con ella y en como desde que se habían conocido, había cuidado de ella. Sonrió. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que se había enamorado de él, pero ¿y si no era correspondido? A ese pensamiento lo interrumpió una carcajada de su abuelo.

—Por favor, creo que eres la única que no se ha dado cuenta de la estela de babas que va dejando Eric cada vez que te mira al pasar. —resopló.

—¡Abuelo!

—¿Qué? Es verdad, y no me extraña, las mujeres Dubois sois preciosas. —y sonrió.

Jackie sonrió y miró a su abuelo, aceptando que su abuelo se había ido y de que aquel era el último momento que pasaría con él y la última

conversación que tendría.

—¿Puedes hacer que me vaya con él?

—Ahora eres libre, Damien.

Éste habló por primera vez desde que había visto a su hermano y sus lágrimas se lo permitieron.

—¿Qué?

—Eres libre, puedes ir a donde quieras.

—Yo...

—Sé que es difícil, pero no tienes mucho tiempo para pensártelo.

—No necesito tiempo. —dijo con firmeza.

—Vaya, vaya.

—¿Qué?

—Nada, soy todo oídos, Damien.

—Quiero ir a donde quiera que vaya ella. No hay otro lugar donde quiera estar que no sea ese.

Fue entonces cuando Emmanuelle Leblanc y Alexandre Dubois se miraron desde sus respectivos lados del espejo y sonrieron. Era hora de cerrar el círculo y acabar con todo eso. Ya era hora de que las cosas salieran bien de una vez por todas.

—¿Entonces, quieres volver? —dijo Alexandre a Jackie.

—¿Deseas entonces, ser libre? —le preguntó Emmanuelle a Damien.

Tras una pausa que a ambos les pareció eterna, Jacqueline Dubois y Damien Leblanc contestaron al unísono:

—Sí.

Eric despertó en su cama con un dolor de cabeza espantoso y se levantó de un salto del colchón cuando se dio cuenta de que estaba en su apartamento en Barcelona. ¿Qué narices pasaba? Tenía que estar en L'Enfer, con Jackie, tenía que salvarla. Ante aquel pensamiento se le heló la sangre en las venas. ¿Dónde estaba Jackie? Se puso de pie con rapidez y salió corriendo de la habitación.

—¿Jackie? ¡Jackie! —dijo a voz en grito.

Solo el silencio le respondió, y su corazón se resquebrajó.

—¿Eric? —dijo la voz adormilada de Jackie desde lo que suponía que era el salón.

—¡Jackie!

—¡Eric!

Ambos acabaron chocándose en el pasillo del loft yendo en busca del otro

y Eric agarró a Jackie por la cintura para evitar que se cayera. La miró a los ojos y vio que estaba sana y salva, y la abrazó.

—Dios...estás bien.

Jackie no respondió, simplemente se apartó de él, lo miró a los ojos y tras dedicarle una de las sonrisas más deslumbrantes que había visto en su vida, le cogió la cara entre las manos y le dijo:

—¿De verdad pensabas que ibas a librarte de mí tan fácilmente? —y tras este comentario, lo besó para demostrarle todo lo que no había podido decirle con palabras.

Eric sonrió como un tonto y tras meterle un mordisco juguetón en la mejilla, le dijo:

—*Moi aussi, ma petite*^[6]. Yo también te quiero.

Layla parpadeó y la vista que tenía cambió. Un momento estaba en L'Enfer, y al siguiente estaba en una casa desconocida y llena de muebles extraños. ¿Qué ocurría? Se levantó del suelo despacio y se sacudió la ropa, se acercó a la ventana más cercana y cuando se asomó vio que daba a una avenida por la que transitaban un montón de coches. Cuando se volvió para seguir explorando el lugar con cuidado, vio que en el sofá de aquel pequeño saloncito estaba Damien, vestido con unos vaqueros, una camisa blanca y descalzo. Estaba guapísimo y parecía un ángel mientras dormía. Hablando del diablo, Damien abrió los ojos con cuidado y se puso una mano en la frente para evitar que la luz lo deslumbrara.

—¿Qué...? —dijo con voz rasposa.

—Oh dios... —Layla no daba crédito. —Estás vivo.

Damien, quizá por primera vez en su vida, se sonrojó ante la alegría que percibió en las palabras de ella.

—Sí, estoy vivo y quiero pedirte perdón por todo lo que has tenido que pasar conmigo. Sé que ahora mismo soy la peor persona en tu lista, pero le he pedido a mi hermano que me envíe a donde quiera que tú vayas porque quiero que me prestes un poco de tu tiempo, quizá el resto de tu vida, para demostrarte que soy una persona digna de estar contigo.

Layla levantó la vista al techo para evitar echarse a llorar como una tonta y preguntó:

—Pero, ¿dónde estamos?

—No lo sé, pero eso no me interesa en lo más mínimo siempre y cuando tú

estés conmigo.

Y, tras acortar la distancia que había entre ellos, se rindió ante lo que aquella chica cuyo apellido significaba “dulce” había despertado en él y le confesó lo que llevaba años callando.

— Te quiero, Layla. —y la besó.

Epílogo: Lo que el futuro deparará.

Museo de Historia de Barcelona, 12 años después.

—¡Mira qué pasada! —dijo uno de los niños desde la fila que había formado su colegio durante la excursión.

—¿El qué? —contestó su compañera de fila.

—¡Eso, tonta!

La niña volvió la vista hacia la vitrina que su amigo le señalaba y abrió la boca de par en par. Tras un grueso cristal impecablemente limpio se encontraba una extraña máquina que parecía una cámara de fotos, pero que sin embargo, era bastante más grandes que las que ella estaba acostumbrada a ver.

—¡Qué chula! —dijo la niña con la boca abierta.

—¿Verdad? —dijo el niño mientras la cogía de la mano y tiraba de ella. —Vamos a verla más de cerca.

—Pero...

Y, aunque en principio se resistió, acabó siguiendo a su amigo en la travesura del día para observar aquella máquina tan bonita de cerca. Le encantaría tener una así. El niño, sin embargo, sentía que tenía que acercarse sí o sí a ella, era como un imán para él.

—Vamos a meternos en un lío, Alex... —dijo la niña.

—Bah, no pasa nada, Layla. Tienes que ser un poco más valiente.

La pareja se salió de su grupo de niños de apenas seis años en excursión escolar y tras pegar la nariz al cristal pudieron leer que bajo el artefacto había un cartelito que ponía: *Agfa Isolette II, cortesía de la familia Dubois.* Mientras ellos observaban la cámara, escucharon a uno de sus compañeros gritarle a su profesora:

—¡Profe, profe! ¡Alex y Layla se han salido de la fila!

—¡Pero qué chivato! —dijo Layla poniendo los brazos en jarras.

La profesora se dio la vuelta y, al ver que su alumno decía la verdad, se acercó a la pareja que se había dado a la fuga y los cogió de las manos.

—Esto os va a valer un castigo cuando volvamos a clase, chicos. ¿No sabéis que os podéis perder? —dijo la profesora a modo de reprimenda.

—Lo siento... —dijeron ambos al unísono bajando la mirada.

Layla Riba Dubois y Alexandre Leblanc Alauy volvieron a la fila de su excursión escuchando la regañina de la profesora y habiéndose quedado con las ganas de seguir observando aquel curioso invento. Fue Alexandre quien no pudo evitar volver la vista atrás mientras seguía andando como si la cámara lo atrajera, mientras el resto de visitantes del museo pasaba impasible ante el expositor como si nada.

AGRADECIMIENTOS

Esta historia tiene un bonito trasfondo que no quería pasar por alto. Soy profesora, y como parte de mi formación y mis ganas de experiencia, surgió la colaboración con una de mis antiguas mentoras, Tula Maqueira, de colaborar en un proyecto literario. Ella, conocedora de mi amor por las letras y mi cabeza burbujeante de ideas, me lanzó el reto y aquí estamos. Entre Dos Mundos surgió como una práctica a pie de aula para incentivar la lectura en alumnos de primer ciclo de secundaria y fue todo un éxito. De ahí nació la historia que acabáis de leer y que me llena de orgullo decir que el proyecto educativo donde nació fue galardonado con el Premio Especial Santillana a la iniciativa que mejor fomenta la lectura, otorgado por Grandes Profes, Grandes Iniciativas, de la fundación Atresmedia.

Hoy, años después, y como una novela más madura que quiere ampliar su público, os la presento con todo el cariño del mundo. Espero que hayáis disfrutado al leerla y os hayáis emocionado tanto como yo al escribirla, que aquellos que me conocen saben que es mucho y de manera exagerada.

Podéis encontrarme a través de redes sociales, me encantaría intercambiar opiniones con vosotros:

Facebook: Maca SA / @macasoleralbaescritora

Twitter: @macarronaa

Instagram: @macarronaa

Blog: lamiscelaneademaca.blogspot.com.es

Sin olvidarme de familia, amigos, tanto antiguos como nuevos, y en especial de Inma, que fue quien en cierto modo descubrió una potencial

escritora en mí cuando no era más que una niña protestona y rebelde, espero volver a veros pronto a través de nuevas páginas llenas de misterio y tramas por descubrir.

[1] Infierno en francés.

[2] «La Vie en Rose» es una canción de la artista francesa Edith Piaf, publicada en 1947 en su álbum *Chansons Parisiennes* (N.A)

[3] En francés: ¡Muy bien! (N.A)

[4] Jackie se refiere al Síndrome de Estocolmo, una reacción psicológica en la que la víctima de un secuestro, violación o retenida contra su voluntad, desarrolla una relación de complicidad y de un fuerte vínculo afectivo con su captor. (N.A)

[5] Persona natal de la ciudad árabe de Qatar. (N.A)

[6] “Yo también, mi pequeña” en francés (N.A)

Table of Contents

[Capítulo 1: El descubrimiento.](#)

[Capítulo 2: Todo empezó.](#)

[Capítulo 3: ¿Por qué a mí?](#)

[Capítulo 4: Encajando piezas.](#)

[Capítulo 5: La confesión.](#)

[Capítulo 6: ¿Preparados?](#)

[Capítulo 7: La familia Dubois.](#)

[Capítulo 8: ¿Estamos muertos?](#)

[Capítulo 9: Volviendo al infierno.](#)

[Capítulo 10: A un paso de Él.](#)

[Capítulo 11: La pesadilla se repite.](#)

[Capítulo 12: Él](#)

[Capítulo 13: El más oscuro de sus secretos.](#)

[Capítulo 14: Perdidos.](#)

[Capítulo 15: Layla.](#)

[Capítulo 16: El oráculo de L'Enfer.](#)

[Capítulo 17: A un paso.](#)

[Capítulo 18: El ojo del huracán.](#)

[Capítulo 19: ¿Por qué te has ido?](#)

[Capítulo 20: Lo dulce de ser libre, lo amargo de estar solo.](#)

[Epílogo: Lo que el futuro deparará.](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)